

ENRIQUE D. MADRAZO

INTRODUCCIÓN A LAS
OBRAS DRAMÁTICAS

Conferencias dadas
en el
Ateneo de Madrid

- I.—EUGENESIA
II.—PAPEL SOCIAL DE LA MUJER
III.—EXPERIMENTACIÓN Y PEDAGOGÍA
IV.—TEATRO DE BENAVENTE Y LA CRÍTICA DE
SU TIEMPO
V.—GALDÓS Y MENÉNDEZ Y PELAYO



MADRID

A

1544

INTRODUCCION
A LAS OBRAS DRAMÁTICAS
DE
Enrique D. Madrazo



17 MAYO 1933

Enrique D. Madrazo

INTRODUCCIÓN A LAS OBRAS
DRAMÁTICAS

Conferencias dadas en el Ateneo de Madrid

- I.—EUGENESIA
- II.—PAPEL SOCIAL DE LA MUJER
- III.—EXPERIMENTACIÓN Y PEDAGOGÍA
- IV.—TEATRO DE BENAVENTE Y LA CRÍTICA DE SU TIEMPO
- V.—GALDÓS Y MENÉNDEZ PELAYO



MADRID

ES PROPIEDAD

Imp. de G. Hernández y Galo Sáez, Mesón de Paños, 8. — MADRID

PROLOGO

¡Con poca oportunidad doy a la estampa mis convicciones! En la actualidad no hay ideal que solicite ni mantenga en tensión el alma española. Dentro de la más ridícula de las farsas nos agitamos en un sensualismo embrutecedor. Hace tiempo oficiábamos de pundorosos y nos molestaban los motes. Hoy se ha perdido la vergüenza y todo nos importa un bledo. ¿Que los extraños nos tratan con desdén?... Si no estorbáramos pasaríamos totalmente desapercibidos. ¡No más desean los Rectores! No es, pues, nuestra toda la culpa. En la impotencia nadie nos dió la mano. A su tiempo las mismas maldiciones cayeron sobre los demás pueblos.

Somos un burro machacado a palos. Cobardes, bajamos la cabeza y levantamos la trasera más por dolor que en legítima defensa. Los rebaños son y

serán lo que quieran los pastores: roerán la corteza o triscarán en verdes praderas. La grandeza o pequeñez de los pueblos no es fuerza intrínseca y permanente, sino trasuntos de conciencia y de moral, según la cultura que les cupo en suerte. La civilización española de los siglos xiv y xv alumbró al mundo. En cambio la del xx es la más humilde de todas las europeas. Yo desafío a que pueblo alguno resista, sin caer en escombros, la pesadumbre que las Dinastías de Austria y de Borbón impusieron a España durante cuatro siglos. Mucha fué la ignorancia y mayor la malicia. Lo de haber querido concertar la democracia con los Borbones fué una utopía. Bastó desmoralizarla para que se rindiese. La lealtad brilló por su ausencia. Son dos soberanías incompatibles. El espíritu de la Constitución se nubló con la selección de los ministros. Entre millones, ¿qué psicología y perversión no podrán hallarse si se buscan? Y, efectivamente, los directores se sucedían como hechos de encargo. La inmoralidad se desataba en la cumbre y la entraña social paró en piltrafas. Sólo en este ambiente de flaqueza puede esplender la tiranía de los ruines. ¿Qué de extraño salte la indignación a los ojos y la injuria a los labios? ¡Maldita sanción que tarda

C O N F E R E N C I A S

en llegar! La vida del individuo no es tan corta como aguda su ansiedad en el lento proceso de la decadencia.

No; España no es pueblo viejo ni agotado. Le tengo por el más joven del continente europeo. A pesar del indecoroso y mortal aletargamiento me siento optimista. La amabilidad del progreso salvará a los atrasados, y nuevas esperanzas harán resurgir un pueblo inteligente, laborioso y fecundo. El tiempo da gusto a todos, y los últimos serán los primeros. Mientras no se civilice la Berbería la miel de sus dátiles alcanzará a bien pocos. Nuestra total destrucción no es fácil ni conviene a otro. La geografía ibérica, con sus climas variados, será un solar delicioso, y de los confines de la tierra afluirán gentes y civilizaciones que nos capaciten.

El egoísmo en que pretenden aislarse ciertos pueblos cúspides de la civilización, como los Estados norteamericanos, desentendiéndose de los problemas de Europa, es absurdo. Indudable que la cultura inferior molesta a la superior. Pero deber moral del fuerte es ayudar al débil. Sin bondad huelga la fortaleza, y la dureza de corazón, a la larga, alcanza a todos.

E N R I Q U E D. M A D R A Z O

Lo de que los pueblos tienen el Gobierno que se merecen es una enorme injusticia. Son los Gobiernos los que pueden hacer de los pueblos una manada de carneros. ¿Quién duda que la sociedad inglesa, la más justa y caballerosa de todas las sociedades, pudo caer en putrefacción moral si sus reyes se lo propusieran? Si la selección de los mejores cambiara en los peores, ¿faltarían a éstos estratagemas para rendir al honor? Hay cierta fatalidad en los destinos de España, y si de fuera no llegaran a redimirnos nuestro acabamiento sería total.

Los problemas políticos son económicos y mundiales; la riqueza o pobreza trasciende de la política. La situación económica de Europa no se resolverá sin antes resolver la multitud de problemas políticos internacionales. La producción, que es cambio, pide ambiente de paz, y sólo en una política de conciliación y solidaridad internacionales se fomentará la riqueza. Mal podrá producir la ignorancia ni comprar quien no tiene dinero. A todos interesa el que todos sean ricos. Yo, el más humilde de los españoles, me atrevo a levantar la cabeza y arrojar al rostro de la gran civilización lo injusto y egoísta de su conducta. Nuestra desola-

C O N F E R E N C I A S

ción impresionada: en los campos la pobreza y en las ciudades el desbarajuste y la inmoralidad. Hablamos de carreteras, ferrocarriles, telégrafos y teléfonos; todo mentira, todo ficción. Hablamos de soldados y marinería, de administración y justicia, de arte y de ciencia, y nadie cuenta con nosotros, porque todo es mentira. ¡Ah, los grandes directores del mundo! Vuestra tolerancia con la perversidad es egoísmo mal entendido. ¿Por qué dejarnos alardear de maestros fuera de nuestras fronteras si no lo sabemos ser dentro de casa? Si la dirección del pueblo español es nefasta y contraria a su honor y a su riqueza, ¿por qué no ayudarlo a resurgir? ¿Por qué abandonarlo a la inmoralidad de los detentadores? Si la tiranía le mantiene dormido, ¿por qué no despertarlo? Su condición miserable, ¿no es pobreza para todos? Con una palabra podían disipar la calumnia y con un gesto espantar a los pícaros. Los civilizados no lo son bastante. Si supieran de achaques morales, al poner la mano sobre su corazón le hallarían pequeño, cobarde y torpe. Nadie ignora que la alegría de un pueblo se amasa con la de todos.

El rencor que gobierna al mundo es funesto. Los pueblos deben ser tolerantes y disculparse. ¿Quién

E N R I Q U E D. M A D R A Z O

se ha librado de un mal pensamiento y no se arrepiente de una acción vituperable? En la historia de cada raza, aun en sus períodos decadentes, hubo plantel de inteligencias capaz de redimirla. No se hizo por la indiferencia o egoísmo de los demás. Hombres buenos de todos los pueblos van construyendo la ciencia y el confort de la vida. Inspirémonos en su ejemplo, y en la recíproca ayuda hallaremos el bienestar.

Lo cierto es que la psicología universal parece haber cristalizado en esa adulteración del amor que llamamos patriotismo, y que responde a la agresividad internacional. En momentos de desconcierto, el espíritu de defensa se comprende y puede servir de unión e ideal ciudadano. Cuando, como en España, los lazos de la nacionalidad se han soltado, la descomposición es completa, y el de sálvese quien pueda el último grito de la derrota.

Durante la guerra me atreví a presagiar el triunfo de los aliados, que no era repartirse el botín, sino restablecer la justicia, puesto que la justicia se había quebrantado. Para esto debían haber convocado en Asamblea a todos los pueblos sin excepción ni mancha de monarquía, y, después de

C O N F E R E N C I A S

fallar sobre la responsabilidad de la hecatombe, prevenir con un Código internacional nuevos desastres, salvando de una vez para siempre la economía universal mediante una organización económica también universal. Para esto pedía entonces las Cortes Constituyentes Internacionales. Pero sucedió que en vez de la intervención justa y equitativa, los fuertes, a modo del león, se erigieron en tribunal y cortaron por donde les plugo. Lo de arreglar el mundo a gusto de unos pocos es pretensión absurda. Cuando todos los pueblos se reúnan en función de humanidad desaparecerán los rencores, y las aguas alborotadas se amansarán, imponiéndose el interés humano. ¿Por qué los litigios de fronteras si los privilegios desaparecen? El egoísmo está en la fraternidad. ¿Qué importa que los veneros de petróleo y de carbón, de hierro, plata y oro pertenezcan a una u otra comarca, con tal que sirvan para todos los hombres? Las lenguas y las religiones deben vivir juntas y estimarse. ¿No es la Suiza admirable concierto de franceses, italianos y alemanes? En diversos Estados, ¿no trabajan en sosegada mezcolanza todas las razas y religiones de la tierra?

No niego al famoso novelista y sociólogo W.

E N R I Q U E D. M A D R A Z O

Wells la decadencia espiritual del mundo en estos momentos. También sabemos que los intereses morales y materiales se compenetran y recíprocamente se rebajan o engrandecen; pero no es menos cierto que la ciencia se mantiene perenne, que la investigación y el invento nos acucian y que jamás dispuso el hombre de más energías naturales, ni el mundo de más riqueza.

Los actuales estremecimientos de la sociedad son los dolores precursores de un nuevo y gran alumbramiento. El egoísmo ha llegado a tal exaltación, que el hombre siente la necesidad de amar y ser piadoso.

La humanidad tiene sus crisis y los años de las vacas gordas y flacas se suceden. Lo cual no quiere decir que sean irremediables.

Nuestra momentánea miseria procede de la guerra pasada y del actual choque entre viejas instituciones y nuevas creencias. Este fué el gravísimo error de la paz de Versalles. Atentos a las codicias capitalistas, despreciaron la nueva teoría social. La equivocación fué grande, pero no irreparable. Un pequeño plazo más y la oportunidad será completa. La sanción es terrible, pero se impone. Hay que extirpar a los acaparadores, no

C O N F E R E N C I A S

por la alegría que un codicioso de riquezas resta a la humanidad, sino por la raza maldita que multiplica.

Después de seis años vuelvo a insistir en el mismo procedimiento salvador. Sin un Código internacional promulgado libérrimamente por el concurso de todas las naciones en una Asamblea Constituyente no habrá paz posible. Es un loco empeño la fusión de pobres y ricos. El amor y el oro son incompatibles. La política de alianzas y equilibrios internacionales a la antigua usanza es rescoldo de guerras futuras. La conciencia universal es presa de malos presentimientos. Todo es obscuridad en el cielo y rencor en las almas. Ráfagas de egoísmo caldean el aire y enardecen los oídos. Una ola de materialismo ha inundado el mundo moderno. La sed de placeres nos empuja unos contra otros y dispersa el esfuerzo en detrimento de la cooperación y solidaridad social. La producción disminuye y la intranquilidad aumenta. La guerra acrecentó los apetitos y las fronteras se levantan hoscas y maldicientes. La industria y el comercio, en vez de aplacar necesidades, se irrita y avienta la tempestad. Los pueblos suspicaces y temerosos se concentran en sí mismos. Dentro de

E N R I Q U E D. M A D R A Z O

· cada nación el nacionalismo se encrespa contra el extranjero, como si no necesitáramos del esfuerzo de la humanidad entera. Pues bien: esta repugnante moral, en vez de alarmar y presentir cataclismos, me dice que el remedio está en puerta. Es tan disparatada y monstruosa la situación, que el remedio se atropellará en todas las conciencias. En este estrépito de ambiciones los pueblos comprenderán que sus males no los remedian ni sus industriales ni sus comerciantes, sino la buena voluntad y la buena organización internacional. Lo que hace falta es imponerse a los egoístas. Quitar la dirección a los que no tienen prójimo y dársela a hombres mejores. Distribuir el trabajo y la producción con más justicia. Este es el secreto y la buena filosofía. La madre tierra es piadosa y produce cuanto haga falta. Imitemos su ejemplo. Hagamos del género humano un organismo como el del más insignificante de sus individuos, en el cual cada órgano funciona para todos y todos para uno. Cooperemos dentro de la común solidaridad y de todo sobraré. La sequía y la esterilidad no está en la tierra, sino en el corazón del hombre.

Con lo expuesto denuncio mis secretos. De antemano protesto la crítica de los huérfanos de

C O N F E R E N C I A S

amor. En las tres primeras conferencias va mi manera de sentir. Si queréis saber de un escritor o artista, ved sus sentimientos. La sinceridad dirá en una cuartilla el juicio que tiene del hombre, cuál el valor de sus relaciones y el de su finalidad. En esta forma breve, de pocas palabras salpicadas de gestos, descubriréis sus sentimientos, su filosofía, la síntesis de su mentalidad, sus experiencias reducidas a cortos axiomas. Al modo que las estratificaciones geológicas fosilizan la fauna y flora tal cual se sustentó en larguísimo período histórico, así las impresiones modulan y decantan las conciencias con la esencia y razón de la vida en capas sucesivas de sentido moral. Si el escritor comenzara por esto, abreviaría camino, y los lectores se redimirían de montones de prosa y de doctrinas que no les han de convencer.

Nadie hablaría de mi insignificancia si yo no hablase. Detesto las coacciones ambientes y protesto de su injusticia. Conste que no soy un advenedizo indocumentado que trata de sorprender la pública credulidad. Mis virtudes son insignificantes y las doctrinas... ¿Quién no tiene algo de ellas dentro del alma? Pero quise propagarlas con tan mala oportunidad que los periódicos embuste-

ros decretaron la confabulación del silencio. La unanimidad parece extraña; pero el hecho de que el famoso gremio de periodistas, críticos y revis-teros me cerró la puerta de la publicidad, por causas que no les honra ni me deshonra, es cierto. Por ellos sucumbió mi teatro. Y aunque se tome a soberbia, mal que les pese, estos libros se han de leer y representar sus comedias. Hecha esta justificación, persisto en la sinceridad de mi conciencia. Si creyese que la vida era dolor, no tomaría la pluma y haría por resignarme.

Dicen que hay hombres sin religión. No lo creo. Grandes como los espacios infinitos o chica como una cáscara de avellana, disparatada o racional, cada cual tiene la suya, y aun me parece que no hay dos idénticas, como no hay iguales dos imaginaciones. El caso es que yo tengo mi fe religiosa, y mi conciencia consagra su fervor a la belleza de la raza humana y cree profundamente en su perfección ilimitada. Mi profesión y experiencia han grabado el dogma que llevo en el alma. De estas leyes hago mi código religioso, convencido de que en ellas está la dicha. No pueden ser más breves y precisas. «Creo que no se ha inventado nada más hermoso que la vida, y que a ésta de la tierra

C O N F E R E N C I A S

debemos encomendar nuestro entusiasmo.» «Creo que la muerte fisiológica es un placer, así como la patología es fracaso y dolor.» «Creo que el problema de la vida está en gozarla con la mayor intensidad y con la mayor extensión.» «Creo que cada órgano y el organismo completo traen un coeficiente de sensibilidad que fisiológicamente es placer.» «Creo que estos términos no se deben violentar.» «Creo que en el discurso suave y placentero de la naturaleza y bajo los ojos del sol está la gloria del vivir.» «Creo que el dolor físico y moral es hijo de impurezas físicas y morales.» «Creo que estas manchas se pueden limpiar mediante un cultivo a base de leyes hereditarias.» «Creo que la educación puede engrandecer virtudes seleccionadas por la *concepción*.» «Creo que en el beso sexual y en el ideal del hijo más perfecto está la religión del porvenir, y que en el vientre de la madre ha de resplandecer la belleza.» «Creo en esta religión, porque es científica, esencialmente bella y satisface a todas las ambiciones de mi espíritu.»

Ni más ni menos. Este es mi credo y mi teatro, y en él pongo en claro las degradaciones más trascendentes para que sacudan las conciencias y con-

venzan del verdadero asiento del trabajo, de la riqueza, del placer y del dolor. Mientras no nos penetremos de la alegría de la vida no nos capacitaremos para vivirla. En cuanto aniquilemos las causas de la abyección orgánica y demos a las razas humanas la homogeneidad moral que las falta, suprimiremos los códigos y de la sociedad haremos un paraíso.

Este teatro mío, aunque de más inteligencia que pasión, es de carne viva. La razón puede crear un ideal superior y enamorarse de él ardientemente. A la espontánea y violenta independencia de los instintos debe sustituir una convicción de caracteres fuertes con resoluciones definitivas.

En las dos conferencias sobre Galdós, Menéndez Pelayo y Benavente, no quiero alardear de crítico, sino sacar a la vergüenza la ignorancia, la insinceridad y la malicia de la crítica madrileña. Es falso de toda falsedad que la Prensa periódica civiliza por el hecho de contarnos algunos de los sucesos que ocurren en el mundo. Mirad lo que los periodistas llevan en su entraña, y esa es la semilla que siembran y florece en la entraña social. ¿Son supercherías lo que la Prensa española ha vertido en sus columnas? Pues egoísta, cobarde y menti-

C O N F E R E N C I A S

rosa fabricó la conciencia nacional, que lastimera aúlla y lame el látigo y las migajas que la tiran. A gran diferencia de ahora vendrán tiempos en que la Prensa será el gran honor de los pueblos, constituirá la aristocracia del talento, y su moralidad y sabiduría se cotizarán con largueza.

CONFERENCIA DADA EN EL ATENEO DE MADRID

EUGENESIA

«En la conjunción sexual va la historia del hombre: ciencia, arte, moral, belleza; todo pasó por el vientre de la mujer.»

Señoras y caballeros:

Esta vez doblan las campanas a vida. ¡No es que yo crea en la competencia y sinceridad de nuestros gobernantes! Trátase del informe sanitario para contraer matrimonio. El hecho es raro. ¿Habéis conocido a un ministro de España hablar con nobleza a su pueblo? Al modo de Sísifo, jadeantes suben la montaña cargados con la mentira, condenados a perpetua pesadumbre. Medio siglo los he visto escupiendo falsedades, sin que su lengua se rasgue entre los dientes. Diríase que los escogen a prueba de desleales. ¿Que de vez en cuando se

les ocurre un alarde de amor? Las montañas se estremecen de risa.

Este señor ministro, emocionado por la sífilis, abomina del contagio y de su trascendencia para la esposa y para la raza. Sólo con esto, que no es mas que una de las múltiples causas aniquiladoras de la especie humana, se hacía acreedor a una estatua. Sería como el preludio de las conjunciones sexuales a base de la salud de la raza; la revolución de las revoluciones, ya que en ella van incluidos el pan y la armonía social; la alegría de la vida con la belleza de la especie. Pero acallemos nuestro entusiasmo. Son sueños, fantasías de loca imaginación. Del candil se pudo saltar a la lámpara eléctrica. Ésta nos la dieron hecha, y de la ballena nadie se acuerda. No así el arte de hacer hijos. Aunque parece estar al alcance de todos, es difícil borrar una vieja conciencia y traer la luz del mundo. Señor ministro, señores legisladores, sin preparación espiritual seréis inoportunos, y sin oportunidad nada se afirma en la naturaleza ni en el corazón del hombre. Es una sensibilidad que duerme y hay que despertarla. ¿Sabéis lo que supone la hermosura de la descendencia? ¡Es un miserable quien, sabiéndolo, prescinde de la Es-

C O N F E R E N C I A S

cuela! A vosotros, ilustres pedagogos, está encomendada la gran empresa social: la de hacer al hombre, que es la mayor riqueza. Sólo en la Escuela pueden arraigar los sentimientos que han de engrandecer la raza. Sin ojos que vean, ni manos que palpén la sabiduría de Dios, huelgan propósitos, y haremos ridícula sátira o vergonzosa ironía de la más pulquérrima de sus glorias. ¡Qué digo en la plaza pública!, en donde estúpido el rebaño trisca y se regocija en albricias de la carne podrida. Al mismo teatro, en donde se congrega el pensamiento y la filosofía de la vida, no se puede llevar el tema. Tan ajeno vive y tuerce el gesto. ¡Ah! Su hipocresía vela la torpeza y la ignorancia: Sí—dice—; me gusta hablar de eso más que de otra cosa: a fuerza de pimienta, de mucha pimienta, mi paladar está curtido. No hay quien me gane a malicia y deshonestidad; pero cuidadito con hablar en serio; ello es broma, y sólo broma te permito.» Eso dice. Del amor hay que tratar a ojos cerrados, con obscuridad y misterio. La sorpresa de lo desconocido, ¡qué sabrosa! Esto callan los viejos libidinosos y los jóvenes pervertidos. Así guiñan picarescos, haciendo de la vida una fiesta de sátiros y faunos. Todo menos la belleza de la verdad, de la

E N R I Q U E D. M A D R A Z O

maravilla que multiplica la vida. Repito mi alabanza al ministro, convencido de que sus palabras y las mías caerán en el olvido. Pero me da pie y gusto para ocuparme de algo que viene interesando gran parte de mi vida.

Dejando a un lado las causas degradadoras de la raza y los cinco tomos en prensa de mis comedias—no es reclamo—trataré de la fisiología de la generación, que es el punto de partida de las desviaciones patológicas y el fundamento de la ley hereditaria, que tiene que ser y será el único norte científico que guíe la raza a puerto de salvación.

La brevedad de una conferencia de biología como ésta se limita a impresionaros. Para la convicción se precisaría un estudio antropológico previa preparación en las ciencias naturales. Es más bien una conferencia de vulgarización, en la que a modo de índice pasamos revista a manifestaciones de la vida, cada una de por sí digna de capítulo aparte. Dispensadme si en el ordenamiento que le doy no logro la claridad de mi empeño.

Una es la ciencia y una la mano que mueve el concierto del Universo, y será fantasía de perturbado pretender desatarnos de la fatalidad que nos

C O N F E R E N C I A S

ha engendrado y a la que nuestra razón tiene que vivir subordinada.

La suerte me ha deparado oportunidad. Primero, la disertación del señor Torromé sobre Euforia y Supereuforia; y después, el planteamiento del problema social de la mujer por el señor Lillo. Es decir, que siguiendo un orden de prelación científica, se han ocupado de la ley físico-química que preside a la función de la materia, para saltar a la social, dejando al descubierto el tramo biológico que las une y que será el objeto de mi humilde conferencia. De esta suerte, yo continúo analizando la trascendencia de la ley primordial tan brillantemente expuesta por el doctor Torromé, transportándola a la materia viva.

El distinguido pedagogo y entusiasta propagandista del cultivo de la especie humana, don Luis Huertas, define la Eugenesia diciendo que es la buena generación, la procreación sana o la salud de la raza. Y apellida eugénica a la ciencia que estudia este modo de engendrar.

La observación de todos los tiempos ha demostrado que el producto de la concepción perpetúa los caracteres de sus predecesores, que existe una relación biológica inexorable de padres a hijos.

E N R I Q U E D. M A D R A Z O

Las religiones y los rectores de pueblos se preocuparon de su importancia, llevando a las costumbres y al derecho un Código que defendiera la salud pública.

Pero el verdadero fundamento científico arranca de los estudios biológicos iniciados por Lamarck con la teoría de la evolución y continuados por Darwin, Mendel, Galtón y cien otros.

Es de la vida del hombre de la que nos vamos a ocupar. Quién más, quién menos, tiene de ella su concepto, y todos la ven a través de su sensibilidad y de su historia. En realidad no hay tema más importante y en él van incluidos la ciencia, el arte y la moral.

Los datos son muchos y debieran ser inagotables. De la vida nos hablan los niños, los jóvenes y los viejos, y de sus impresiones sacamos enseñanzas. Sin embargo, ninguna experiencia ni regla de conducta más sabia que la que se desprende de los viejos. En el cómputo de pesadumbres y placeres, ¿qué otra casilla de más atinadas reflexiones? Confieso que, por mi profesión, me tocó manosear el organismo humano; pero lo hice con tan poco reposo, que sólo al llegar a viejo me di cuenta de los errores. Aunque en esta conferencia

C O N F E R E N C I A S

hay algo de optimismo y mi imaginación ve en lontananza un hombre y una sociedad más dignos de los que he vivido, conste que es la ciencia mi norte. Sé que es la única verdad y a ella me atengo.

La experimentación ha mirado de una manera despectiva el cultivo de la especie humana. Se ha estancado en la biogénesis de las plantas y animales. En éstos creó variedades y prodigó la abundancia; pero menospreció la ley de analogías y con ello al hombre, padre de todas las riquezas y de todas las sabidurías. No se comprende que se haya olvidado de sí mismo. ¡Sugestionado siempre! Antes, todo el dinero para catedrales; hoy, para Pedagogía—hablo de los pueblos cultos, nosotros continuamos sumergidos en la oración—. Pues bien; mañana todo será poco para eugenesia, y aquí hará punto, porque éste será el definitivo camino de la divinidad. Decía que el hombre, distraído por falaces intereses, olvida lo que debía de ser ocupación de todas las horas, la esencia de su felicidad, que está en la construcción orgánica de su vida.

Al hablaros de ciencia quisiera que todo fuera demostrativo; desgraciadamente, la experimentación tardará en descubrir todos los secretos. La

E N R I Q U E D. M A D R A Z O

anatomía y fisiología del cerebro que encierra la ciencia de las almas no progresa como debiera. ¿Por qué? Porque los laboratorios son caros; porque las experiencias y vivisecciones en los mamíferos superiores son caros; porque los especialistas son pobres y la profesión de inventor no da de comer; porque los Gobiernos, que debían honrar estos trabajos, escatiman lo indispensable y desconocen que en la intimidad de una célula nerviosa está la ley que puede magnificar el cerebro y trastornar el mundo. Andamos a tientas, tejiendo Códigos, sin hacer hombres. En cuanto hagamos hombres como es debido, sobra la urdimbre legislativa. Pero toda obra exige materia. No es que falte substancia prima; es que dentro de esta sociedad, mal organizada y peor dirigida, priva la inmoralidad y la ignorancia. Cuando no existe otro móvil que el egoísmo y éste es fuente de todo derecho, acariciamos la colmillera del lobo, y la negrura de sus fauces es la que poco a poco va transmitiendo la ley hereditaria. Miramos con cautela y temor al semejante, que por ley de naturaleza debe de ser nuestro hermano. Hemos hecho lo posible por falsificarle. Nuestra organización social cultiva los malos instintos: agudamente, brutal-

C O N F E R E N C I A S

mente. Mirad en derredor, todos conspiran contra la tranquilidad y el bolsillo de todos. Somos una manada de lobos. Tememos el engaño y la tiranía. Cuando vemos a la codicia de Europa sacrificar millones de hijos e incontables de dinero; cuando en vez de la paz vemos surgir cien guerras vengativas, me pregunto si ha sonado la trompeta de la Apocalípsis. Pero no; yo afirmo que hay hermanos y que su raza, imposible de aniquilar, salvará la Especie, aunque los montones de cadáveres rebasen las más altas montañas.

Puesto que podemos hacer hombres buenos, hagámoslos para que la felicidad se reparta y a todos alcance: que nadie se atreva a llevar el pan a la boca mientras exista un hambriento. En aquel discurso de Quijote a los cabreros con un puñado de bellotas en la mano, que es todo amor, que es toda la poesía del sermón de la Montaña, está la gloria del hombre. ¿Aprendiste a gozar con el prójimo? Pues lo sabes todo, porque aprendiste a ser feliz. ¿Que hay más ciencia y que puede haber más felicidad? Venga enhorabuena. Labor de hombres buenos será el hacerlos mejores. Si en el cerebro conseguimos anidar la bondad, de añadidura nos darán la sabiduría y la invención. El amor al

E N R I Q U E D. M A D R A Z O

prójimo es la fundamental de las cualidades morales, y yo digo que esta cualidad existe en el hombre y se puede fijar en la descendencia. Avalancha de artistas y sabios, y sobre todo de hombres buenos, traerá la selección en las nuevas generaciones.

Antes del cincel de Praxiteles y Fidias, la naturaleza había inventado a Venus y Apolo. El arte no hizo más que copiarlos. Pues bien; ese molde subsiste y perseverará mientras el hombre sea compatible con la vida del Universo. ¿Quién se atreve a negar que las mismas leyes que confeccionaron ese ejemplar no le pueden multiplicar al infinito? A pesar de nuestra corta sabiduría afirmamos de modo rotundo que la estructura física y moral del hombre está a nuestro alcance; que podemos construir la bondad espontánea, sin mancha de fealdad alguna. Se precisa hacer del instinto dicha realización. Al negro le hacemos blanco a la cuarta generación, y el antropoide pasó para no volver. ¿Quiere esto decir que Apolo y Venus son definitivos? No. ¿Qué es, pues, la belleza humana? La suma de condiciones para hacer dichosa la vida. No sabemos adónde llegará nuestra sensibilidad; pero sí debemos saber disfrutarla en la mayor extensión y con la mayor intensidad. Esta imperiosa

C O N F E R E N C I A S

ley de acomodación es la que impondrá los detalles del organismo humano.

La ciencia de la educación, con ser muy interesante, lo es de ínfimo orden respecto al porvenir del hombre. Su progreso, su perfección radica en el intrincado juego de las leyes hereditarias.

¡Ah, los irónicos! No; no son palabras ni fantasías, son hechos, y sólo de hechos nos vamos a ocupar. Nada hay que trastocar, ni lo que vengo sentando está reñido con la naturaleza. Reivindico sus fueros hollados. Es una labor de justicia. Una mala sociedad ha creado un estado de conciencia enemigo de su bienestar. ¿No es instinto amar la belleza? ¿No es ésta fortaleza, inteligencia y bondad? ¿Por qué dar preferencia al artificio que nos rodea? Todo lo ha sometido la vanidad de poder, y el oro mató a la sana conciencia, separándonos en clases y rencores sociales. Ha sido una sorpresa traicionera y el corazón es prisionero de la mentira. Volvamos al camino de la sabiduría. Dicen que la conjunción sexual es hija del corazón y que no se manda en los corazones. ¿Qué se ha hecho mas que retorcer corazones? Pongamos en la conciencia la verdadera vida y espantaremos el dolor y la fealdad. Rectifiquemos, poniendo en

el alma un ideal de regeneración. Los españoles decimos que no tenemos ideal. Eso quisiéramos, menos nos costaría hacer uno bueno. No hay hombre sin ideal, y los ideales fabrican las almas de los pueblos, y buena o mala todos los pueblos tienen alma. La que en este momento nos cabe en suerte es perversa. Bajo el ideal grosero y sensual, las almas se corrompen. Para el español el caso es triunfar; lo del procedimiento le tiene sin cuidado. Con el mantel, la cama y un ridículo hábito exterior, su vanidad está satisfecha. No aspira a que le quieran; pero sí a que le envidien o le teman. En ello cifra su honor y la afrenta ajena. Si no sustituímos la infamia de estos pensamientos, España sucumbirá entre el odio y la crueldad de lobos.

En una conferencia anterior, ocupándome de la educación, afirmaba que ésta servía para exaltar la vida, cultivando aquellas cualidades dignas de engrandecimiento. Puesto que la vida debe de ser placer, su honor está en disponerla con el mayor coeficiente. Habrá quien sonría. No me choca. La historia de la humanidad es un amasijo de lágrimas y sangre. ¡Han sido tantos y tan renombrados los escritores que han maldecido la vida! ¡Las mismas

C O N F E R E N C I A S

religiones positivas han sembrado tantas discordias! ¡Han conminado al hombre con tales aterradores castigos!... Entre los muchos males que debemos a los SS. PP. no es el menor el de su antipatía a la procreación. Renegaron de la vida, justamente, por el regocijo que entrañaba el reproducirla. «No hemos venido al mundo para el placer de vivirla—decían iracundos—, sino para el placer de matarla.» Al fin y al cabo ella es un campo de experiencia para ganar la otra: la definitiva. Esta filosofía abominó de los sexos como engendradora de carne corrupta. Y culparon a la mujer, colocando en su mano la manzana tentadora; y en su disparatada locura la trataron de animal inmundo, y hasta la negaron el alma. Esta brutalidad es la causa de la hipocresía mística y del exaltado sensualismo. ¡Deja que la corriente de la vida discurra suave y placentera por sus cauces naturales! No de otra manera y entre coacciones se represa y exaspera la torpeza. ¿Por qué se ha de ocultar lo que va anejo a la belleza de la vida? ¿Qué mayor alegría que la del hijo hermoso? ¿Qué otro ideal más grande y conforme con la humana perfección? Toda la ciencia, todo el arte y toda la alegría del mundo pasó por el vientre de la madre. A son de

clarín se deben concertar los sexos para embellecer la vida.

Bajo el sentimiento pesimista, la vida es una pena, y sería preferible no vivirla. Esto no es cierto. La vida es alegría y concierto de placer su función. No hay órgano y aparato que deje de alegrarla. Y cuando el pan y el agua reparan el hambre y la sed, y cuando el aire baja al pulmón y enciende la sangre distribuyendo salud, y cuando los ojos, el oído, y los sentidos se abren al mundo exterior y cuando el músculo se agita y descansa, el espíritu duerme y despierta, y, sobre todo, cuando las impresiones sacuden la supraestructura del cerebro inundándonos de emociones e ideas de una vida sana y justa, bien podemos decir que la vida es satisfacción y contento.

Si queremos gozar de la vida empezemos por hacer un estómago fuerte, un pulmón y corazón fuertes, y, en particular, un sistema nervioso y cerebro modelo de exquisitas sutilidades y de todas las fortalezas, impenetrable a las injurias y alumbrado por todos los resplandores. Es preciso que estas potencias guarden armonía, pues aun cuando la previsorá solidaridad presta ayuda entre los órganos, y hasta en ocasiones se sustituyen, el débil

C O N F E R E N C I A S

a la larga se extingue en la impotencia. ¿De qué servirían poderosas palancas óseas y musculares si el pulmón no recibía el oxígeno o el glóbulo rojo no le transportaba? ¿Para qué un estómago magnífico y magníficas combustiones si sus cenizas no eran expulsadas? De poco serviría un cerebro de prodigiosa actividad si a la célula nerviosa no llega el nitrógeno reparador. ¿Para qué una voluntad sin inteligencia o una inteligencia sin voluntad? ¿Para qué grandezas de amor y de pensamiento si la máquina no puede soportar tamaña trepidación? Entendedlo bien: el goce de la vida está en la sosegada fortaleza de todos y cada uno de sus órganos. Si esto no se ha realizado, conste que esto debe ser y será. Que el organismo esté enfermo no es culpa de la vida sana, y la salud se puede fabricar. ¿Que las relaciones con los demás hombres amargan nuestra existencia? Hagamos dulzura y convirtamos en flores los abrojos. Si la vida fracasa es porque la hemos atropellado; ella es bella de suyo. Por la ciencia sabemos su mecanismo, y por ella es optimista y por ella se redime.

¿Lograremos por la educación salvar la vida? Si por educación entendemos cultivarla en el individuo desde su llegada al mundo, digo que no, aun-

que toda la sabiduría educativa entre en acción. La educación, durante períodos milenarios, puede crear funciones y órganos nuevos, y de ello es buena prueba la evolución que ha traído por hermoso remate al hombre; digo que para los efectos de la mutación y adaptamiento, no de la especie, sino del individuo, la educación con toda su sapiencia, y la riqueza con todo su dinero, no trastornarán las leyes inflexibles de la herencia. Una fuerza inexistente no se puede cultivar. Ni de la nada se puede hacer algo. Trastocar la naturaleza de los individuos es imposible. El matiz del pelo y de las almas son incontrastables. La ciencia de la educación tiene que subordinarse a la de la herencia, que es anterior y fundamental.

No esperemos belleza fuera de los moldes que dispuso la suprema sabiduría. En el beso de los sexos, en la *impregnación* fecundante, está escrita la historia del hombre. La importancia de esta función nos la indica el tiempo que se toma en construirla y la belleza con que la adorna. La naturaleza entera se estremeció de gozo. Dios sonrió y bendijo aquel beso, padre de todos los besos. Nada tan espontáneo ni expresivo. Los cuerpos y las almas se infunden su propia esencia. ¡Oh, ma-

C O N F E R E N C I A S

ravilla de la fecundación! ¡Instante de la inspiración divina! Tu seno encierra los misterios de las edades y la historia de la vida como si sólo hubiera venido para ser fecunda. Fijaos bien: todos los órganos y aparatos vinieron antes preparando este santo advenimiento. En la historia de la evolución, en cuanto una nueva existencia biológica comienza a esbozarse, tiene su representación en la impregnación sexual, porque la ley de su transmisión y fijeza en la descendencia es fatal. ¡Con qué alegría la saludan las plantas y animales! ¡Regocijo de cantares y colores! En aquel instante, ni en el cuerpo ni en el alma caben otras sensaciones. Todo lo para y subordina para su propio contento, órganos y pensamientos; todo se ausenta y todo se inhibe, y los ojos languidecen en su brillantez, la sangre acelera su curso, la blancura viste de carmín, la mentalidad se desvanece, las mucosas sexuales se congestionan y encienden, sus glándulas vierten humores, y las pestañas de las células se encrespan y agitan en suaves ondulaciones como campo de espigas al compás de la brisa. ¡Con qué alegría escurre y salta el espermatozoo en este ambiente fecundante! ¡Con qué frenesí y competencia se precipitan en busca del

E N R I Q U E D. M A D R A Z O

óvulo, su dulce compañera! Allá va de ola en ola chapuzando bajo las crestas. Ya se aproxima el más ligero y valeroso. Ya le esperan, cual si cien trompetas le anunciaran. Y al modo que antes los labios de la boca rojos y calientes avanzaron temblando, también avanzan el núcleo y el protoplasma hasta besarse y fundirse en una las dos células creadoras de la vida. Yo no sé lo que lleva en su torbellino la tempestad sexual; pero es evidente que emociona en su más íntima y sutilísima substancia a la economía entera; y la matriz de las uñas con sus formas, y la fibra del músculo con su tenacidad, y la medula ósea con su arquitectura, y las chispas que saltan de la retina, y las sonoridades del laberinto, y el contenido de las circunvoluciones, y la sustancialidad de todos los órganos y de todas las energías, corren y se atropellan en tumultuosa alegría, como si en aquel supremo aliento toda la anatomía, toda la fisiología de la vida entera se concentrara en el sublime beso engendrador. No hay célula ni átomo organizado que se inhiba de tal cooperación y solidaridad. Todos mandan su influencia, y entre estallidos y cataclismos moleculares, la labor de las labores se inicia en los alcázares de la fecundación. Si de esta gran-

C O N F E R E N C I A S

deza supieran las almas, ¿cómo nos había de ser indiferente la debilidad o arrogancia de las dos células misteriosas? Sabiendo que la salud humana es hija de aquel beso; sabiendo que la imaginación tiene influencia en la urdimbre misteriosa... ¡Que la belleza nos deslumbre! ¡Que la sugestión la haga carne! De este acto se debe de hacer una religión por la trascendencia que entraña.

En ese momento sin psicología, pero el más psicológico de todos; en ese instante físico-químico de la penetrabilidad y confusión de los protoplasmas, se ha creado, no sólo una vida nueva, sino su destino. Es el instante sublime en que el polen del estambre besa el pistilo de la flor para engendrar la vida de una hierbecilla efímera o de una encina secular. En ese beso celular está la fuerza directora de una historia física y moral. Nada existirá que allí falte: tejidos deleznable o de larga vida, órganos capaces de resistir los más furiosos embates o dispuestos a desmoronarse bajo su propia pesadumbre: arte, ciencia, moral, fealdad, belleza, allí está presente. En aquella mezcla protoplasmática va un ciclo vital, suma de las energías acumuladas por sus antepasados; la célula ósea, muscular o nerviosa, la estructura de

E N R I Q U E D. M A D R A Z O

la piel, del pulmón y del cerebro, la viveza de la sangre y del pensamiento. La vida, pues, aunque en su origen pudo ser casualidad, en su descendencia no es lo fortuito y que el azar imprime rumbo, sino una energía hereditaria, que fatalmente constituye su peculiar carácter desde el nacer hasta el morir. En esta sacrosanta labor, que es toda la alegría y todo el dolor del mundo, cada sexo ha puesto la mitad, y a entrambos corresponden las mismas responsabilidades y los mismos derechos. En adelante, por ley de división de sexos, se dividirá el trabajo, que será en uno y otro igualmente trascendental.

Es ley de vida la de la inercia y se empieza a vivir por movimiento adquirido. El placer de nutrirse y de reproducirse, así como el temor de ver interrumpidas estas funciones, crean los sentimientos primordiales y el código de la existencia. Este interés creado es lo que constituye el atavismo o ley de los instintos, que es soberana en los seres inferiores, y que de una manera involuntaria y refleja manda en la vida del hombre. Los sentimientos atávicos no se borran y perduran hasta la muerte. Es absurda la pretensión de lograr un hombre bueno de un perverso. La partícula de

C O N F E R E N C I A S

bondad se podrá cultivar, pero no inventarla. Toda la criminología está basada en este principio. En estos días se va alumbrar un nuevo código que servirá de guía al mundo entero. A los sabios italianos corresponde la gloria, no sólo de haber desbrozado el camino, sino de haberle acabado.

Para comprender el grado y la extensión que la energía ancestral toma en nuestras determinaciones, basta recordar el sinnúmero de vidas que nos ha impuesto la evolución. Para llegar el hombre al estado actual ha pasado por una serie de existencias, desde la más rudimentaria a la más compleja que él posee, y que tampoco es definitiva. Pero entiéndase que cada uno de esos estados anteriores y transitorios ha dejado un sedimento o estratificación que constituye la fisio-psicología humana. Cada etapa histórica supone un ser, y cada ser se ha diferenciado del anterior mediante una nueva función y un nuevo órgano. En la vida embrionaria del animal encontramos todas las fases biológicas que le han precedido. De tal suerte es demostrativa la filogenia humana, que durante los nueve meses de vida intrauterina no pasa día sin que un nuevo individuo de la escala ancestral se ofrezca a nuestra observación tal como fué y

como vivió. Todos nuestros antepasados tienen allí representación, y de la suma de todos ellos están fabricados nuestro cuerpo y nuestra conciencia. Nuestro abuelo, pues, es humilde de la más extrema humildad. Lo que no excluye el que el azar y la físico-mecánica hayan servido de escabel a nuestra superior sensibilidad.

Las leyes biogenéticas de Mendel, ni son muchas ni intrincadas, pero de un valor absoluto, puesto que experimentalmente demuestran la fatalidad que preside en la fecundación. Este famoso fraile, cruzando guisantes amarillos y verdes, logró determinar matemáticamente los que habían de salir de uno y otro color. Y después del color acertó con otra característica, y otra y otra. Y por analogía otros experimentadores llevaron el descubrimiento a otras plantas y animales, hasta poder afirmar de una manera inconcusa la fatalidad de la ley hereditaria. Bajo el mismo mecanismo se perpetúa el genio del hombre y la hierbecilla de los campos.

Los *microsomas* nucleares genésicos de los modernos microscopistas denuncian las características hereditarias sin menoscabo de la selección de Darwin y de las concluyentes experiencias de

C O N F E R E N C I A S

Mendel. ¿Qué son los microsomas? En su esencia no lo sabemos. En el objetivo del microscopio una particular manera de agruparse los átomos del núcleo celular generador: una a manera de radios y bastones en los que la teoría asienta todas las características físicas y morales de ulterior desenvolvimiento; una disposición mecánica que inicia el movimiento fisiológico, que por acción de presencia rompe el punto muerto, y del mundo inorgánico salta a este primer estremecimiento de la vida organizada. Si en este tropiezo de lo desconocido, si en esta obscuridad queréis poner a Dios, nadie os podrá contradecir; pero en adelante, en la cadena evolutiva subsiguiente, no habrá necesidad de hipótesis.

Todas las futuras particularidades del óvulo y del zoosperma, que son factores de los padres, se hallan representadas en dichos *microsomas*, hasta la maravilla de poder sacar a relucir 125 características, que son otras tantas variedades de la mosca llamada del vinagre, a gusto del experimentador. Si tantas variedades se pueden alumbrar de la simplicidad de un miserable insecto, suponed las infinitas de la complejidad moral del hombre. Perdonadme que insista. Son de tal efectividad las

leyes de Mendel, que se repiten en todos los seres, cuantitativa y cualitativamente, con inflexibilidad científica. Lo mismo en las plantas que en los insectos, en los gastrópodos que en los crustáceos, en los peces que en los anfibios, en las aves que en los mamíferos, el hombre mismo no puede substraerse a la fatalidad de las leyes mendelianas.

Por más que la función crea el órgano y las características de las especies, la ley biogenética es la que las fija y transmite a la descendencia. Esto quiere decir que la acción educadora es obra milenaria, al paso que la herencia es labor de un beso. En esta ley se fundan todas las variedades logradas en los animales domésticos. Sé de una fábrica de perros, llamémosla así, que remite hecho carne encargos estrambóticos, con tal de dar tiempo a los cruzamientos. Esto no quiere decir que reprochemos la educación. Aquí entra la obscuridad que con el tiempo alumbrará la ciencia. ¿Por qué cierto ambiente despierta temporalmente características inesperadas? Las magníficas patatas tempranas y azucaradas que la huerta de Valencia nos manda son oriundas de la más pobre raza que se cultiva en los somos de Valderredible—provincia de Santander y orografía castellana—, raza sin sabor y del

C O N F E R E N C I A S

volumen de una avellana. Hoy, aquellos pueblos miserables son ricos, vendiendo para semilla el innoble tubérculo alegría de Valencia. Entre las gramíneas y legumbres existen especies cuyas semillas mejoran de condición nutritiva al cambiar de clima, para volver a degradarse a la segunda o tercera generación. Tal sucede a la famosa alubia del Barco, que indígena en Burgos mejora a orillas del Tormes, para degradarse en sucesivas generaciones. ¿Cuál el misterio que así modifica temporalmente las disposiciones? No lo sabemos. Pero ¿quién duda que existe una ley biológica que preside a estas mutaciones? La experimentación se encargará de ilustrarnos. Pero entiéndase que nos estamos ocupando del hombre, y tanto es superior y perfecto el animal cuanto más se desentiende de la influencia educadora del medio. Las plantas y los seres inferiores reaccionan débilmente contra las imposiciones del ambiente, se someten a él de una manera pasiva. Los animales vertebrados, en cambio, se defienden y emigran en legítima defensa. El hombre con su inteligencia se industria para hacer habitación de todo el planeta y vencer todas las contingencias.

Los cultivadores tienen absoluta confianza en el

cruzamiento de plantas y animales. Vaya un ejemplo, y dispensad que atestigüe con mis ojos. La vaca es la alegría y la abundancia del pasiego. Yo he visto en menos de treinta años cambiar totalmente dos veces de raza en las praderas del Pas. Mis paisanos importaron sementales suizos, y a los pocos años no quedaba un solo ejemplar indígena. Todas las vacas eran de piel de rata, y su leche abasteció a Madrid durante muchos años. Pronto los tratantes saltaron a Holanda, en donde estaba la madre de la raza lechera. Y por el mismo procedimiento la piel de rata se cambió en la más fina holandesa de pintas blancas, negras y coloradas, con su cabecita y cuello descarnado y esbelto, sus ojos dulces, pelvis espaciosa y ubre desnuda, elástica y abundosa. En uno y otro clima, de Holanda y montes de Pas, la raza es hoy la misma y la misma intrínseca fertilidad en sus glándulas mamarias, aunque lo escabroso del terreno y pasto ralo la haya empequeñecido en mi tierra. ¿Cuánto hubiera tardado la selección y cultivo de la pasiega en dar veinte litros diarios de leche? Bastaron tres saltos para fijar las nuevas cualidades físicas y morales. La raza de Miura cruzada con toro holandés perdería pronto su bravura, y sosegada nos traería

a la mano el sabroso manjar de sus tetas. Yo bien sé que la metafísica no admite semejantes analogías, y lo de compararnos a los animales y plantas sería menosprecio a la soberanía del dogma religioso.

Visto lo visto, nuestra aspiración debe ser concreta y fruto de una madura observación. La vida se ha hecho para gozarla, y solo la salud realiza el placer. En el máximo coeficiente de sensibilidad y de resistencia orgánica está la vida mejor. La suma de cien años de placer es diferente de la de aquel en que la muerte le sorprende a los cincuenta. A éste le podemos considerar de vida fracasada, puesto que no llegó a su término natural. Condensar en corto plazo el disfrute de un largo período es absurdo. La continuidad de las impresiones amortigua la sensibilidad. La alta tensión, así como el ejercicio excesivo, agotan la fibra muscular y la nerviosa. Ya lo decía armoniosamente el doctor Torromé. La euforia se exalta pasando a la super-euforia para volver a la euforia su punto de partida y de mayor estabilidad. A la vida no se la debe violentar, y en la mansedumbre de su curso está su plácido y duradero contento.

En la ley atávica concurren las influencias de las

generaciones anteriores, siendo, por decirlo así, la suma de todas ellas. Pero entiéndase que éstas se desvanecen a medida que se alejan del punto de origen. Así como en el animal su organismo y modalidades dentro de la Especie se refieren principalmente a una característica física, el hombre cuenta con el laberinto psicológico que las multiplica al infinito. Son tantos los sentimientos y afectos, tal su coasociación, que es muy difícil ordenarlos. La mezcla y confusión de fuerzas psicológicas determinan la disparidad de sentimientos y raciocinio dentro de la raza. Esta falta de homogeneidad es la disidencia entre los individuos y la inquietud social. La iniquidad ha venido alternando con la bondad en nuestra dirección. De aquí el fijarse poco a poco dichas características en la raza y el que anden revueltas ambas fuerzas dentro del mismo individuo, y el que la observación de los hechos nos desorienta. ¿Por qué de padre zoquetes salen hijos esclarecidos, y recíprocamente? Este es el punto aparentemente obscuro de la teoría. Digo aparente, porque en la confección del engendro entran no sólo sus padres, sino sus abuelos, que son cuatro, y sus bisabuelos, que son ocho: de cuyo conjunto y mezcla resulta el producto.

C O N F E R E N C I A S

Pero si bien esto es verdad, y que detrás del honor se esconde un ladrón, y que la nobleza alterna con el traidor, también lo es que sin gran trabajo se pueden ir limpiando estas manchas hasta la más perfecta purificación. Y para los que protestan de tan homogénea y extensiva bondad, que, al decir de ellos, supondría una humanidad sosa, monótona y aletargada, sin matices ni cambiantes, recuerden que si de las cualidades físicas de un insecto hemos sacado 125 variedades diferentes, ¿cuántas podrá alumbrar la intrincada maravilla del cerebro?

El tipo que vamos a crear ha de partir forzosamente de la materia de que disponemos. Si tuviéramos tiempo analizaríamos las cualidades orgánicas que dan un sello particular a la vida y que denominamos temperamentos.

¿Por qué el temperamento sanguíneo tiene adormecidas sus facultades nutritivas y parece trabajar siempre a baja presión, siendo su mecanismo el de menor consumo y el más económico por tanto? El linfático, en cambio, funciona sometido a alta tensión como si el calor se escapara por todos sus poros. ¿Por qué la tenacidad del nervioso, el más resistente a las injurias físicas, el de envejecimien-

to más lento, y, sin embargo, el más frágil y dado a las perturbaciones mentales?

Los temperamentos los inventaron los médicos, no para expresar diferencias objetivas en los tejidos o en los órganos, puesto que ni la simple vista ni el microscopio las descubre, sino para denunciar algo más íntimo y profundo que se relaciona con la vida molecular y que nos da cuenta de su particular morbilidad. ¿Por qué el temperamento sanguíneo sirve de pasto al reuma y al cáncer? ¿Cuál es el sabor del tejido de este temperamento que tan antipático resulta al bacilo tuberculoso? ¿Por qué este mismo bacilo se regocija y multiplica en el temperamento linfático que, inhospitalario, rechaza al cáncer? ¿Por qué la neurastenia, melancolía, histeria, corea y manías de todo género llaman a la puerta del temperamento nervioso? La anatomía no lo sabe ni la físicoquímica lo ha descubierto. Sin embargo ello existe y la dinámica fisiológica y patológica lo comprueba. ¿Cuál es el temperamento ideal? El de no existir: o sea aquel en que la sangre, linfa y nervio se encuentran tan bien ponderados, que en medio del más perfecto equilibrio se hagan invulnerables a las enfermedades.

¿Qué es, pues, temperamento? Un modo particu-

lar de funcionar el organismo: una manera de ser de los tejidos, con una receptividad especial y un codiciado alimento para determinados agentes patógenos. Si la máquina de acero, construída bajo un mismo modelo físico-matemático, difiere en su funcionamiento de la congénere, ¿qué no sucederá con la complejidad del organismo humano? El médico, que es quien con más profundidad le estudia, ha clasificado los temperamentos según las características que subordinan la vida a dichas peculiares disposiciones.

La moral, aun cuando no tenga que ver con los temperamentos, es valor hereditario. Así como se heredan las más recónditas minucias físicas, igualmente se transmite la complejidad moral. No acusemos de abandono educativo a lo que es fatalidad de engendro. La educación no vence a una manera ingénita de sentir. La cualidad sensorial no sabemos en qué consiste; pero no hay dos iguales. Cada sujeto se emociona de modo distinto.

Mucho se ha fantaseado sobre la calidad mental de los temperamentos, achacando reflexión y perseverancia al sanguíneo, serenidad y reposo al linfático y pasión y viveza al nervioso. Nada de esto es verdad, ni privilegio del temperamento la

sabiduría y la intuición. Cada cual tiene su sentimiento y su razón independientes del temperamento.

Éste da cierto modo de reaccionar, independiente de la alta función cerebral, que es hija de la perfección y buen ordenamiento de las células encefálicas hereditarias. Ni el arte, ni la ciencia, ni la moral son consecuencia de los temperamentos. En todos ellos cabe la suprema maldad. Memoria, inteligencia, voluntad e imaginación asientan y crecen por características cerebrales sin aludir a temperamento alguno. De todos puede surgir el genio.

¿Se puede rectificar el temperamento? ¿Qué influencia ejerce en él la educación? Hemos dicho que la conjunción engendra una calidad de vida irremediable. Cometido el pecado de la *impregnación*, no hay penitencia que lo redima, lo que no impide a una aproximación sexual consciente, rectificar en la progenie lo que era irreformable en cada uno de los cónyuges. Todos los días vemos a un linfático con manifestaciones tuberculosas y condenado a ser víctima del bacilo cruzarse con un sanguíneo que salva a la descendencia. ¿Qué sucedió? Que la energía sanguínea obscureció a la

C O N F E R E N C I A S

casta linfática. Otras veces, en los productos de estas concepciones alternan terrenos estériles y tuberculosos. ¿A qué debido? A que la *impregnación* sorprendió al sanguíneo en un momento de debilidad. El género del sexo no influye en lo más mínimo. Es mezcla y lucha de jugos orgánicos, en los que vence la mayor energía.

Todos los temperamentos en su ciclo fisiológico son susceptibles de larga vida. No se olvide que nuestro organismo difiere de la mecánica industrial en que aquél está en perenne reparación de todos sus órganos, de modo que no hay uno formado por materiales viejos; todas las células se gastan y renuevan constantemente: célula destruída, célula repuesta; y los órganos siempre recientes parece que no debían de envejecer ni de acabarse. ¿Quién duda que la ciencia logrará dilatar el término de la vida? Pero lo del morir es ley del nacer. Y aunque de un día a otro, ni de uno a otro año, se ven diferencias en los tejidos, sin embargo, al montón de los lustros aparecen decadencias naturales. ¡Sin sentirlo el esqueleto se mineraliza y encorva para besar la tierra! ¡Ah, la muerte fisiológica! ¡Qué bella la muerte natural! ¡Nuestro norte, nuestro ideal! ¿En qué consiste? En el

acabamiento de la vida por natural evolución. Por sí sola, en silencio, sin tristeza ni dolor. Esta muerte no es la vida interrumpida, fracasada por la muerte; no es el anonadamiento de la vida dolorida: es la salud de la muerte, la alegría y término de la evolución fisiológica. Filósofos y religiones que no supieron de la alegría del morir inventaron la otra vida para consolarse de la fealdad de la muerte patológica. La muerte fisiológica, como el alborear de la vida, es dulce, risueña y bella. En la plenitud del goce de su sensibilidad de viejo se apaga el placer de vivir en medio de las fantásticas ilusiones de los comienzos, en el sonriente dormir de la infancia. ¡Incomprensible naturaleza! Tú prestaste una sensibilidad para cada día y una adaptación para gozarla. Al arruinarse tu obra, lo haces con tan exquisita piedad, con tal majestuosa armonía, que en todos y cada uno de los instantes hay correlación entre la receptabilidad de las sensaciones y la capacidad del placer. Por eso sonrío la muerte natural, y sin conciencia se sumerge gozosa en el sueño eterno. A esta muerte, que cada día debemos hacer más lejana y perfecta, debe de aspirar la ciencia de la eugenesia.

Hemos dicho que en el chispazo eyaculatorio

C O N F E R E N C I A S

van sintetizadas las energías de todas las células de la economía, las virtudes y degradaciones orgánicas. Los *microsomas* del espermatozoo y del óvulo se combinan, afianzan, luchan y destruyen la confección de la célula madre. Pero entiéndase que estas fuerzas son variables en calidad y cantidad, según el momento y circunstancias de la impregnación, dato de mucha importancia para explicar la evolución definitiva del engendro. A un individuo sano y fuerte le puede sorprender una situación patológica, y por accidente transmitir dicha debilidad orgánica. Las intoxicaciones por el opio, morfina, cocaína y otros venenos son inexorables para el engendro y engendrador. Sabedlo: los pintores a base de plomo están condenados a muerte y sus engendros a no ser viables. Bajo la influencia de una borrachera se puede engendrar la decadencia de los tejidos, aunque no tan profunda como en el alcoholismo crónico. Ana Luke, borracha empedernida de Nueva York, en una descendencia de mil doscientos individuos da mil mendigos, vagabundos, ladrones, asesinos y locos. La policía gubernativa, sin contar la sanitaria, costó un millón de dólares.

Durante la depauperación orgánica debían dor-

mir los sexos hasta que la fisiología recobrase su espontáneo vigor. La perseverancia en la mala higiene, como la falta de aire, de alimentos y las infecciones de todo género son agotadoras. Las noxas de la malaria entre nosotros matan tres mil al año de cincuenta mil atacados que engendran a montones prole sin viabilidad. ¡Qué sabe ese miserable Gobierno de la trascendencia de la malaria africana transportada en forma de epidemia a todas las regiones de España con la sangre infecta de sus soldados! La edad inoportuna, el abuso del trabajo y de los placeres, la vejez, son causas de abyección. La raza china se retuerce dolorida bajo la inoportunidad conyugal. Unen los sexos en la adolescencia para dar frutos que no llegan a la madurez. En esta misma inoportunidad caen los viejos de nuestra libidinosa y grotesca civilización ciudadana. Digo esto a cuento de las uniones matrimoniales que en las grandes urbes asignan cuarenta años a los machos y más de treinta a las hembras. Estos desgraciados, ¿qué hicieron de sus hijos hermosos? Los dejaron atrás, perdidos en miserables aventuras. ¡Ah, de la vejez prematura! La vida violenta, atropellada, da en la más pernicioso vejez para la raza. Las enfermedades cróni-

C O N F E R E N C I A S

cas adaptan el organismo a su medio anormal, y crean una segunda naturaleza subordinada a la patología. Aquí, como en los infecciosos e intoxicados, sus elementos anatómicos, irresistibles, carecen de virtualidad fisiológica, y las células sexuales transmiten la patología universal. No quiero hablaros de la sífilis, cuya extensión en la actualidad hace competencia al siglo xvi. Los profanos no saben el alcance de los problemas de la higiene. Si supieran que suprimiendo el espirilo, el gonococo y el alcohol; si una ley estableciera la responsabilidad del contagio y cerrara las tabernas, esa ley salvaría la vista al 90 por 1.000 de nuestros ciegos y la salud mental al 90 por 100 de nuestros locos, sin contar los millones, así como suena, los millones de muertos, enfermos, estériles y engendros degradados. Además, el alcohol prepara el ataúd a cuarenta de los cincuenta mil que entierra todos los años en España el bacilo de Koch. ¿Verdad que es estúpido y macabro?

Ya comprenderéis que con las injurias patológicas que acabamos de nombrar y que trascienden a la fecundación no es posible levantar la raza. ¡Cuántas lágrimas! El beso sexual se debía reservar a individuos sanos y para aquellos momentos

de repleta vitalidad y sereno funcionamiento. Lástima que una herencia sensualista y estímulos permanentes exasperen lo que debía discurrir comedido sin acuciamientos ni pasiones.

Así como las familias llevan en su fisonomía, voz, movimientos y actitudes un sello que los diferencia de las demás, también ofrecen entre sus individuos una misma predisposición patológica, y están condenados: unos, a sufrir perpetuamente del estómago o de la cabeza; en otros es el pulmón, el hígado o el corazón el punto débil y por donde la vida se escapa a chorro. ¡Desgraciada la casta patológica que no se ve rectificada por cruzamiento compensador. La higiene y la educación no volverán el equilibrio perdido, y a la postre será víctima de su vicio hereditario. ¿Qué más que una exageración del temperamento es la consanguinidad? Viene a resultar de la suma de dos temperamentos iguales. Os citaré un triste ejemplo.

Sobre los verdes valles de mi tierra, en medio de condiciones morales, higiénicas y sociales dignas de alabanza, se degrada por consanguinidad una raza, no ha mucho prepotente. Hijos del cruzamiento de pastores de Cantabria y de Castilla, los pasiegos escribieron durante dos siglos una

C O N F E R E N C I A S

historia de acometividad y empeños que se puede medir con las más gloriosas. Pues bien; aquellos ejemplares de rara belleza física y moral, heridos hoy por la consanguinidad, se arrastran a su acabamiento. Unos pocos apellidos la multiplican, y entre primos perpetran el mal. Y, cosa rara, el cruzamiento consanguíneo que no consienten en sus vacas, les tiene sin cuidado entre ellos mismos. De nada ha valido aquel aire sano, aquella dispersión sana en que viven, aquel alimento sano y sus sanas costumbres. Nada ha podido detener la decadencia, y la raza se degrada en su propia salsa.

La máquina humana es la que más produce y su salud la mayor riqueza. Como la calidad de la vida resulta de la de los órganos, en cada uno existe un problema de economía y de estética, o sea de armonía respecto al conjunto. Y ya se trate de entrañas, como órganos esenciales, ya de otros de menor cuantía, hasta el más insignificante es digno de estudio detenido. Sírvanos de análisis y ejemplo una entre las muchas particularidades que ofrece la arquitectura ósea. La magnitud no debe de sernos indiferente. Desde el punto de vista económico, una máquina pequeña gasta menos que una grande: el consumo guarda relación con el

peso, y a más extenso territorio, más intenso el esfuerzo de las entrañas. La integridad y conservación del mecanismo suele corresponder a su ligereza, puesto que en su pesadumbre lleva la propia destrucción. La caballería pesada, lo mismo que los grandes cañones, se inutiliza con prontitud. En marchas y penalidades se rinden primero los granaderos que los cazadores. La armonía entre las distintas piezas del organismo es más fácil cuanto más diminuto. Los alifafes de un caballo grande saltan a la vista. La gracia, que es sutilidad, se concentra en pequeño espacio. Pero estas cualidades del tamaño deben subordinarse a las necesidades de la vida. Todos los seres se acomodan a los riesgos y exigencias del medio, y el hombre al grado de su civilización, que es el de la ciencia. Cuando era rudimentaria, su potencia se limitaba al músculo, y el músculo le sacaba de sus atrancos. Pero en cuanto descubrió la palanca, la cuña, la rueda, el vapor, la electricidad, puso fuerza en la punta de sus dedos para transportar las montañas. Las entrañas de la tierra se abren a máquina, y a máquina se cruzan los mares y los aires. Las fuerzas de la naturaleza, obedientes a nuestra sabiduría, desvanecen los pesos y las distancias. Veo una

C O N F E R E N C I A S

duda en vuestros labios. Si achicamos la armadura ósea, me decís, reduciremos la capacidad craneana que encierra el órgano más noble. Se puede empequeñecer la osatura del organismo sin tocar al cráneo. Justamente, por ser el cerebro el órgano superior es el más independiente y susceptible de educación y selección hereditaria aislada. Comparad nuestro encéfalo con los restantes de la escala zoológica. El hombre apareció al expandir su cerebro, y éste irá creciendo al compás de nuestra mentalidad.

El maquinismo, mientras no esté reñido con la naturaleza humana, será economía y civilización, y a tal ambiente nos debemos de acomodar. La sensibilidad y el placer no están en la armadura ósea ni en el número de kilogramos, sino en la calidad del tejido nervioso. Lo cual no quiere decir que incapacitemos al músculo; por el contrario, le debemos dar más vivacidad, reduciendo las proporciones. La medida de una contracción de diez kilos de peso en diez segundos de tiempo la vamos a dividir en dos contracciones de cinco segundos y cinco kilos cada una, ganando en ligereza lo que hemos perdido en intensidad. La catapulta que quebrantaba la muralla parecía un progreso. En la

actualidad un martillo de cien toneladas le maneja la yema del índice sobre un botón o una palanca. Cuanto más progreso más máquinas, más ligereza y menores dimensiones del útil humano. Existe superstición sobre la prepotencia de Hércules; pero los más fornidos atletas no resisten los ataques súbitos de las armas modernas, ni son susceptibles de más largo envejecimiento. Al relámpago de la inteligencia le precisa instrumento de extrema ligereza. En la siderurgia, arsenales y acorazados, van y vienen pesos formidables sumisos al suave contacto de la mano. Sobre una locomotora, sobre un aereoplano, sobre un tractor de nueve rejas, como sobre un mecanismo que tritura las rocas, lo que precisa es inteligencia y soltura. Nuestros dedos atan o desatan tempestades que se reputaban incoercibles. Es lógico suponer que mediante un cerebro más potente seguiremos acaparando fuerzas más intensas y de más rápido manejo. Lo que impondrá un mecanismo humano, diminuto, sólido, sereno y certero, de mucha sensibilidad y ligereza. Ni una calidad cerebral de superior ideología, ni la sensibilidad más exquisita, están reñidas con un cuerpo menudo. El genio no depende del volumen, ni la gracia de la masa. Esto me re-

cuerda una característica de la columna vertebral de nuestra raza, de probable abolengo africano. El mayor espesor de los fibro-cartílagos intervertebrales da, con la mayor curvatura, una elasticidad y blandura a los movimientos del tronco de extrema elegancia. También debemos considerar en la arquitectura ósea la importancia de sus grandes cavidades. Amplio debe ser el continente para dar libertad al contenido. Los órganos esenciales en ellas están alojados, y dichas vísceras deben contar un superávit sobre el margen regulador de la normal fisiología, ya que accidentalmente se las hace trabajar a alta tensión, ya porque es conveniente tal reserva a través de las vicisitudes de una larga y siempre azarosa existencia. La fortaleza del cerebro, del corazón, de los pulmones, del estómago, hígado, riñón y de los órganos sexuales de la mujer dependen de su desarrollo anatómico dentro del cráneo, pecho, vientre y pelvis. Una caja craneana amplia da nobleza a la estirpe; un pecho levantado, sosiego a la respiración y al ritmo cardíaco, y una pelvis anchurosa, desenvoltura al feto y a su alumbramiento. La anatomía artística de las formas exteriores debe concordar con las disposiciones fisiológicas interiores. Los griegos presin-

tieron la armonía de la proporción, hermanando la energía con la gracia y la madre fecunda con el porvenir glorioso de la especie humana.

Bien, me diréis; todo eso es verdad y los animales domésticos y las plantas demuestran científicamente que pueden mejorarse mediante métodos de aproximación sexual. Pero ¿quién hace cumplir un código que no sienten ni aman los interesados? Justamente: despertando esta sensibilidad, amando esta belleza, que es la mayor de las bellezas. De aquí la pedagogía y su importancia para el porvenir de la especie. Puesto que a todos interesa, todos lo deben saber. Pongamos en los sexos esta sabiduría. Que cada cual sepa en dónde está la felicidad y cómo se fabrica. Hagamos de la vida una cadena de amores. ¡Fuera la hipocresía y la torpeza! En la escuela se debe hacer esta conciencia. ¿Qué mayor interés que la belleza de la vida? A son de clarín se debe anunciar el alumbramiento de un hombre nuevo, de una sociedad mejor. Hay que aprender la ciencia y el arte de hacer hijos hermosos. Tratando de educación os decía que ésta debe ir al compás de la evolución fisiológica. Cada día trae su sensibilidad y su emoción, y cada día debe tener su enseñanza. Las

C O N F E R E N C I A S

funciones deben llegar por sí solas, sin estímulos, ni otra precocidad que la natural, y tratándose de las sexuales, cuanto más tarde, mejor. Pero también es gravísima la ignorancia. El paso de la adolescencia a la juventud pide eficaz tutoría. Los malos ejemplos, así como la ociosidad del cuerpo y del espíritu, despiertan hábitos detestables. Como de una u otra manera se han de descubrir los misterios, es preferible ofrecerlos con la serenidad de la reflexión y con todo el alcance de la verdad. Son demasiados riesgos para ocultarlos. No olvidemos que la coeducación, además de familiarizar la juventud de ambos sexos, aprendiendo a conocerse, tiene la virtud de adormecerlos. Una sana pedagogía vigilará discretamente dicha crisis, y de las aulas se irá a los campos de juego, exaltando el entrenamiento físico. Ya en los diversos grados de la instrucción primaria se ha mostrado la fecundación de las plantas y animales con la finalidad de mejorar las especies. De esta suerte y sin sentirlo se prepara el advenimiento sexual.

En mi conferencia sobre educación decía que la religión del porvenir constará de un solo mandamiento: «matar al lobo». Pues bien; en ésta acabo de ilustrar aquel pensamiento, habiendo dicho de

dónde procede el lobo, en dónde se esconde. Nuestro egoísmo es muy viejo, de abolengo animal. Mas el hombre le exasperó metiéndose a canibal. ¿No le sentís aullar? Sus ojos fosforecen en las sombras de la noche. Miradlos, sigilosos, hambrientos, siempre hambrientos, asaltan en manada todos los monopolios, para robarnos el pan, el abrigo y la vida. Y ¡hablan de paz!, y ¡los miserables se dicen hermanos! La industria y el comercio, que debieran ser amor, son un nido de aves de rapina: una escuela maldita para matar la hermosura de las almas. Grandes trompetas anuncian la guerra de razas, no del color de la piel, sino del color de las almas. Al estómago del lobo, al acaparador, no le satisface el trozo de carne, sino el campo sembrado de cadáveres. En la ley hereditaria se disimula astutamente este instinto. Exterminémosle antes de fecundarse en el vientre de la madre. Quitémosle la alegría de la luz del sol. Si bien en una generación se pueden limpiar las mayores fealdades de la raza, que la constante vigilancia persevere en las sucesivas. Recordando la peña Tarpeya de los griegos, aconsejaba hace ya veinte años en un libro la inocente ligadura de las trompas y cordones espermáticos. No nos canse-

C O N F E R E N C I A S

mos de podar y repodar los malos brotes, hasta que el viejo atavismo se haya extinguido.

Contemplemos el problema con serenidad. No se tome a venganza, ni la sensiblería se sobresalte. El hombre ha hecho correr ríos de sangre sobre empeños bien insignificantes. La emoción será pasajera, la salud de la raza bien merece un ligero sacrificio. Después de todo, pocas generaciones soportarán la penitencia. La Biblia, que es sana experiencia, se satisface con cuatro. Lo de que bajo este procedimiento y selección acabarían las grandes inteligencias y las grandes iniciativas, puro embuste. Todos los grandes inventos y los grandes hombres son dulzura y fraternidad. El estímulo de la ciencia no fué jamás lucro, así como la codicia del acaparador fué egoísmo. El interés supremo es hacer raza, raza mejor. Se equivocan los irónicos que suponen irrealizable o remotísima esta labor. Con una nueva conciencia de los sexos, se podrá concertar la belleza. Reaccionemos contra el concepto cristiano para quien la vida perfecta es pobreza, castidad y obediencia. No; la vida es salud, alegría, amor, multiplicación, libertad. Si los absurdos religiosos que repugnan a nuestra naturaleza han domeñado las almas y servido de ideal

durante generaciones y generaciones, ¿qué no podrá la verdad de la vida, la belleza de la vida bajo la hermosura de la razón y la ciencia, que es el verdadero amor de Dios? Cuanto digo se puede comprobar experimentalmente. La materia prima existe. Dadme la materia prima y veréis lo fácil que es comprender y sentir la felicidad. Precisa esterilizar la mala semilla. Todo menos sembrar la cizaña entre los hombres.

Dilatemos el término natural de la vida bajo el ideal de la descendencia sana. ¿Con qué alegría sueña el padre la grandeza de los hijos? Se siente crecer, viéndoles crecer, y parece que sus propias hazañas llenan el mundo. A medida que esa primera generación se aleja, se concentra en la segunda y la tercera, que, a juicio suyo, es la mejor, porque le trae el compañero que esperaba, y con quien comparte sus ilusiones. Los ojos viejos, ¡con qué placer descansan en las empresas de nietos y bisnietos! ¡Cuánta poesía! ¡Qué bien la sienten y comprende! ¡Cómo su involución le retorna a las inconscientes alegrías de la niñez! Y así, sosegada, calladamente, se van apagando los sentidos y la vida, para caer en los brazos amorosos de la tierra.

C O N F E R E N C I A S

Erijamos una fiesta, la más grandiosa, la fiesta de la vejez, de la vida larga, de la vida sana, de la vida pura. Para que allí las cuatro generaciones de hijos, nietos, bisnietos y tataranietos, rindan homenaje, cantando el himno de la progenitura. ¡Viejo de carne sana y alma pura, si aspiraste a ser feliz y lo fuiste, ¿para qué otra sanción?

He dicho.

CONFERENCIA DADA EN EL ATENEO DE MADRID

La mujer en la sociedad

«El destino de la mujer es ser madre y pedagoga.»

Señoras y caballeros:

A veces, obsesionados, no vemos la razón aunque la tengamos delante de los ojos. Voy a empequeñecer estas disquisiciones sobre la mujer con una lección de cosas. Temo enojaros con enseñanzas que debieran aprenderse en la escuela. Dispensadme.

¿Quién no ha dicho y dice todos los días de la mujer? Empiezo por respetar cuanto aquí se ha expuesto; lo supongo todo sinceridad y propósitos generosos; así los juguetones escarceos de simpáticas doncellas como las serenas aseveraciones de las madres. Cada cual lo ve a través de su cristal;

aunque una cosa sea la fantasía y otra las convicciones de la experiencia.

El tema es oportuno y trascendente. Se plantea en los momentos en que se está decidiendo el porvenir del mundo. No lo dudéis: la mujer llega al palenque de la vida pública con oportunidad y para jugar un gran papel. Doy la enhorabuena al señor Lillo por el acierto. Nada he de objetar a su concienzuda memoria. No soy partidario del diálogo. La ciencia no se discute y los sentimientos no se convencen. Pero de la mujer y del hombre todos tenemos un concepto que nos da derecho a hablar; y valga la humildad, con el de un médico viejo, os voy a entretener.

La mujer es un valor, no un panalito donde el hombre liba la miel y hace de la cera un *bibelot*, no. Más que su historia, como compañera del hombre, nos interesa la historia de su construcción orgánica. Aquélla lo es de accidentes hijos de la voluntad del hombre, que crea situaciones pasajeras, sin finalidad, al paso que la otra es irremediable labor de millares de siglos, con caracteres de eternidad. Son tantas las veces que he sorprendido las lágrimas y las risas de las mujeres; tantas las que he visto su cuerpo y su alma sin

embuste ni disfraz, que bien puedo decir algo de ella.

Mis observaciones y mis juicios, a ras de tierra, se limitarán a sacar deducciones de este delicado conjunto que llamamos la especie humana. No es invención mía, es su ley de vida, y cumplo con ofrecerla. Si de esta fisiología queréis sacar conclusiones sociales, allá vosotros; para mí no tienen duda: son fatales.

El problema social de la mujer implica el de su destino. ¿Cuál es éste? Perpetuar la especie en unión del hombre. Esta es la cuestión fundamental, y a tal finalidad se debe subordinar la vida de la pareja humana. Digo se debe, porque no se ha hecho ni se hace. Ello parece mentira, pero es verdad. El hombre, que es el animal más inteligente, se metió a enmendar a la naturaleza, y logró desconcertar el concierto, obligando a una situación social femenina injusta y violenta. La mujer es la sola hembra de la creación que vive fuera de su destino. De consiguiente, en este debate sobre el papel social de la mujer debemos considerar dos aspectos: uno, el científico, el permanente y definitivo, el que asigna la ley natural y que debe constituir el ideal al que forzosamente tenemos

que ir a parar; y otro, el accidental y pasajero, el creado por la mala intervención del hombre y que constituye la actual situación. Pues bien: para sacar a la mujer del pantano en que la brutalidad la ha colocado, digamos cómo y para qué fué construída, cómo está integrada, y cómo el hombre no conseguirá trastornar sino temporalmente lo que con tal belleza fabricaron los siglos. La ciencia es la suprema inteligencia.

La naturaleza no da preferencia ni primacía alguna al hombre sobre la mujer. Son dos entidades iguales de imprescindible cooperación y solidaridad para perpetuar la especie. Aunque de disposiciones diversas, su esfuerzo es de valor equivalente. Entiéndase que las diferencias son en cantidad, no de calidad. Entrambos tienen memoria, inteligencia y voluntad, en grado aproximado, aunque su ejercicio parezca haberlas desarrollado más en el hombre. También poseen sentimiento y acción, pero ¡cuán diferente la capacidad de estas cualidades! Como que a la mujer se la destinó el sentimiento y la acción al hombre. En una mesa de disección no podéis decir si el estómago, el corazón, el riñón, el pulmón y el hígado, es del macho o de la hembra. Cuarenta gramos de masa encefá-

lica de menos en la mujer, no justifican la diferenciación. Son los órganos sexuales los que imprimen carácter a la dinámica de la economía entera, haciendo predominar en un sexo el sentimiento y la acción en el otro. En los circos vemos hembras saltar y levantar pesos, como a padres anonadados por la pérdida del hijo; pero ni la emoción es aquí tan profunda ni allí tan marcados los relieves musculares. Por mucha educación que pongáis no lograréis confundir los sexos. En el uno privó el músculo y en la otra el sentimiento; de ambas energías precisó la conservación de la especie. De este primer aspecto, que considero preliminar indispensable, me voy a ocupar, dejando a vuestra iniciativa el modo rápido y práctico de levantar la mujer a la altura del varón, y compartir por igual derechos y felicidad, ya que la mitad la corresponde por ley natural.

Schopenhauer y Nietzsche, que aquí se han citado y hablan del látigo y de largas cabelleras e ideas cortas, aludiendo a la mujer, no son mas que sendos lucubradores, que entre ingeniosidades y retórica se empeñan en construir figuras guiñolescas a modo de hombres, mujeres y vidas que no caben mas que en su fulgurante imaginación. El

uno se ofusca en el engaño y en el dolor, y el otro, por el contrario, exalta al superhombre y su tiranía como a la sola fuente de felicidad. No; la felicidad no es monopolio del superhombre. Si esperásemos la felicidad de la meta de la sabiduría, no hubiera habido hombre feliz y tendríamos lágrimas para rato. La felicidad es una abstracción; un estado de la sensibilidad correlativo al grado de conciencia. Es indudable que el superhombre posee mayor sabiduría y mayor sensibilidad. Pero esto no supone la bondad, y, como en otra ocasión decía aquí mismo, prefiero vivir con taparrabos y hombres buenos, a los sabios con piel de lobo. Estos filósofos inventan un hombre a gusto suyo, olvidando que esta invención no se hizo mas que por quien pudo y una sola vez. Todos los filósofos y filosofías del mundo no podrán borrar el sello que imprime la anatomía. La anatomía nos indica la fisiología, que es la vida. La visión de Platón fué profunda y su intuición maravillosa. La respeto y admiro. Pero yo, mísero mortal, tocante a la mujer, sé más que toda la inspiración de los filósofos. Yo he tenido la matriz entre mis dedos y bajo los ojos. Yo la he visto dormida y en la plenitud de su función. Yo he visto el lóbulo fecundado mandar

C O N F E R E N C I A S

en rey y señor, tocar el timbre, y a través de intrincados hilos de sensibilidad, de movimiento y de nutrición, correr órdenes que mandan en el estómago, corazón y pulmón, pidiendo: aquí oxígeno, allá alimento y acullá sangre. Yo he visto levantar las compuertas de los canales, y la sangre precipitarse bulliciosa. He visto esta emoción ovárica uterina golpear en los centros encefálicos y desordenar todas las funciones orgánicas, y sobre este mar alborotado he visto al poder moderador surgir como Neptuno sobre las olas, y calmar los vientos y devolver la serenidad al desconcierto. Yo he visto cómo viene la evolución del engendro, y cómo éste ordena a la matriz, y cómo ésta ni duerme ni descansa atenta a sus menores deseos. Yo sé que en el período sexual no es la matriz la que vive para la mujer, sino ésta para la matriz. Yo sé que la nueva vida no exige más que lo justo, y una de dos, o sobra la fecundación y el engendro, o de llenar un fin, désele lo que por derecho le corresponde y el sexo pide a gritos. Esto no lo ha visto la imaginación de dichos filósofos.

Durante cierto período del proceso evolutivo de la tierra es indudable que no pudo existir la vida organizada. Se precisaron condiciones de ambien-

E N R I Q U E D. M A D R A Z O

te que la hicieron surgir. De consiguiente, la vida es una resultante que llega sometida a la ley que la creó y para una finalidad fatalmente determinada. El dilema es imperativo. Cuantos esfuerzos hagan los seres por desasirse de estas fuerzas que los constriñen y aprisionan son inútiles: o viven como se les ha prescripto o mueren.

Cuando un animalito tan insignificante como la *babosa* tuvo necesidad de conocer los obstáculos de su camino, como no disponía más que del tacto para orientarse, inventó los cuernos, que son unos apéndices contráctiles que van por delante y a cuyo extremo llevan una célula táctil que la alumbra y anuncia la leguminosa reparadora o el sapo que la ha de tragar. Como esto y lo de hacerse una bola para pasar inadvertida no basta, fabricó la cal, y con la cal una casita, en donde esconderse, y como las sorpresas y riesgos aun eran grandes, transformó en visual la célula táctil, que es un modo de tactar los peligros a distancia. Como veis, todo lo va creando la imperiosa necesidad. ¿Qué diríais de una ley que al caracol quitase los cuernos y la cáscara, o al ciervo la ligereza de sus remos? Esto nos indica que las necesidades crean órganos de suprema sabiduría que

C O N F E R E N C I A S

constituyen la esencialidad de la vida. Donde vemos un órgano vemos la imposición de la ley biológica en obsequio de lo restante del organismo. De aquí la bella solidaridad por la que todos los órganos viven para uno, y uno para todos. El hombre no puede sustraerse a esta ley. Tejidos y órganos son, pues, fatales. Ni pudieron librarse de las causas, ni ellas hacer otra cosa. Esta correlación es su ley de vida, y principio en que descansa su origen y evolución. Cada órgano tiene su ley creadora, que es la que sustenta su función. El pulmón no vino así de repente, como le vemos, dentro de la caja torácica del hombre. La imperiosa necesidad del oxígeno tuvo suficiente con la osmosis en la vida rudimentaria; pero con las nuevas necesidades se iban creando nuevos órganos, y la función de la osmosis se especializaba para subvenir a la nueva fisiología hasta dar en un aparato que es una serie de órganos con la finalidad de la función respiratoria. De la misma manera el aparato generador comenzó por una sencilla *escisión* celular en los primeros esbozos de la vida, para irse paulatinamente complicando hasta *escindir*se en macho y hembra en relación con las necesidades ulteriores del engendro. El macho y la hembra

no se han creado, pues, al tuntún, sino mediante la perseverante sabiduría de un juego de leyes que garantizan la vida de la descendencia.

La vida, pues, es función organizada, y legislar sobre ella es determinar el alcance de tal fisiología. Dadme el organismo y os diré el código de su vida: las leyes que forzosamente han de regir su destino. Los sexos, como he dicho, no fueron labor de un solo golpe de troquel. Fuimos ambisexuales y de ello conservamos bien, claros los vestigios. En el *veru montanum* de nuestra próstata van los indicios de lo que en tiempo fué matriz y ovario. Los llamados órganos de Rossenmuller que flotan en el ligamiento ancho femenino no son mas que los residuos seminales del macho. La organización psicofísica de los *invertidos*, ¿qué es mas que la fuerza atávica, un punto de interrogación, un instante de duda, en que la evolución embrionaria no supo por quién decidirse, si por el macho o por la hembra? Esta momentánea indeterminación o confusión de sexos en el mismo individuo la encontramos en las demás especies animales, que en su grado máximo resultan infecundos al modo de los híbridos. Sin embargo, la actual fisiología humana consta de un sexo en cada

C O N - F E R E N C I A S

individuo. ¡Quién sabe en lo que vendremos a parar!

Con ver el mecanismo del aparato sexual femenino se ve la importancia que ha dado la naturaleza a esta función. Aquí la multiplicación no es por millares ni millones, ni a merced de las corrientes de las aguas o de los vientos. Las semillas del olmo son volanderas y el azar las germina en campos remotos. No es tan sencillo ni difuso el procedimiento en los seres superiores.

En los vertebrados se va concentrando la fecundación hasta dar en el hombre que es el que con más precauciones viene al mundo. Cual si el contenido exigiese meditada y pulquérrima labor. ¡Tal fué la calidad y mezcla de sensibilidades!

Bastará colocarnos ante la gestación de la mujer para darnos cuenta de su trascendencia. Las redes sanguíneas y linfáticas que tapizan matriz, trompas y ovarios ofrecen pocas diferencias con las de los restantes mamíferos; las facultades nutritivas a que se refieren son las mismas. Pero en cuanto a los nervios que presiden la vida de relación, ¡qué diferencia! La más complicada estación teléfono-telegráfica es una grosera urdimbre. Una impresión uterina no sólo salta a la trompa, al

ovario y a la medula, y de la medula al corazón, estómago y pulmón, sino a todos los rincones encefálicos y a toda sensibilidad, y a todo pensamiento, sin que nada se sustraiga a su influencia. Y llora y ríe, y con sobresaltos, angustias y dolores se perturba el mecanismo por una hipersensibilidad concertada con la gestación. ¡Pobre mujer! Este momento de flaqueza, esta debilidad creada por la inexcusable fisiología del embarazo del parto y de la lactancia aprovechó la brutalidad del compañero para imponer la tiranía. Sí, mujer; tienes derecho a llamarnos egoístas y miserables. Abusando de aquellos instantes en que su labor es más pristina; cuando su vientre construye el porvenir de la raza; cuando sus mamas acarician y educan en el amor, en el sentimiento que ha de salvar al mundo, el hombre, más bestia que las bestias, menospreció el más rico florón, en aquellos momentos justamente en que la hembra necesita la cooperación del sexo contrario para la conservación de la especie. Se hizo dueño de la despensa; metió la llave en el bolsillo, y estúpido ríe y enseña la colmillera. Solo el hombre abandona a la mujer en tal desventura. Es el único mamífero que conturba la cooperación y atropella la ley na-

C O N F E R E N C I A S

tural. Como veis, cada sexo interviene a su manera y con su especialización peculiar, hija de los caracteres anatómicos. En aquel instante de debilidad, de insuficiencia de la hembra, la naturaleza hizo surgir al macho para salvar a la especie. No; los sexos no son iguales, porque su anatomía no es igual, porque su fisiología es diferente, porque sus leyes de vida son diferentes, porque sus destinos son diferentes. ¿No comprendéis que sería un error el que la naturaleza impusiera la misma función a órganos diferentes, y que los sexos pudieran simultanear su fisiología? Si las aptitudes son iguales y uno solo se basta, ¿para qué separarlos? ¿Para qué tantos miles de siglos en diferenciarlos? ¡Ah, la naturaleza no se equivoca! En aquellos primeros instantes en que el hermafrodita se partió en dos, los sexos fueron tan rudimentarios y tan poco especializados que la progenie no necesitó casi de su cooperación; pero después, ¡ah, después!, los minutos fueron horas, las horas días, meses y años. Tres, cuatro, cinco, seis, necesita la conservación del género humano. El hijo del hombre perece en cuanto le falta la cooperación de los padres en los primeros años de su existencia. Y fijaos bien, la cooperación femenina dismi-

duce de intensidad a medida que se aleja del alumbramiento; a la inversa del macho, se concentra en los primeros meses, en los primeros años. ¿Comprendéis ahora la diversa anatomía, la diversa fisiología, la diversa afectividad, la diversa disposición y destino de los sexos?

Los que hablan de la mujer y de sus aptitudes y de sus derechos prescindiendo de su anatomía van sin rumbo al error. Quien pretenda inmovilizar el músculo y el pensamiento, como quien quita aire al pulmón, luz a los ojos y reparación a las células no sabe de las leyes inexorables que rigen la vida.

Se equivocó Bebel en su tratado sobre la mujer cuando dijo que la potencialidad de los sexos era idéntica y que entrambos se podían sustituir en los fines sociales. Falso; un riñón se puede quitar y el otro sustituirle. Son homólogos, y el que queda cumple con hipertrofiarse. Pero del macho no se puede hacer una hembra, ni de la hembra un macho. Si Bebel se hubiera penetrado de lo que es una matriz, unas trompas y un ovario, de cómo estos órganos se desenvuelven y abren, como se abren las flores a los ojos del sol; si hubiera visto cómo bullen y se regocijan en el interior de la pelvis, cómo se imponen y mandan en el organis-

C O N F E R E N C I A S

mo entero, no hubiera sostenido la tesis que sostuvo. ¡Ya lo creo que hablan alto los órganos sexuales femeninos! Mientras en mi seno, dicen, se fabrica la nueva vida no consiento ni más autoridad ni otras ordenanzas que mis ordenanzas. Si el famoso jefe del socialismo alemán hubiese sabido la fisiología sexual de la mujer no dijera que estaba capacitada como el hombre para todo género de labores y profesiones. Esto quiere decir, y la actual guerra lo ha demostrado, que la mujer no sea capaz de cargar proyectiles y hasta dispararlos contra sus hijos, pero entiéndase que no es por su voluntad ni por sus disposiciones; por la violencia también vive el prisionero en el calabozo, a pesar de ser hijo del sol. En la naturaleza nada huelga: todo está en su sitio y todo tiene su porqué. Si teóricamente y a fuerza de generaciones y lactancia artificial suprimiéramos las glándulas mamarias, ¿qué sucedería?; que *ipso facto* habíamos suprimido la piedad de la madre y el amor filial: el sentimiento más hermoso, la fraternidad y fundamento de las relaciones humanas. La madre sin instinto de lactancia nos haría regresar al canibalismo de las especies inferiores. Y transmitiría con la herencia la crueldad. Ved cómo un sociólogo-

go tan eminente cae en un error trascendental por prescindir de un dato anatómico que juzgó baladí y alrededor del cual gira la mujer y la vida de la sociedad.

Hemos dicho que durante los nueve meses de gestación la matriz ordena y todo lo restante del organismo se desvive por ella. No es la madre quien manda, es el embrión. Legisladores: el atropello es de lesa humanidad. No la pidáis otro empeño que el que lleva en sus entrañas. Su cerebro ha perdido la independencia: el pensamiento se oscurece; su voluntad ha quebrado; no sostiene la atención; sus manos son débiles y torpes; angustias y desvanecimientos la asaltan; sin tensión sus nervios desfallecen; todo, todo, ha venido a menos para llevar más al engendro.

Esas cuatro semanas antes del parto, como las otras cuatro que después del parto da de descanso la ley (donde existe) a esa pobre mujer, es ridícula, y escrita por quien no tiene rudimentos de la fisiología, ni de la importancia que entraña aniquilar con el trabajo de la madre el desarrollo del feto y la educación del niño.

Todo eso está bien, dice la eterna frivolidad; pero ese estado sexual femenino es transitorio

C O N F E R E N C I A S

para volver pronto a la normalidad y compartir con el otro sexo alegrías y penalidades. Esto ha dicho la ignorancia, y se ha repetido aquí. La sexualidad no es el coito y la gestación ni para en el parto. La madre sale del embarazo y parto como de un violento esfuerzo en que la máquina ha trabajado a alta tensión durante nueve meses con agotamiento de energías, rasgaduras, hemorragia y dolor: células y nervios todo se rinde al temido alumbramiento. Tened presente que éste que pudiéramos llamar desastre del parto, lo es por el dolor y la hemorragia que le acompañan; pero estos signos son bien poco cuando las hembras han vivido en plena libertad, sin ataduras. Cuando la pelvis es amplia y la educación justa, lo de parir resulta insignificante. Hasta los mismos animales domésticos sufren más por estos menesteres que en estado salvaje.

La sexualidad no termina en el parto. A los pocos instantes el hijo pide vida, y a la madre toca dársela, porque no hay leche como su leche.

No; la maternidad no es situación pasajera. Desde el parto comienza la lactancia. Si no existiera la lactancia, ¿para qué la madre? ¿Creéis que se inventó la matriz y los meses de gestación para

aburrir a la madre y martirizar a la madre? No. La maternidad llegó como todo en el organismo para el deleite de la función; y lo que se tuvo por dolor fueron sueños de gloria. No quitéis a la madre el mayor de los placeres; el amamantar al hijo es su mayor alegría. Dios mismo contempla gozoso su obra en el regazo de la madre. Mientras aquel ser débil, amasijo de su carne, no se pueda defender, no la pidáis otros besos y alegrías. ¡Cómo le vigila, cómo le estudia! ¡Todo es sobresalto, alegría y teta! Como sepa por donde viene la enfermedad y la muerte, ¿qué más defensa que la suya? ¡Qué dulce la abnegación! «¡Dios mío—dice—, que sus ojos no se nublen y todo será placer!»

Cuando el hombre era cuadrumano y ágil saltaba de rama en rama sin más preocupación que la de satisfacer el hambre, su crianza fué breve, y pronto supo de la calidad y razón de los frutos. El mamón es pesada carga en trances de soltura y equilibrio sobre la copa de los árboles. Con él en brazos, en la constante emigración de una vida azarosa, la lactancia tenía que ser corta. Pero en cuanto las circunvoluciones cerebrales se abultaron y con la frente levantó el pensamiento, venció las inclemencias e hizo habitación de los confines

C O N F E R E N C I A S

de la tierra. Entonces la hembra cultivó su propio egoísmo que estaba en la amorosa protección de aquella entraña. Ese día, la hembra, para salvar al hijo, prolongó la lactancia tanto como el hijo quiso. Nunca se rindió la mujer en tal empresa. Por errores, por injusticias y locuras le podrá faltar miel a sus tetas; pero ¿voluntad, entusiasmo?.. Su amor le lleva en sus mamas y con savia del corazón desea infundir amor en la progenie. Muy grande fué el cariño que amontonó a los sexos, pero mayor el que la lactancia infundió a la descendencia. ¡Cómo le aprieta contra su pecho y le arranca gritos de alegría! ¿Quién como la madre para engendrar el amor? ¡Predestinada al amor, con amor salvará al mundo! Y en prueba de que el amor maternal superó al del sexo, rechaza al macho, no le quiere, le repugna ante aquel otro amor, a la descendencia, que es amor al género humano. Déjame: toda mi sangre para mis pechos y para mi hijo. Pide que no se la distraiga de aquella empresa educadora. ¿No es esa la fuente, el manantial de las infinitas formas de amar? Los hombres no se dan cuenta. ¿Existiría la fraternidad sin tal abolengo? No. Cuanto la madre más ama a los hijos, más ama a los hombres, y más los hom-

E N R I Q U E D. M A D R A Z O

bres se amarán entre sí. La reflexión quizás más profunda de Jesús fué cuando al abalanzarse María con la dulce palabra de ¡hijo mío! «detente», la dijo: «Tú no eres mi madre: todos los hombres somos hermanos.» La madre se arroja al agua y al fuego tras el hijo. No lo dudéis: cuando un hombre con riesgo de su vida se lanza a salvar a un semejante, es la fuerza atávica de la madre la que realiza todas las heroicidades. A la madre no le cuesta ser héroe, lo es por naturaleza. Cultivemos, pues, dicha virtud, y su exquisita sensibilidad traerá la paz entre los hombres. El deber del hombre será el de cooperar a la empresa que la hembra lleva grabada en el corazón, exaltar su sensibilidad maternal, hacerla más femenina, para que cada día sea más amorosa y haga más dulces y buenos a los hombres. No la interrumpáis en la lactancia. Dejad que viva con la ternura del corazón; dejad que la matriz duerma, que el ovario no despierte, que sus trompas no florezcan, que su alma se embelese en la presente hermosura. Todo ello irá en beneficio de la raza. No será ella quien rompa este segundo cordón, el espiritual, que, al modo del de la sangre, la ató para siempre al hijo de sus entrañas. Éste, a los catorce meses, se le-

C O N F E R E N C I A S

vanta sobre sus extremidades inferiores y rompe a hablar, y a los diez y ocho se va separando como si quisiera volar por su cuenta.

Ya sé que la mujer, durante el embarazo y la lactancia, puede hacer muchas cosas. Todas insignificantes, comparadas con la labor intrauterina del embrión o la lactancia y educación del hijo. Entendedlo bien: la voracidad del nuevo germen es grande y su perfección pide todo el oxígeno del pulmón y todo el alimento de la madre. En estos momentos mi imaginación contempla a Cervantes y Shakespeare en el vientre de su madre. ¡Cuánta grandeza se habrá aniquilado en el vientre de la madre! Los primeros movimientos de la rueda son los penosos y dados a tropiezos. Por esto exige la fecundación un período preparatorio y reservas nutritivas para soportar el buen desarrollo del engendro.

Los criadores de caballos dicen que la yegua lleva el potro en el vientre antes del salto; y la vaca que pare flaca carece de leche para el ternero. Cuando se mira a la descendencia, ni corre la yegua ni se unce la vaca. Lo cual no quita a la esposa de salpimentar la comida, mullir el lecho y vestir de flores el nido. Pero entiéndase

que su finalidad fisiológica es criar hijos para su gloria.

Para esto y no para otra cosa ha venido la mujer: para hacer hijos, para educarlos y mirarse en sus ojos. Imbéciles a quien les parezca poco. ¿No fueron sus manos de artífice las que más tuvieron en la confección del hombre? ¿No es éste la mayor riqueza? ¿Que no es artista? Toda es arte. El arte es sentimiento. ¿Que la mujer no aprendió a expresarle? Porque no la enseñaron. Pero ¿sentirlo? Los grandes artistas enmudecen ante la variada emoción de la madre. En una lágrima de alegría o dolor de madre va más arte que en toda la apacibilidad y todas las tormentas del mar. El arte se lo prestó naturaleza, le tiene dentro: ilustradla; ella le expresará.

Bueno, sí, me dirán los machos guiñando el ojo: y entretanto, ¿qué hacemos nosotros? No entendemos así la castidad. Claro que no la entendéis. Como que tratáis de suprimirla. Tal es el cultivo de su contraria que pretendemos hacer de la vida una fiesta de sátiros. Sí, es verdad; el tirón de la simpatía sexual es muy grande y sin él se acababa la vida; pero también lo es el que el deleite de los nervios es pasajero y se amortigua con el abuso. Com-

C O N F E R E N C I A S

paradlo con la nariz y el paladar. No lo dudéis, las nueve décimas partes de tal sensibilidad es sugestión. Si las doctrinas de Malthus y la perversión sexual fueran la verdadera felicidad, los astros eran mentira. Así como el hambre y la sed piden a gritos inmediata reparación, las facultades sexuales son más sumisas, aunque difíciles de gobernar cuando están mal educadas. Quiero decir que entre las funciones del organismo las hay cuyo régimen depende de la razón. La vida descansa en la construcción de hábitos. Para una voluntad poderosa nada más fácil que la construcción de un hábito. No hagamos de una solicitud intermitente, espontánea y oportuna, un permanente y perjudicial estímulo. El proverbio de déjame un mes y te dejaré un año, es inconcuso. La época del celo en los animales se subordina al despertar de las caricias de la hembra. La naturaleza parece haber dado a ésta la iniciativa, y se comprende, ya que es la que tiene que soportar las contingencias de la gestación y lactancia. Las hembras enfermas, insuficientemente nutridas y sin reservas orgánicas, lo mismo que en estado de precocidad o de regresión de su organismo, rechazan las amabilidades del macho. Contemplad la sexualidad en los ma-

E N R I Q U E D. M A D R A Z O

míferos; la hembra retoza y se fecunda repleta de sangre y viene a parir en aquella estación en que la naturaleza brinda fruto sabroso y abundante para lactar. Es decir, que solo en el vértice nutritivo de la curva, que es el *máximum* de salud y fortaleza, se ofrece la hembra bella, holgada y amorosa, y cuando voluntariamente se arriesga a las vicisitudes del embarazo y a honrar la descendencia. El macho se subordina a las indicaciones de la hembra, así como ésta a la esplendidez de sus facultades orgánicas, y entrambos al mejoramiento de la especie.

En Francia muchas de sus miserables mujeres no pueden amamantar, ni con la dulzura de la teta transmitir la piedad. Son insuficientes. Por la lactancia artificial ensanchamos los cementerios, suprimimos las glándulas mamarias y haremos una raza de lobeznos. Es una de las calamidades de la civilización. Y sépase que cuando no se puede lactar no se ha podido tampoco engendrar bien, ni desarrollar un hermoso embrión. De suerte, que la sabiduría de la lactancia artificial, como la salvación de raquíticos atrépsicos y degradados, no es civilización, sino cultivar la decadencia. La pesadumbre de la lujuria y las enfermedades anejas a

C O N F E R E N C I A S

dicha depravación son las causas más deprimentes de las razas civilizadas.

Decía que cuando el hijo parece desprenderse de la falda, librándose a su creciente actividad, ha terminado la lactancia. La madre le llama y no acude: ha conquistado la independencia. Entonces, sin ella darse cuenta, la naturaleza sexual vuelve a las anteriores dulzuras; la juventud se exalta de nuevo; los nervios se cargan de optimismo y los vasos de sangre; el carmín enciende la mejilla; la turgescencia los pechos; suave e indolente la voluptuosidad se apodera del tronco, y el desasosiego y desperezamiento con rumor de abrazos y besos anuncian próximo alborozo en el laboratorio de la fecundación. Pero entiéndase que el hombre debe hacer algo más que soltar alegres y alborotadas las delicias del sexo; debe de ir más allá que el animal, y en él resplandecer la conciencia de la belleza.

¡Con qué regocijo dispone la hembra el nuevo idilio! Otro príncipe: el mejor, porque su último sueño le parece el mejor; su risa será más clara, sus ojos más transparentes, su puño más formidable; su carne, rosa y jazmín, y sus brazos y sus piernas, y todo aquel conjunto de armonías y can-

tares la golpea y sobresalta. ¡Con qué alegría le siente! Todo lo olvida. Goza más de madre que de amante. Así como antes decía: déjame, no me inquietes en esta labor sublime, y con la indiferencia exasperaba al varón, ahora sus ojos melancólicos se posan en los del macho, cual si quisieran dormir en sus pupilas; una nueva emoción la sacude: es el hijo que viene. Miradle. Su gloria. Ciencia, poesía, humano porvenir. ¡Con qué placer su espíritu se desliza por la poética corriente de su segunda luna de miel. Y tras ésta viene la tercera, y así sucesivamente hasta ocho veces discurre la vida de la mujer en función de sexualidad permanente y ejercicios de puericultura. Esta es la obligación para la que científicamente está destinada. Ninguna otra más interesante que la de hacer a los hombres; esta es su industria, la suprema industria y la suprema riqueza.

Teniendo en cuenta la salud y fortaleza del hijo, vemos que el ciclo del acto sexual de la mujer abarca treinta meses, o sea: nueve de embarazo, diez y ocho de lactancia y tres de acumulación y reservas para el nuevo engendro, que, multiplicados por ocho, dan veinte años de espléndida sexualidad, sin contar los precoces y los de regresión y

C O N F E R E N C I A S

término, que se deben desechar. El acortar estos plazos y precipitar la labor va en perjuicio de la raza y de la salud de la madre. A los que viven fuera de la técnica y a muchos médicos les extrañará lo de los diez y ocho meses de lactancia. A éstos les digo que la estadística sombría de los tres primeros años de la vida, en los que perece la tercera parte, se desvanece con la teta de la madre, que es la que poco a poco va acomodando el hijo al medio externo.

A los animales salvajes por casualidad se les muere un hijo durante el período de lactancia. Si los criadores de animales domésticos perdiesen la tercera parte abandonarían dicha industria. ¿Cuál será la sabiduría y moralidad de la organización social que tan sin piedad aniquila la raza?

La energía de la mujer será mejor empleada en esta labor que en la esfera de actividad del hombre disputándole los campos de la ciencia, de la industria y del comercio, saltando de un obrador a un laboratorio, de uno a otro tren, y de una a otra fonda, de un submarino a un aeroplano, dentro de un mecanismo que tritura sus disposiciones y su sensibilidad. Esa vida de sport y de activos ejercicios tan en moda está reñida con la finalidad de la

mujer que es la gestación, parto y lactancia. La civilización la impondrá una vida más sedentaria cada día, porque sus obligaciones son sedentarias, porque su sensibilidad y sus goces la imponen una vida sedentaria. No son los callos de las manos ni las fuertes contorsiones exigencias para educar al niño, ni de atletas la vida sana y dilatada. Es una sugestión y un error suponer la dicha femenina en demandas alpinistas entre resbaladeros, riscos y ventisqueras. Diana con el arco, como Brumilda con la lanza, como las sílfides y ondinas, son figuras retóricas que crean una mentalidad enferma que desdice de las particulares aptitudes de la mujer.

La moderna educación abusa del ejercicio muscular, que cuando es excesivo lo hace a expensas del cerebro. No olvidemos que la actividad de este órgano es la que más y mejor quema y aventa las toxinas que intoxican la sangre. El trabajo cerebral es el más higiénico de todos mientras no llegue al *surmenage*.

Así como el varón pide acometividad y empresa de mucho radio, la acción de la mujer se restringe dentro de la familia a cultivar el sentimiento, que es la virtud más excelente de todas las virtudes y

C O N F E R E N C I A S

la que ha de dulcificar las humanas relaciones. La mujer es lo que es y no lo que queremos que sea. No vale aprisionarla y retorcerla. Será lo que el cincel de los siglos quiso esculpir. El gran ideal de la mujer está en el hijo, en la belleza del hijo. Para la belleza del hijo no hay leyes civiles ni canónicas. En la sabiduría de la mujer, en la imaginación de la mujer caben todas las grandezas, y si puede hacerlas carne, personificándolas en un engendro, parta ligera, que nada la detenga ni la arredre.

La exaltación de la maternidad será la religión más hermosa de todas las religiones, no necesita Mesías, Apóstoles ni precursores para ser la más gloriosa. Todas las horas del día y de la noche nos la enseña la naturaleza. Ella nos ha creado, y bajo sus leyes nos obliga a vivir y a perfeccionarnos. Esta religión de la belleza del hijo matará a todas las religiones. Será la conjunción de la fortaleza y del amor, la suma de todas las virtudes orgánicas y de todas las virtudes morales; el último credo de belleza que lleva dentro de sí mismo la inmortalidad de sus leyes, con su progreso indefinido: es y será la verdad y la Encarnación de Dios.

Hace pocos días hemos dicho aquí que la *concepción* es ciencia, arte, inspiración, poesía. To-



das esas convenciones y falsedades que coaccionan a la mujer no tardarán en venir al polvo. Tan lejos estaba la lámpara que hoy alumbra la cabaña del pastor. Sepa dónde está la belleza y a volar hacia el sol.

¡Paso a la hermosura de la especie! Fiel guardadora del porvenir, tú, mujer, no cometerás infidelidad consagrada al ideal.

Por lo expuesto comprenderéis la extensión que da la naturaleza a la sexualidad de la mujer y la conveniencia de que sepa estos extremos para determinar su conducta. La mujer, en general, y en particular la española, sin conciencia de la verdad y de su deber, es víctima de supersticiones. En la ociosidad y sin cultura dará en malos pensamientos y en la histeria. La imaginación pide ocupaciones, porque no puede vivir desalquilada. Aventemos la frivolidad. Que un ideal satisfaga su alma. Si no sabe el hombre, ¿qué va a saber la mujer? La torpeza no crea sabiduría. Y la peor de las torpezas, la ignorancia, y la más perversa intención dirigen los destinos de España. ¡Maldición, cien mil maldiciones, sobre quien a tan triste término nos trae! ¡No saben del naufrago perdido en la isla solitaria, sin que una vela ciña el viento!

C O N F E R E N C I A S

¡Todas las mañanas con esperanza, y sin esperanza todas las tardes!

Dada la incomprensión de la mujer, se precisa acondicionarla. ¿Cómo? ¿Cuál será su preparación espiritual? La que nos indica su anatomía, su fisiología, puesto que en ellas y sólo en ellas se va a ejercitar. Nosotros, al saber su destino, sabemos cuál debe ser su educación. Sus funciones son virtudes, y éstas las que debemos ensalzar. Lo primero, la enseñaremos a vivir con las leyes que rigen y sustentan la vida. Explicadla cómo hemos llegado a este mundo y cuál la casa que vamos a habitar.

De aquí se deriva el concepto de la vida y de la moral. Y sobre entrambos términos debemos estar conformes, puesto que son científicos. Ello es clave fundamental de los sentimientos y lo que da homogeneidad moral a la raza. Así como debe existir una armonía física entre los sexos para engendrar la belleza física, es igualmente indispensable la homogeneidad moral. El concepto de la vida debe de ser idéntico. Que la moral de la prole no vacile entre corrientes espirituales opuestas. Que entre los padres no haya choque de creencias. Del hogar debe surgir la unidad moral, mediante

E N R I Q U E D. M A D R A Z O

una preparación conveniente. Sólo en la ciencia está la verdad.

Este primer tramo de la educación debe ser exactamente igual para los dos sexos, y la coeducación una imperiosa necesidad. Ya que los sexos han de vivir juntos y se han de conocer y ser cooperadores, ¿por qué no disponerlos para sus respectivas obligaciones? ¿Por qué no enseñarles respeto y amor si su finalidad no es otra? Nos despeñamos sugestionados por peligros imaginarios. Juntos de la mano y con las mismas enseñanzas deben ir los sexos hasta la edad nubil, y allí decirles: ya sabéis lo que es la vida; ahora vividla. Tú, el varón, que tienes más músculo, más iniciativa, más observación y más inventiva, a conquistar la tierra, las aguas, el aire y el sol; y tú, su mujer, con tu particular sensibilidad, a fabricar un nido de amores, a construir el alma dulcísima de la descendencia. Así como aquél imprimirá carácter, decisión, voluntad, inteligencia e imperio, tú transmitirás dulzura, piedad, y dile que en tu seno dormirá el sueño de la bondad y de la risa eterna.

La mujer, al unirse al varón, debe haber construído virtualmente el hogar. Saber que ella será el sol caliente y la fresca sombra; que a ella toca

C O N F E R E N C I A S

alumbrarle con su corazón, limpiarle con sus manos y que sean sus dedos los que mullan el lecho y echen la sal al puchero; que sus labios rojos en el umbral reciban al compañero y en el umbral le despidan; que el nido sea un himno de alegría y que su cantar resuene en el oído ausente. ¡Sembradora de vida y amor: un oloroso incienso ascenderá del hogar a la bóveda de los cielos!

La hembra, por razón de naturaleza anatómica y fisiológica, es madre y pedagoga. La orientación de la mujer es maternidad y pedagogía. Construir el hijo y cultivarle, esto es todo. Con ambas obligaciones le sobra a todas las horas de su vida y a todas las ansias de su alma. En la naturaleza todas las hembras son pedagogas. Todas, todas saben pedagogía y la practican. Todas enseñan a jugar, a manejar los sentidos y a educarse en la fortaleza. Todas enseñan higiene, a buscar el sustento y a librarse de sus enemigos. Todas enseñan a gozar y a salvar la vida. Y como la vida de la mujer es mucho más larga que la de su sexualidad, sépase que su ocupación preeminente será la pedagogía. Detrás de sus hijos vienen los nietos y biznietos. Es la profesión que más ama y para la que su sensibilidad viene dispuesta. Ninguna otra

E N R I Q U E D. M A D R A Z O

exige más sentimiento, más arte y mayor número de profesionales. No olvidemos que el hervidero de la vida está en la parvulería y en sus comienzos el triunfo de la educación. Cuanto mayor sea el número de maestras más nos aproximamos al *desideratum* de la pedagogía. ¡La abuela qué bien se aviene a la infancia! ¡Cómo sabe el niño que le comprende el abuelo! ¡Risas, cantares, torbellino de la infancia, que tu música alegre adormezca el último sueño!

De los quince a los diez y siete años todas las hembras deben pasar a través de cursos prácticos sobre la evolución anatomofisiológica de la infancia. Cómo surgen la sensibilidad y los sentidos; cómo se desarrollan y perfeccionan; cómo son fuente de conocimiento y construyen la conciencia; cómo se cultiva la fortaleza del músculo y del pensamiento; por dónde vienen las enfermedades y cómo se evita la muerte, y cómo estos tres primeros años, los más funestos para la vida del niño, mediante una inteligente puericultura, son los más trascendentales y de mayor éxito de la educación. ¡Qué fecunda la pedagogía de esta primera infancia! De la inconsciencia se pasa a la conciencia, no por salto, sino por un proceso cauteloso

C O N F E R E N C I A S

que va filtrando los sentimientos y dando carácter y forma decisiva al alma. En este período se inician los primeros rasgos psicológicos y las primeras disposiciones de lo que más tarde puede ser grandeza u oprobio. La irrupción de los sentimientos hereditarios, como el color de los ojos, no tardan en anunciarse. Y permitidme una digresión, porque aquí se ha hablado con variada fortuna de sensibilidad y sentimiento. La sensibilidad es la cualidad superior de los seres y la que da supremacía al hombre. Y los sentimientos es sensibilidad concretada a un orden de afectos o de ideas: un hábito estratificado en el cerebro que se impone a la razón y transmite la herencia. Una madre va iniciando a su hijo en la existencia de Dios y del Diablo. ¿Habrá intervención más absurda, más brutal, más injusta y despiadada que la invención del infierno? ¡Crear al hombre para el placer de condenarle!

Esto no puede caber en la razón, y es un solemne absurdo, y, sin embargo, algunos de los que me oyen se sienten doloridos y tal sentimiento se yergue dominador. Dos niños van a la misma escuela y comparten los mismos juegos y la misma educación; de aquí saltan al mismo colegio y a la

misma Universidad dentro del mismo ambiente estudiantil, y el uno resulta irónico, pesimista, para quien la vida y los hombres son despreciables, y, en cambio, el otro surge optimista, ríe con alta y clara risa, dispuesto a amar a sus semejantes. ¿Qué ha pasado aquí? Que los sentimientos hereditarios son diferentes; que la educación no los ha podido vencer. Sepamos, pues, que al hablar de sentimiento maternal, hablamos del más grande y hermoso que cupo en la naturaleza humana. Porque si bien fué la simpatía sexual, el beso sexual, el instintivo sentimiento que inicia el amor, es en la madre en donde se amplía y engrandece. El amor es una necesidad y la ansiedad de amar es inagotable. A fuerza de necesidades se cultiva la perfección. Mirad por dónde de la vida del insecto saltamos a Newton y a Franklin, al vapor y a la navegación aérea. El hombre se diferencia de los animales en que jamás está satisfecho: siente la necesidad de nuevas necesidades. El conseguirlo es el progreso. Y por este sendero de tropiezos, verdades y flores, llegaremos a la meta. La humanidad pide más sensibilidad, más amor. No le basta con el que cuenta. Le precisa una mayor reserva que la actual. Y la dulzura de la madre

C O N F E R E N C I A S

será la fuente maravillosa. En la lucha del egoísmo y el amor, ambas fuerzas ancestrales, ¡tú, madre divina, vencerás al lobo! ¡Tu harás al hermano y salvarás al mundo! No achaquéis de mínima la más grande de las labores; haced la inteligencia y el corazón del niño; haced hombres buenos.

Si este altísimo destino ha dado Dios a la mujer; si por naturaleza son leyes anteriores y superiores al hombre, puesto que ellas le han construído, ¿cómo negar su efectividad y arrancar a la hembra sus derechos eternos e inalienables? ¿Quién va a legislar con más sensibilidad y con más autoridad sobre lo que es aliento de su aliento, vida de su vida? ¿Quién va a pedir besos, aire, luz, pájaros, agua, flores y cantares para la tierna infancia? ¿Quién más que la madre le dará el sol? Dejad que el hombre baje a las entrañas de la tierra y suba a las regiones del aire; que conquiste las fuerzas de la naturaleza y sumisas le obedezcan para su alivio y contento.

Vaya en buen hora tras la maravilla de la ciencia que es alimento y confort; pero para concentrarse en el pequeño mundo de la familia y del hogar, para exaltar la sensibilidad, para consagrar el sentimiento y cultivar el amor, fundamento de la

fraternidad social, está la mujer con su primordial tutela y primordial derecho. Ninguna sabiduría ni conciencia más adecuadas, y nadie debe detentar su altísima función; y su voz y su corazón pasarán por encima de todos los intereses. Nadie como tú legislará sobre esta materia.

No culpemos a la mujer, somos nosotros, los hombres, los responsables de esta repugnante civilización. La fuerza no es el derecho, y la fuerza tiranizó a la mujer. ¡Pobre corazón de la hembra! A todo se resigna con tal que la ayuden a salvar el hijo. La empresa es superior a sus fuerzas. El corazón del hombre debía manar remordimiento y penitencia. La moralidad pide justicia, y que el aire y el sol desvanezcan el maleficio. Di, bárbaro, ¿qué has hecho de tu eterna y amorosa cooperadora? Y ¡me dices compañera! Mientes. ¿Qué has hecho mas que engañarme? Educada en tu escuela, ¿qué haré sino engañarte? ¡Ah, de nuestra educación nacional! ¡Pobre mujer! ¿Qué sabe de la vida? Santiguarse. Pecar y hacer penitencia. Caer y levantarse. Cangilón de noria baja y sube sedienta sin comprender su anhelo. Peor que una bestia miserable. Ésta sabe criar a sus hijos. En España la incompresión es casi total.

C O N F E R E N C I A S

Nuestra educación ha hecho de la mujer un objeto de entretenimiento, y convencida de la vehemente solicitud del varón, se dispone a sacar el mejor partido de lo que supone ventajosa e inexpugnable situación. Se siente orgullosa de su carne codiciada. Sepa yo esperar, se dice, y caerás rendido a mis pies. ¡Infeliz! Aunque por fuera la veis arrogante y despectiva con aire triunfador pasar alardeando risas y vestidos, por dentro sorbe lágrimas. Todo es mentira, porque todo fué ficción. Ficción fué la niñia y ficción la adolescencia. ¡Miserable juventud!

Si detenemos a una mujer en la calle y la preguntamos adónde va, la contestación es invariable: «No lo sé; soy rica, me aburro en casa y salgo a la calle, y entro en la iglesia, y visito amigas, y descorazonada vuelvo casa.» Pero ¿no tienes algo en el alma? «¿Qué quieres que tenga? Presumo de felicidad. ¿Te parece poco?» Y ¿tú?, dices a la otra, a la pobre, porque no hay más que ricas y pobres; tú, pobre mujer, ¿de dónde vienes? «No lo sé; de donde quieren; yo no sirvo más que para lo que quieren; a todo me presto, como no tengo alma valgo para todo; he nacido para servir a los demás; qué quiere usted, es mi suerte.» ¡Desertoras de la

E N R I Q U E D. M A D R A Z O

verdadera vida! ¡Con esta conciencia pasean sus tristezas! Ninguna de las dos sabe del honor y de la dicha.

Mientras la mujer no renueve la conciencia respecto a su verdadero destino de madre y pedagoga, debemos resolver poco a poco el problema de su vida. Hoy, sin derechos, la negamos la personalidad, dejándola relegada a algo así como a una secuela del varón. En cuanto económicamente se baste a sí misma: la habremos devuelto su dignidad.

Resuelto el problema económico, la mujer podrá mirar cara a cara al hombre y decirle: «Soy tanto como tú, porque pongo tanto como tú, y valgo tanto como tú. Y aun algo más, puesto que soy la mitad del mundo, y le enseño a reír, ya que la vida debe de ser alegría. No; en adelante no me considerarás juguete de tus menudos deleites. Como todos los tiranos eres digno de un grillete. Me has hecho fracasar y conmigo fracasó la infancia y la raza. Cultivador de la fuerza, desdeñaste el amor y sembraste la discordia. Esas jerarquías sociales basadas en la rapiña son tu ignominia. Tus invenciones patrióticas y de fronteras han hecho de los pueblos bandas de salteadores, del mundo un in-

C O N F E R E N C I A S

fierno y de la vida un inmenso dolor. Ese mismo sentimiento fué el que me hizo tu esclava y sólo la revolución que mate al lobo hará surgir mis derechos. ¿Has sabido purificarte? ¿Qué has hecho para evitar degradaciones? El alcohol, el venéreo, la sífilis... ¿Qué has hecho? Somos nosotras, ¿lo entiendes?, nosotras las que acabaremos con semejante vergüenza. No; no bajas la cara, que ahora nos tienes que oír, y esa fiebre de oro y esa fiebre de deleites, de falsos deleites, soy yo quien te va a demostrar el encanto de una vida más sosegada y placentera. Soy yo quien va a construir la familia a base de afecto, no para luchar, sino para extender el amor al género humano, ¿lo entiendes? Una humanidad cooperadora y solidaria. Una humanidad que yo siento y tú no sientes. Y nuestras aproximaciones fisiológicas las discutiremos, y sabe de una vez para siempre que se acabó tu tiranía. Te advierto que nos capacitaremos a nosotras mismas para ser autónomas y nos crearemos un nuevo estado de conciencia, y entraremos en posesión de los derechos que nos asignó la naturaleza, porque sin plena conciencia de la vida, de lo que es la concepción, de lo que es el hijo, de lo que es la sociedad y el porvenir, no se pue-

de mandar. ¿Para qué meternos a legislar si no sabemos de nuestra hacienda y verdadera vida? Pero puestas al corriente... ¿Quién se atreve a negar a la madre participación en la dirección social?»

Hasta aquí nos hemos ocupado de la hembra humana científicamente, tal cual la ha construido la naturaleza con su corazón, ovario y sentimentalidad peculiares al fin de su vida; con su estructura orgánica irremediable; con lo que ha sido, es y no dejará de ser; como lo ha exigido la conservación de la especie, ley superior y anterior al individuo. Pero es el hecho que nos encontramos con una mujer prisionera de una organización social que la ahoga. Y a esa situación accidental, injusta, debemos acudir sacándola del atranco de la barbarie. Su cuestión de momento es vivir. Romper las cadenas para vivir una vida más humana, más digna, para meterse accidentalmente y a trasmano a hombre y conquistar el pan que éste la debe y no la paga, sólo para eso: unos mendrugos durante el camino de la redención. La completa redención estará en el libérrimo ejercicio que impone su fisiología, sus aptitudes y sus amores. La mujer es la mitad del mundo y la encargada de engendrar el amor, última esencia de la vida. Mientras las

C O N F E R E N C I A S

niñas van a la escuela y se preparan espiritualmente para ser mujeres, esposas y madres, y tomar parte en la dirección social, las mujeres necesitan alimento, vestido y habitación y salir por su cuenta de esa situación deplorable.

A muchas medidas se puede acudir para reparar las injusticias. Si hubiera conciencia y buena voluntad no sería difícil. Dos leyes se me ocurren entre muchas. Con dos leyes prácticas, y bien hacederas, se rehabilitaría parcial e interinamente la situación económica de un gran número. Con la primera se le abrirían las puertas de todos los destinos que no exijan derroche muscular ni alta especulación y sean más bien mecánicos y sedentarios. Este solo capítulo la dará cabida en multitud de oficios y en la mitad de los empleos civiles mediante una brève preparación académica. ¿Creéis que los cincuenta mil bigardos desertores del arado que en Madrid mienten y se desacreditan detrás del mostrador no serían sustituidos con creces por mujeres? La segunda ley, de imprescindible urgencia, se refiere a la sugestión del lujo. La enfermedad es moral. Claro, a fuerza de decirle nuestros feísimos gustos se ha convertido en muñeca, y se mira al espejo, y picaresca, se ejer-

cita en astucias y malicias. Claro se dice, si a esto me destinás, ¿para qué otras delicadezas? Repito que con urgencia, violentamente, hay que reglamentar la suntuosidad, permitiendo cuanto queráis a la indumentaria, con tal que no riña con estas tres condiciones: higiene, belleza y economía. ¿Con qué derecho la perversión, la monstruosidad de esos sombreros y de esos tacones que así deforman y envilecen la gracia de Dios? Antes, la cintura gemía entre paredes rígidas que estrangulaban deformando despiadadamente todas las entrañas del vientre. Ahora, la cintura baja a las posaderas, y el centro de la movilidad más gracioso y artístico del tronco se obscurece dentro de un verdadero saco de patatas. Esta tiranía y este mal gusto son insoportables. No sé por qué falta un tribunal competente de sabios y artistas que frenaran la insalubridad, el despilfarro y el despropósito en la indumentaria. Es preciso acabar con la estulticia y malignidad de los modistos. Del vestido se ha hecho una escuela de depravación social.

En esto de la vanidad debemos ser inexorables. ¡El abolengo de las riquezas! ¿Quién se aviene al ruin papel de la pobreza? Nada perturba en la ac-

C O N F E R E N C I A S

tualidad tan hondamente como la competencia de vanidades. Hemos llegado a un extremo en el que no existe más jerarquía social que la de la falda, la sala y el mantel, y digno de encomio cuanto deslumbre y obscurezca la limpieza del cuerpo, del entendimiento y del corazón. Contemplad esas calles: veinte mil jóvenes prostitutas venden sus cuerpos, y cien mil van de tiendas vendiendo las almas; así la vanidad distrae del verdadero sentido de la vida, siembra la insidia y rebaja los caracteres. A públicos azotes se debía condenar a los inductores de tan bajas competencias.

Estas dos leyes de carácter igualitario simplificaban la vida de la mujer descargándola del qué dirán y ofreciéndola un peculio para afrontar sus vicisitudes y las malévolas insinuaciones del varón. Sería un compás de espera hasta que la mujer oriunda de una buena escuela graduada, gratuita, obligatoria y única, con vestido y alimento; ¿para qué el dinero?, y lo repito y vuelvo a repetir, porque éste es el nudo de la cuestión y en donde está la solución de este y de todos los problemas sociales, sólo después de una buena escuela graduada, gratuita y obligatoria, con vestido y alimento, entrará la compañera del hombre en la vida social

E N R I Q U E D. M A D R A Z O

con la conciencia hecha, la cabeza alta y la vara de la justicia en la mano. Y para terminar quisiera poner en guardia a las mujeres. Entre ricos y pobres no habrá avenencia. Los pobres se han contado y la riqueza no se rinde. La guerra será de exterminio. Vosotras sois las más pobres, a las que prostituyeron los ricos y os mantienen en la ignorancia. No serán ellos quienes os rediman. Sólo en el nuevo concepto de humanidad que traen los humildes está la redención de la mujer, y con ella la del mundo. ¡Salve mujer fecunda, madre del hombre!

He dicho.

CONFERENCIA DADA EN EL ATENEO DE MADRID

La experimentación, ley fundamental de la Pedagogía

«La educación más eficiente y
trascendental está en la puericul-
tura.»

Señoras y caballeros:

Un día, hace más de medio siglo, cayó en mis manos la *Patología celular* del profesor Virchow. Toda aquella ciencia me era extraña, a pesar de llevar más que mediada la carrera de Medicina. Mi decisión fué inmediata: concluir la rápidamente y trasladarme al extranjero. El año 72 cursaba, en Francia, Disección anatómica y Fisiología experimental. Claudio Bernard, aquel gran maestro, fué mi primer maestro. A estas materias sucedieron prácticas de Anatomía patológica y de Clínica. ¡Cuán diferente la manera de enseñar! Acostum-

brado al libro, me fué simpática aquella enseñanza objetiva. Más tarde, pasé a Alemania, en donde la experimentación colmó todos mis deseos. Comprendí nuestro atraso. Se puede decir que estudié tres veces la Medicina: primero en España, después en Francia, y, por último, en Alemania, gustando las respectivas diferencias pedagógicas. Durante catorce años consecutivos, Alemania fué objeto de mi predilección. Su grandísima importancia era debida a sus pedagogos más que a sus inventores. La Ciencia se había puesto a la altura de todas las inteligencias y de todas las fortunas. Su inexorable Pedagogía, gratuita y obligatoria, me explicaba la esmerada organización y la fortaleza de aquella sociedad. Toda su expansión científica, económica y militar era oriunda directamente de la Pedagogía. Fricht y Herder prepararon a Bismarck, y éste al Káiser. ¡Lástima que la soberbia los precipitara en los infiernos!

¡Dichosos tiempos! Mi curiosidad iba de los menesteres quirúrgicos a los de la Pedagogía: y visitaba escuelas y pedagogos, y me enteraba de las causas de aquella grandeza y de nuestra miseria. Nos llevaban un siglo de delantera. Entonces comprendí el odio español a la Escuela, a la Universi-

C O N F E R E N C I A S

dad, al Dómine y al Profesor. Bien claro vi el interés y la alegría de allí y el dolor de aquí. España no podía producir ciencia; sus métodos pedagógicos no lo consentían. ¡Qué de extraño mi afición a la Pedagogía! Yo, que había aprendido a leer a garrotazos; y después, después... ¡los libros! ¡Pobre memoria mía! ¡Malditos libros! Debiéramos quemarlos; y devueltos los ojos, los oídos y las manos, después de aprender a observar, escribir algunos, pocos y pequeños: la observación grande; los libros pequeñitos. Va largo tiempo que renequé de la hermosa biblioteca de esta Casa, de esa biblioteca, adulteración de las inteligencias y fábrica de memoristas y malos oradores, como renequé de aquellos famosos Sanz del Río, Moreno Nieto, Castelar, Sagasta, Cánovas y Moret, que alumbraron gobernantes a montones. Ni uno fué útil a su país: los eruditos de esta magnífica biblioteca no sacaron a España de sus apuros. Con los trebejos de un mal zapatero de portal se defiende a los pies. Mil libros no hacen un hombre y matan a muchos. Los libros sirven para ampliar la experiencia propia con la experiencia de los demás, pero no para crear experiencia de primera intención. Para esto están las enseñanzas científicas y

los verdaderos maestros. ¡Con qué alegría descubrí el secreto! Perseverábamos en los métodos metafísicos y teológicos. ¡Qué vergüenza para los sentidos y para la Ciencia!

La sociedad española marcha sin brújula en la obscuridad de la ignorancia, por carecer del procedimiento científico que construye las almas. Si por ahí oís hablar de eminencias científicas, ponedlo en duda. Las que levanta del polvo el torbellino de la Prensa es uno de los mil embustes que nacen y mueren en una cuartilla de papel. Si algo debiera tenerse en cuenta, ese algo vive humilde, ignorado, aplastado por esos rutilantes luminaires que nos ciegan y sumergen en las tinieblas. Lo peor de la farsa no está en lo grotesco de los payasos, sino en la injusticia y esterilidad que impone su prepotencia. La ciencia se adquiere y vive en su medio. Lo que no quiere decir sea cierto el juicio de un arqueólogo alemán sobre la inmutabilidad de la raza española. Es verdad que el atraso moral e intelectual del pueblo español es enorme; pero esté seguro el pretencioso teutón que tenemos tanta capacidad latente como cualquiera. Falta la mano piadosa que sepa alumbrarla. Ninguno de los pocos españoles que tuvieron la

C O N F E R E N C I A S

fortuna de ser educados en sus métodos desmerecen a su lado. Lo cierto es que me convencí de que nuestro resurgimiento estaba, no en la Universidad, sino en la Escuela: en la educación de la niñez. ¡Qué de extraño el sobresalto de mi imaginación y soberbia! Mi torpeza fué grande. Me sentí redentor. ¡Supuse que podría implantar en mi patria aquellas hermosuras! Y, caballero andante, cerré contra rebaño de pícaros, que, oficiando de sabios, se habían repartido lo más sabroso de la caldereta oficial.

Después de las peripecias inherentes al que pretende honradamente ganar un puesto en el Profesorado, por casualidad fuí a Barcelona en alas de la fe. ¡Infeliz! A los tres años dimití. El Gobierno desamparaba la Ciencia. No le importaba la Pedagogía. Dejé en Barcelona el amargor de la derrota y una mina de dinero. No en balde arranqué a los alumnos la venda de los ojos y les grité: «¡Sálvese quien pueda!» Entonces se conoció oficialmente la verdad de nuestra ignorancia. Vuelvo a Madrid a coger el rastro. Y el colmillo del jabalí me produjo nuevas costuras. Jadeante, descanso en un rincón de la Montaña para levantarme ladrando.

Intenté crear un Colegio de Cirujanos. Fracasé. El egoísmo, la ruindad de los hombres, pudo más que la generosidad y la nobleza. Hay sociedad y tiempos en los que no prevalecen la inteligencia y la bondad.

Me asalta de nuevo la obsesión de las escuelas de la infancia. También soñé ser maestro de párvulos. Creo sea la profesión artística más interesante. La vejez revierte a la infancia. La sensibilidad del viejo, ¡qué bien se aviene a la infancia! La candorosa y altanera imaginación del niño, ¡qué dulcemente emociona a la astucia del viejo! La Pedagogía no perderá encomendando a los viejos el estudio de los niños. Mando al extranjero maestros a adiestrarse en la Pedagogía. Vuelven. Se inaugura la escuela más hermosa que existe en España. Me hicieron traición y fracasé. Pero no sin darme tiempo a demostrar la hermosura de mi pensamiento. Y aquí vengo, como veis, derrotado y viejo, sí; pero el mismo, perenne, con autoridad para hablar, con autoridad para que me escuchéis. Si digo tonterías sobre Pedagogía, conste que, dados mis antecedentes, no debía decirlas. No traigo invenciones notables; pero si no creyera en un gesto mío tocante a la Pedagogía, no tendría

C O N F E R E N C I A S

por qué molestaros. No es, pues, crítica de negación la que os ofrezco. Con artículos furibundos y demolidores no se hace patria ni humanidad. La reconstrucción es labor más exquisita. Esos artifices no se fomentaron en España. Por eso, sin timonel va la nave perdida entre escollos y rompientes. Digo esto al tanto de dos ministros reformadores de Instrucción, Alba y Silió, que me debían conocer, que tienen la obligación de conocerme, que se dicen amigos, que les he remitido mi preámbulo a la ley de Instrucción, publicada no para venderla, sino para que la lean los ministros. Pues bien: dicha ley, repartida entre especialistas, no ha merecido el más insignificante juicio crítico; es un cuerpo de doctrina científica que, si no inventada por mí, tampoco se le ha adelantado otra. Claro que es una coincidencia, pero la están copiando todos los pueblos de Europa, y no pararán hasta cumplirla de cabo a rabo. No creáis que ambiciono una cartera, como los ministros que no la han leído. En ella pido un pedagogo, sí; pero dictador durante veinte años. El margen de mi vida es mucho más modesto.

En ningún país se habla más que en España de una ley de Instrucción pública; como de vergüenza

hablan los desvergonzados. Pero entiéndase que tales habladores ni la sienten ni la comprenden: se les figura algo así como una obligación de saber leer, escribir y contar; poco más que adornos. Pues bien: una ley de Instrucción pública no es eso, sino mucho más. Lo es todo. La ley de Instrucción pública es la ciencia, el arte, la moral y la invención de un pueblo; es su justicia, su política y su administración; es su agricultura, su industria y su comercio; es su cooperación y solidaridad social; es su poder, su honor y su alegría en el mundo. Sin una ley que prepare el cuerpo y el espíritu para grandezas, éstos vivirán miserables. Nosotros no tenemos tal ley y vivimos una sociedad sin infancia, sin juventud y sin hombres; una sociedad malsana, triste y decrepita.

El bienestar, la tolerancia y el amor van juntos y destierran el rencor y la venganza. No espere-
mos la salvación por tal doctrina o tales hombres, si una u otros no vienen a cumplir dicha obligación. Esta crisis que atravesamos es inmensa porque en su torbellino trae dicha ley. Si la revolución no la trajera, no traería nada y quedaríamos en la misma inmovilidad. La revolución en Rusia, como en España, como en el mundo entero, viene

C O N F E R E N C I A S

no a suprimir la propiedad privada, ni a dar otro valor al trabajo, sino a organizarnos para una vida más compleja y elevada. Del caracol no sacaréis la sociedad de la hormiga.

¿Qué es una ley de Instrucción pública? La pedagogía necesaria para alumbrar la capacidad intelectual de una colectividad. Toda masa humana tiene una energía latente de ciencia, arte y moral, transmitida por las generaciones anteriores. El procedimiento encargado de sacar a luz esta fuerza acumulada le llamamos educación. La educación no es sólo la valoración mental ingénita de un pueblo, sino el cultivo y engrandecimiento de tal mentalidad. Se dice cultura, el grado aparente y no real de intelectualidad de un individuo o de una raza. Las facultades cerebrales no tienen límite y su fuerza expansiva se contrae o dilata en gracia a la suma de conocimientos. ¡Quién sabe los filones que duermen en el cerebro de incultas razas humanas! Los últimos cuatro siglos, tan sorprendentemente científicos, no enorgullecen a los españoles. Sin embargo, de nuestra potencialidad mental no se debe juzgar mientras la educación no demuestre lo que puede dar de sí.

La civilización no tiene una marcha progresiva.

y ascendente a la vez en todos los miembros de la Humanidad, ni es potestativo de un pueblo o raza su monopolio. La observación demuestra que unos vigilan y avanzan mientras otros se adormecen y aletargan. ¡Como si el esfuerzo obligara a descansar! El músculo y la inteligencia se fortalecen e hipertrofian mediante el mismo proceso educador. Las razas ibéricas de los siglos xiv y xv son las actuales, sin que la presente humildad parezca ser hija de aquella arrogante soberbia. Como las razas no perecen por ley natural, es de presumir resurja la nuestra. Pero será preciso adoptar otro método de vida. En realidad, uno nuevo nos impone la civilización mundial; pero este movimiento pasivo le debemos hacer activo por nuestra propia iniciativa. Esta capacidad, este resurgimiento, está en la ley de Instrucción pública.

La guerra, esta guerra, ha sido un ensayo de la capacidad de los pueblos. Los que se habían dormido, ¡qué presto despertaron! En medio del estruendo de los cañones y en los comienzos de una paz hambrienta de dinero, Francia e Inglaterra recargan en cerca de mil millones sus respectivos presupuestos de Instrucción. ¡Ah! La lección había sido amarga, pero concluyente. Dentro de las razas

C O N F E R E N C I A S

blancas todos traemos el mismo índice intelectual. La diferencia está en los métodos educadores. En cuanto la ciencia y el arte pedagógico se pongan a nuestro alcance, alternaremos con los demás pueblos y nuestros apellidos resonarán de nuevo en el panteón de la inmortalidad.

La ley de Instrucción crea los sentimientos y moviliza la inteligencia; es la dulzura entre los hombres, la riqueza, el pan y la sal de la vida. ¿Cómo practicar otras leyes sin esta preparación espiritual? No debe darnos descanso ni dejarla quieta; y al acostarnos y al levantarnos pensemos en mejorarla, que será lo mismo que mejorar a los hombres. Los ministros que dirigieron a España y no supieron o no quisieron saber de esta ley, debieron y deberían quedar clavados en la cruz, porque no sé de más ignominia.

¿Cuándo la utilidad de la educación? La vida es toda enseñanza y la naturaleza el maestro. Un mosquito aprende y rectifica. La ciencia de la educación no ha inventado nada. Las leyes son inflexibles y perennes. Respetándolas iremos por el buen camino. En cuanto las violentemos, ultrajaremos la vida. Dad al niño lo que pide la infancia, al joven la juventud y la vejez al viejo. No les qui-

téis nunca la libertad, porque la libertad es la alegría y la alegría es la enseñanza. Lo cual no quiere decir que las lágrimas no enseñen. Para eso están el maestro y la ciencia pedagógica: para ahorrar ensayos y amarguras.

Comprender la vida y saber vivirla, es la finalidad de la enseñanza. Y la educación es el método que prescribe el ejercicio de las actividades orgánicas con el fin de darlas el más amplio desarrollo. Es, pues, una labor experimental que comienza al nacer y termina al morir. La vida, en conjunto, es una unidad de fuerzas en función variable en cada momento. La célula muscular como la nerviosa tienen su período de formación y crecimiento, así como de desintegración y decadencia, variando en cada instante sus disposiciones y actividades. En la cadena de sucesos que constituye su evolución es tal la inestabilidad, que jamás se repiten los mismos. Cada día tiene su sensibilidad, su interés y su emoción, y, por consiguiente, cada día tiene su enseñanza. Las facultades mentales, como todos los órganos del organismo, se desarrollan armónica y correlativamente. Por esto es la educación función de armonía, y la gimnasia de la imaginación y de la memoria debe ir al compás del

C O N F E R E N C I A S

entendimiento y de la voluntad. En cada instante está indicada su experiencia y su razón, siendo labor educativa lo de engrandecer progresivamente dichas facultades. A esta ley fisiológica de perenne mutación tenemos que acomodar la Pedagogía. La evolución es fatal y la ciencia no está en guiarla, sino en dejarnos guiar. La infancia tiene sus leyes, como otras diferentes la juventud y la vejez; y a dicha receptividad hay que subordinar la educación. La Pedagogía, pues, es una ciencia de oportunidad educativa. No se deben enseñar las mismas cosas a los cuatro que a los cinco años, ni a los quince que a los diez y ocho. Sin este conocimiento previo de la Biología, sin esta ley fundamental, no se puede comprender ni enseñar educación.

En consonancia de lo expuesto, digo que las disciplinas usuales en la Instrucción pública son absurdas; que las clasificaciones de primera, segunda y tercera enseñanza, saltando e interrumpiendo sin adaptarse a la Fisiología, es disparatado. El maestro ha de saber que todo ha de ir a su tiempo y al compás biológico. La comprensión de todas las ciencias, de todas las artes y de la moral entera es un proceso que va de lo rudimentario y sencillo hasta lo más complejo.

Pues bien: en virtud de esta ley, una sana Pedagogía tratará de concertar el alimento de la inteligencia con la capacidad fisiológica. Un enorme número de niños mueren en la primera infancia por una alimentación inoportuna. El cerebro como el estómago tiene un índice de adaptabilidad, y pretender traspasarle es atropellar la función. El recién nacido, desde el instante que vino al mundo, aunque sin conciencia, empieza a ensayar y empieza a aprender; esto es, empieza a construirla. Y en sus ensayos, como en su comprensión adquisitiva, lo hace con arreglo al perfeccionamiento del instrumento de su sensibilidad. La vista se inicia a los quince días, el oído a los treinta, el olfato mucho más tarde. Sólo el tacto, que es la sensibilidad primitiva, porque de ella deriva y ella engendra todos los restantes sentidos; digo que sólo el tacto existe al salir del claustro materno, y la fría temperatura del aire la que arranca con el primer grito la primera inspiración y el primer segundo de vida propia. Ese mismo roce del aire frío desflora los labios, despierta el instinto, los mueve y chupa. Este primer fenómeno de la vida física en los microorganismos constituye la función osmótica de la nutrición, la primordial y la que dará ori-

C O N F E R E N C I A S

gen en los superiores a la conciencia. A los comienzos el mamón chupa y chupa lo mismo la leche que un veneno. No distingue lo bueno de lo malo. Pero ¡ah, cuán pronto aprende la tactación del paladar! A las pocas horas de observación y ensayo ya distingue el dulce y protesta del amargo. Necesita azúcar, que es carbón, y aire, que es oxígeno, para encender los millones de hornillos de su economía.

En la génesis de este primer soplo de vida está toda la filosofía pedagógica. Ese primer aliento atávico nos enseña el camino, la ley de la educación. Esa urgencia fisiológica nos indica la conveniencia del ejercicio de la sensibilidad en un sentido, y a él debemos acomodar nuestro método educador. Por esto decía que no habíamos inventado nada, y que la ciencia nos las da hecha la Naturaleza. En adelante veremos surgir unos tras otros todos los sentidos, los veremos crecer y perfeccionarse hasta su completo desarrollo mediante el mismo método de ejercicio y observación educadora. Los cinco sentidos son la puerta de entrada de todos los conocimientos. Como nada puede existir en la cabeza sin que por ellos haya pasado, comprenderéis la importancia que tiene semejante

método y perfección. Nuestra conducta de pedagogos, ¡cuán fácil! No perturbar lo que tan maravillosamente han construido los siglos. No rectificar lo inmutable. Podremos, sí, dilatar la sensibilidad de la vista y del oído; al fin y al cabo, no es otra que la prolongación del tacto, que tacta a distancia los objetos por sus formas, colores, aromas y sonidos. Y por el tacto analizamos el macrocosmos y el microcosmos, y los sentidos fueron los instrumentos de que se valió la Naturaleza para estudiar las propiedades de los cuerpos, y tacto es la palabra divina; y con ella palpamos el pensamiento que levanta a Dios la frente.

La pregunta, pues, ¿cuándo se debe empezar la enseñanza, en qué época de la vida?, está contestada. Se comienza el primer día con el primer vagido. ¿En qué extensión, con qué intensidad? Con la concierne a la sensibilidad del primer día. Como veis, discrepo de la sabiduría oficial, que dice que a los seis años, y, si acaso, previo un pequeño ensayo de párvulos, entre los cuatro y los seis. El absurdo salta a la vista. ¿Qué hace la pedagogía hasta los seis años? Según el Estado, inhibirse. Pero es el caso que no se inhibe. Y esto es lo grave, lo brutal y atropellador. Si el niño tu-

C O N F E R E N C I A S

viera iniciativa y se pudiera valer, ¡cuántos improprios y arañazos a quien tan mal supo de su conveniencia y sosiego! Aquel desgraciado diría a la más cariñosa e imbécil de las hembras: «Ni me muevas ni me perturbes; dame teta en justa cantidad, límpiame, tenme caliente la cama y déjame dormir en la oscuridad y silencio. Nada más te pido hasta que la luz empiece a despertar la retina y la sonoridad el oído. Pero con la luz moderada moderado ruido. Nada de sacudidas ni besuqueos. Todo quietud, calor y leche fresca. Y si me dejas libres las piernas, los brazos y la cabecita, ya me verás hacer gimnasia de músculos y del tacto, de la visión y del oído. Y poco a poco los agentes externos irán movilizandó la sensibilidad, hasta darme cuenta de lo que me rodea. Tú déjame en mi cuna, y déjame ensayar: que de Pedagogía sé más que tú, y no temas que me equivoque. Ni lloros ni impertinencias. Con la salud y esta educación no te molestaré jamás. Yo, solo, aprenderé a reír y a jugar, a distinguir los objetos, a cogerlos con la mano, a medir las distancias, a llevarlos a la boca, a gustarlos: que es necesidad de toda la vida y no me debo equivocar. Deja que me arrastre por el suelo y deja que me ponga en pie: que

E N R I Q U E D. M A D R A Z O

yo sé más que tú de mi casta cuadrumana y del normal desarrollo de las entrañas. Pues bien: esto que espontáneamente me ves hacer en la silenciosa penumbra del comienzo, es lo que no me dejas repetir con tus torpes enseñanzas desde la Maternología hasta la Universidad. Tú fíjate y sigue mi procedimiento; y al compás de la sensibilidad perfeccionada, de lo sencillo llévame a lo complicado; de lo superficial a lo profundo; de lo homogéneo a lo heterogéneo; del pensamiento humilde a las más elevadas concepciones. Así irás construyendo mi razón: la razón fuerte, la experimental, la que no engaña, la verdadera lógica. Y si alguna vez inventas teorías que te arrastran más allá de la percepción, que sean oriundas de tu objetividad anterior. Nada de fantasías ni de castillos en el aire. No se debe perder el tiempo en lucubraciones. Hay que ir directo a la finalidad por el camino experimental. La vida es corta y apremia el comprenderla.» Así se explicaría el pobre niño, y, si pudiera, así se impondría a puñadas y mordiscos. Os veo sonreír. ¿Educar al mamón? Intensamente. Viene saturado de egoísmo animal. ¡El pequeño tirano! Sobre si la leche es más o menos dulce y abundante, llora al segundo día, y al ter-

C O N F E R E N C I A S

cero muerde. Nunca serán más soberanas las lecciones. Nunca subordinará mejor la voluntad, ni más obediente, como no transijáis. Con seguridad que despreciáis la creación de hábitos. Son los hábitos los padres del sentimiento y el sentimiento quien perdura y manda en la razón. El hábito de la justicia le hará comedido y moral. ¿Lo veis? Ya empieza a sentir la justicia, a construir la moral. Lo comprendo; os chocan estas afirmaciones. ¡Menospreciamos a los niños como a muchas verdades que tenemos delante de los ojos! Acostumbrados a los estudios abstractos de la moral, a la elaboración mental más difícil, encontraréis ridículo su imposición al niño. Y aquí viene el gravísimo error de los filósofos y pedagogos franceses encomendando a la armoniosa literatura grecolatina el imaginativo y lento convencimiento de la moral. No; la moral ha de derivar de la biología, así como ésta de la fisicoquímica.

El hombre vino al mundo para gozar de la vida bajo el ambiente imperativo de la sociedad. Las funciones más elevadas de la sensibilidad se refieren a las relaciones sociales. Fuera de la sociedad humana huelgan las maravillas del cerebro. Para vivir y reproducirse no hace falta la exquisitez de

los afectos. Los constructores de almas conviertan los ojos al niño. Desde el primer momento el niño experimenta, se educa y aprende. No pasa día sin que una estratificación moral sedimente en su conciencia. La lucha entre el egoísmo animal y la filosofía social es permanente. La labor que acomoda el niño a las necesidades sociales la podemos llamar de moralidad humana. Y ésta es la resultante de las fuerzas coaccionarias sobre el egoísmo. De esta suerte todo el empeño de la educación se dirige a destruir el egoísmo, que es la energía antisocial por excelencia. No olvidéis que venimos a hacer hermanos y que procedemos de raza de lobos. El mamón en los primeros días ha gustado la leche, y el placer de sus mieles va mucho más allá que la necesidad reparadora. Ya tenéis el acaparador. ¡La maldita codicia! Chupa y chupa hasta que lo vomita. Sin embargo, no se conforma, y el placer se transforma en dolor. Si nos empeñamos en apurar los deleites será con menoscabo de la propia sensibilidad y a costa de la salud. Y de la misma suerte que en estos apetitos groseros, sucede en las complejas afectividades del alma. Si en aquel niño inconsciente regulamos la cantidad de leche e inexorables desdeñamos

C O N F E R E N C I A S

sus gritos y mordiscos, le veréis someterse a la ley del hábito, que es la construcción de la voluntad. Desde ese momento destruís el egoísmo y asentáis los fundamentos de la moral, que no es otra cosa que el altruísmo social. Una tolerancia mal entendida cultiva la arbitrariedad y la tiranía. ¡Qué mal se rectifica más tarde semejante inmoralidad!

Las leyes físicas construyeron el sistema nervioso, y la moral tiene que ser una fatalidad de la disposición de dicho tejido. La mecánica se impone, y no más que mecánica es la ley de adaptación y formación de órganos. El sentido de la moral, que es razón y justicia, no se graba con palabras ni silogismos, sino con hechos y nunca más oportunos que en los primeros años de la infancia. La moral es experiencia y ésta se debe esculpir en la piel con sacabocados. Que la Maternología sepa cómo se fabrican las conciencias y la moral, y que solicite las ampare. Que al llegar a párvulo su hijo tenga, más que nociones, sentimientos sobre lo bello y lo feo. Que en los alegres juegos y competencias de la parvulería se afiancen y extiendan tales sentimientos para hacer más tarde la sociedad cooperadora y solidaria, sincera y buena. Sa-

E N R I Q U E D. M A D R A Z O

bedlo, maestros: la moral, como la ciencia, se funda sobre experimentos.

Con palabras, máximas y carteles amonestadores, no se infunde la moral. Son los hechos que se clavan en la piel y en la conciencia los indicadores de la justicia. Es el dolor el que recuerda la espina bajo la corola de la rosa. Es la coacción del ambiente escolar. La inexorable sanción de los compañeros, la que alumbra la verdad. El jurado escolar no despreciará la más mínima falta, y vigilante, severo y amenazador, penderá sobre todas las almas. Que sus juicios y fallos sean públicos, solemnes y ejemplares. ¡Educadores, no desperdiéis un momento! Lo que al principio se hace sin esfuerzo y por natural y recíproco concurso, más tarde es difícilísimo destruir los errores acumulados. Reniego de la tan decantada sabiduría greco-latina. Desconocedora de la ciencia ignoraba la moralidad que ésta encierra. Los libros de ética de los Institutos y las grandes oraciones de Platón, Aristóteles y Séneca en la Universidad, huelgan cuando la Maternología y párvulos supieron cumplir con el deber. Detesto de los pedagogos y de la Pedagogía que menosprecian las oportunidades. Quien no hace por la educación y belleza de los

C O N F E R E N C I A S

niños, es un perverso. En el alma del niño vienen las semillas atávicas de todas las hermosuras y maldades. Cultivemos las que van a nuestra dicha. Nuestra condenación sobre la ley y legisladores que no supieron los rudimentos de la enseñanza nacional.

La Naturaleza, pues, por el sencillo procedimiento de la actuación de las impresiones físicas va desarrollando los sentidos, y éstos, a la vez, infundiendo la conciencia. La labor es simultánea; sensibilidad y conocimiento van surgiendo por la observación, que es la sola manera científica que nos ha de servir en adelante para instruirnos. A mayor sensibilidad, a más fina delicadeza en los sentidos, más claridad y penetración en la observación: concepto más preciso del objeto analizado. Este, y no otro, es el procedimiento y fin de la educación y el punto de partida científico de la Pedagogía.

La época más interesante de la educación es la de los comienzos de la vida, por ser la de los comienzos de los sentidos. El primer día es más oportuno que el segundo. No hemos sabido Pedagogía relegando la dirección educativa a los seis años. Al retrotraerla Fröbel a los cuatro, logró un

paso gigante en obsequio de la educación. Y nosotros nos llenaremos de honor afirmando solemnemente, rotundamente, que los tres primeros años de la vida son los más interesantes y eficaces. ¿Cuándo más tiernos y obedientes los organismos? ¿Cuándo más fácil desviarse de la verdadera dirección? Las primeras impresiones. ¡Ah!, las primeras impresiones son las que más valen. El clisé está reciente. Son las que mejor se graban. No olvidéis que el efecto de la segunda impresión depende en gran manera de la primera. Suponed que ésta fué de un pinchazo en la piel, de un ruido estridente para el oído o de un fulgurante destello de luz para la retina: estas impresiones han sobrecogido y mortificado al niño por su intensa brusquedad, le han irritado y hecho llorar, e instintivamente se coloca en estado de defensa, tratando de aislarle de aquel medio ingrato.

Si la sensación hubiera sido agradable, abriría más y más sus ventanas al exterior para recibir con regocijo las enseñanzas y perfeccionar el sentido. ¡Cuántas desviaciones, atrasos y rectificaciones! ¡Cuántas perturbaciones definitivas! Como en el organismo todas las funciones son correlativas, solidarias y armónicas, figuraos la trascen-

C O N F E R E N C I A S

dencia que un defecto de los sentidos puede tener en los demás centros cerebrales. ¡Educadores, Gobiernos, madres, parad la atención!

Como esta Pedagogía no se puede encargar a otro que a la madre, la Maternología resulta el período fundamental de la educación, el más interesante y decisivo. En él están encerradas la instrucción primaria, la secundaria y la Universidad. Dadme sentidos delicadamente educados en la verdad, y cuanto atañe a la enseñanza irá sobre rosas. Claro que si ingénitamente viene con rabo y grandísimas orejas, no lograréis un magnífico entendimiento. ¡Ah, la Maternología viene tarde, pero vendrá señera! Todo el esfuerzo, toda la ciencia que han acumulado los hombres ha sido para orientar a la madre, para decirle lo que supone aquel hijo, síntesis de toda la sabiduría de la Naturaleza. En aquel amasijo de sus entrañas no habrá un Newton, ni Cervantes, ni Shakespeare; pero, por si acaso, se lo debe de figurar. Con tal sutilidad, ingenio y esperanza se deben alumbrar sus virtudes.

Habrá quien halle prosaica y menuda esta labor de la hembra. La ignorancia es el eterno enemigo. A la mujer, ni le precisa ni es de su incumbencia.

E N R I Q U E D. M A D R A Z O

remontarse a las últimas especulaciones de la Ciencia, porque justamente está hecha para ser madre, y, como madre, le basta con los fundamentos de la vida, para que sus manos la moldeen. Sepa ser madre, y lo sabe todo, puesto que sabe hacer a los hombres. ¿Se la puede sustituir? No. ¡Desvelos, vigilancia y amor! ¿Qué otras manos que sus manos, qué otros besos que sus besos? Si el hombre es la mejor máquina y la mayor riqueza, ¿cuál superior industria? En este círculo, que parece estrecho y abarca a la Humanidad entera, está y estará escrita toda la historia del hombre. ¡Filósofos, legisladores, en esta suprema virtud, en esta suprema obligación, en este supremo amor, está todo el problema femenino! ¡Madre, levántate soberana pidiendo tu imperio y tu corona! Compañero, ayúdala, fortalécela; que de sus manos salga el redentor de los hombres.

¡Pobres niños! Más que los médicos y las enfermedades matan las madres. La mujer es la única hembra que trastorna las leyes de la primera infancia. La gata y la perra buscan cama, calor, comodidad, limpieza, sosiego, silencio, leche fresca y oportuna a la primera infancia. No temáis que en las primeras semanas perturben a la prole,

C O N F E R E N C I A S

ni que más tarde cohiban a los sentidos cuando éstos se abran al mundo exterior. ¡Aquello es jugar a lecciones prácticas de movimiento y de sensibilidad! En cambio, al hijo de la mujer todo son restricciones, violencias y retorcimientos. Nada de lo que gusta y conviene al mamón. Apretones y zarandeos, posiciones angustiosas, reposos en actitudes desviadoras de articulaciones y huesos.

No se le ayuda a respirar ni a digerir, y con la brusquedad de las impresiones se le descompone y aterra. En la labor de adaptación, ¡qué pocos son los animalitos muertos! Vienen al mundo con oportunidad y escogen la estación, base de la temperatura y del alimento indispensables. El frío y el alimento inadecuado mata niños] sin cuento. Todas las enseñanzas que dan los mamíferos padres son de observación, limitándose a dirigir la actividad de sus hijos en plena libertad. Esta es la ciencia pedagógica.

La enseñanza de la Maternología no tiene excusa y es la primera y más esencial de la Pedagogía. ¿En qué otra edad vais a crear los sentimientos? ¿Sabéis su importancia? El sentimiento es una manera refleja e instintiva de reaccionar contra las impresiones: una función independiente

de la voluntad y que imperiosamente manda por encima de la razón. El gorrión vuela a la aproximación del hombre; la experiencia acumulada de sus antepasados le impele a huir. El pingüino de los mares polares, que desconoce nuestra intención aviesa, se viene a la mano. Un niño, al romper a andar, cae y da con la nariz en el suelo. Más tarde, irreflexiva, pero seguramente, la defiende con las manos por delante.

Esta lógica experimental crea la acción instintiva del sentimiento. El sentimiento adquirido se engendra en el período inconsciente de la primera infancia.

Pero entiéndase que los sentimientos son de ordinario de carácter atávico o ancestral. Aunque siempre triunfa la vida, casi siempre mandan los muertos. La fuerza e imperio de los sentimientos suele ser invencible y decisiva, de tal suerte que toda la psicología y determinaciones llevan el sello de su influencia por la vida entera. ¿No os llama la atención que hombres cultísimos, de gran inteligencia y sana razón, creen en los misterios de las religiones? Esta es la tiranía del sentimiento. Si hemos de dar a los sentimientos la importancia que tienen, evitemos las prácticas corrupto-

C O N F E R E N C I A S

ras a su debido tiempo, y prevengámonos del desastre moral con una higiene previsoras.

Entre los quince y diez y seis años, como florón y remate de la instrucción general, se debe convocar a las jóvenes para enseñarles el arte y la ciencia de ser madres. Cuando los efluvios de la maternidad llaman a sus puertas, es cuando mejor se puede preparar el espíritu. Y entonces, con grandísima discreción, respeto y lealtad, se les debe dar cuenta de la función más interesante, de la que va a decidir del infierno o de la gloria de su vida. En la salud, belleza y bondad del hijo está todo su porvenir. Si la quitáis esa esperanza, ¿para qué la vida? Maldición sobre el encargado de instruirla y no la instruye. La madre, y sólo la madre, puede ser la educadora de sus hijos durante los tres primeros años de la infancia. La madre debe conocer los aparatos y sentidos del organismo al salir del claustro materno, y cómo se desarrollan y adaptan al aire libre; cuáles las causas de más frecuentes trastornos, y las indispensables a un buen funcionamiento. Enseñad, convencid a la madre, que ella cumplirá como buena. ¿Qué otra vigilancia perseverante que la suya?

No necesitamos mortificarla. Oirá gustosa; sus

ojos avizores, su perspicacia descubrirán todos los secretos. ¡Qué bien en el papel de médico y pedagoga de sus hijos! Sus observaciones y su intuición serán más finas que las del hombre. Dadle las leyes fisiológicas, las reglas de conducta y estoy seguro que en sus manos avanzará la Puericultura más rápidamente que en las del compañero.

Una ley de Instrucción pública debe de comprender los tres primeros años de la infancia, punto de partida de la enseñanza. Si queremos una intensa educación de párvulos, preparémosla con la Maternología apropiada. Ningún período pedagógico tan científico y exigente como el de la Puericultura, que construye el aparato sensitivo y los hábitos físicos y morales; que, al fin, los sentimientos no son otra cosa que el hábito moral. La influencia de este período es decisiva. Las ignorancias, supersticiones religiosas y todo género de monstruosidades morales sedimentadas en la conciencia de la madre se van incrustando en la del hijo. De aquí la enorme dificultad más tarde de un alma independiente y racional. Para salvar al hijo es preciso salvar antes a la madre. El espíritu de continuidad con la leche le presta el alma.

C O N F E R E N C I A S

Por esto la unidad de la enseñanza y el que todos los eslabones de la cadena sean inquebrantables. ¿De qué otra manera vais a salvar la catástrofe patológica de la infancia? En ella perecen la tercera parte de los niños. A esa edad todo está por hacer: es cuando la arcilla es moldeable; cuando el niño pide más ayuda y la madre ofrece más solicitud y concurso; cuando las observaciones imperfectas, las falsedades y las mentiras dejan huellas imperecederas; cuando la verdad tiene más valor y con ella hay que construir el alma. La Naturaleza nos hizo verídicos. Son nuestras traiciones las que nos hacen llorar. ¿Sabéis por qué el niño subyuga al artista? Por la sinceridad de sus ojos. El día que se devuelva a los hombres la transparencia moral de los niños, ¡qué dulce y alegre será el vivir! De esta primera época es la primera noción del día y de la noche, del sol, la luna y las estrellas; de la alegría y del dolor, de la salud y de la enfermedad, del hambre y de la sed, del agua y de los alimentos, de la fraternidad y el amor, del bien y del mal: en esa época despiertan los deseos y estímulos de la vida, y por primera vez se ponen a prueba la memoria, la inteligencia y la voluntad.

Nada tan lógico como la inteligencia del niño; cada suceso imprime un estado de conciencia. Es de altísimo valor pedagógico que no se contradigan: la contradicción trae el desconcierto de la razón. Cuando el mismo hecho se traduce de formas diferentes, el raciocinio y la moral se confunden y quebrantan. ¡Cuánto ensueño y fantasía en la pequeña cabeza! ¡Cuánto tropiezo y caída para dar en la realidad! ¡Cuántas lágrimas y rectificaciones!

Este período educador vale tanto como los restantes juntos. Cada día debe aprender algo verdadero, científico. Que ningún pensamiento falso ocupe su cerebro. La educación debe ser la línea recta, sin desandar camino. Rectificar una idea falsa exige más esfuerzo que adquirir diez verdaderas. Una observación o pensamiento erróneo obscurece todo el sector ideológico que con él se relaciona.

No despreciéis jamás la labor inquisitiva de los niños; seguidla con sigilo y acudid cuando en el atranco demande vuestro concurso. Su cerebro está desalquilado y ávido de conocimiento. No nos hacemos cargo de la capacidad receptora de este cerebro fresco e impresionable como ningún otro.

C O N F E R E N C I A S

¿Qué padre no dice maravillas de la precocidad y lucidez mental de su hijo? ¡Quién le habrá enseñado! ¡Qué perspicacia la suya! Eso dice la ignorancia. Si supieran la sed y vigilancia de aquel cerebro comprenderían la inmensidad de cosas que en él caben y los inmensos resquicios por donde entran. Cuando creen que no hace más que mamar y balbucear el lenguaje, espía las acciones y móviles de la conducta ajena. Son estas enseñanzas las que sigilosamente van templando su alma. Por eso digo y sostengo que el incapaz de servir de modelo no es digno de ser maestro. De aquí la trascendencia de la función educadora de la familia y el por qué en ciertos períodos de cultura social la Ciencia debe declararse tutora por encima de la torpeza sentimental.

La sociedad tiene el deber inexcusable de arrancar a los niños de la inmundicia del arroyo y del hogar. En dicha edad el día entero es una lección de cosas que sólo la vigilancia y el amor de la madre instruída puede satisfacer. Por esta suprema razón de vivir el niño pegado a las sayas de la madre debe ésta subvenir a las necesidades pedagógicas. A los tres años los escarceos del hijo dilatan su radio de acción, y llega un momento en que

rompe este segundo cordón umbilical y se declara independiente. Ve y oye claramente a distancia; sus huesos y músculos han ganado en soltura y fortaleza; sus acometimientos y audacias son otros, y es frecuente verle volver compungido y derrotado en estos nuevos empeños. Ya es párvulo.

Los primeros esbozos de la vida del niño dicen cuál debe ser la escuela, el método y el maestro. La escuela será la Naturaleza. ¿Método educativo? El experimental. ¿Y maestro? Todas las fuerzas que concurren al descubrimiento de la verdad. Entre éstas, además de las físicas, existe la sugestiva y moral. Así como el ambiente físico es insuperable en maestría, ningún maestro se puede igualar al del ambiente moral. Hemos dicho que los sentimientos del primer período de la vida suelen ser definitivos. Nada los despierta ni educa la inteligencia, ni esclarece el concepto del bien y del mal, como la sugestión social. De aquí la grandísima importancia de la sociedad escolar. El niño no sólo precisa luz a sus ojos, aire a sus pulmones y azúcar a su paladar, si que rodearle de influencias morales que moldeen su espíritu. Si colocamos en montón cien niños y niñas entre tres y catorce años, instantáneamente los veréis diferen-

ciarse en planos por edades, como los líquidos de diferente densidad. La sociedad escolar es indispensable para la educación del niño. Así como con arreglo a la evolución fisiológica cada día de la vida tiene su sensibilidad peculiar y su particular enseñanza, así precisa ir cambiando el medio escolar educativo. ¿Cómo? Dejad a los niños en libertad, y ellos constituirán la sociedad adecuada. No temáis discrepancias. Cada año tiene la suya.

Los niños no aman vivir entre los hombres. Las enseñanzas de éstos, por inoportunas, son mal traducidas por los niños. Éstos se emocionan y aprenden más de los malos ejemplos que de los buenos. Además abundan más los primeros que los segundos. Por esta sencilla razón de incompetencia pedagógica, suele ser egoísta, absurda e inmoral la educación familiar; una verdadera traición a la sociedad. No olvidéis que la escuela construye la ciudadanía. ¡Escándalo pedagógico, escándalo moral, el de ese niño sin movimiento ni alegría, solitario y cabizbajo de nuestra alta burguesía y baja aristocracia, de la mano del fraile, apercibiéndose a las penas del infierno o a las del purgatorio por lo menos!

La educación debe ser integral y colectiva, y las

energías físicas, entre himnos y cantos, desenvolverse al compás de las morales e intelectuales. La gimnasia rítmica debe empezar pronto y acabar tarde; es el procedimiento que mejor armoniza el músculo y la sensibilidad, el arte y la ciencia. Cada niño busca al semejante, por ser el compañero que le entiende, con quien concuerda y recíprocamente se educa. En esta sociedad escolar, el maestro no debe ser un extraño, sino uno de tantos, con los mismos gustos y aficiones. El maestro que no sabe ser niño, no sabe ser maestro de niños. Sin perfecta reciprocidad no se puede enseñar; y no debe ser el niño quien ha de ascender al maestro, sino éste quien busque el nivel. Verdad que el maestro sabe más y es el guía, pero sin que ellos se percaten; ¡que las simpatías los sugestione y el amor los convenza! En esta sociedad, formada por elementos equivalentes y homogéneos, es donde las iniciativas y la inteligencia juegan y se desarrollan libremente. Todos son maestros y todos son discípulos. En ese libre cambio de impresiones y afectos se funden las almas. Por esto decía que cada día de la vida del niño tiene su predisposición y su enseñanza. De aquí el que se divida ésta en grados. Que la familia y la calle no destruyan los

C O N F E R E N C I A S

afanes del maestro. La sociedad familiar será una magnífica cooperación cuando en ella resplandezcan la sinceridad, el altruísmo y la sabiduría.

Pocos serán los sacrificios del hombre en obsequio de los niños. Purifiquemos sin descanso la sociedad de la infancia. La moral, que es la justicia y el bien, debe echar hondas raíces en el corazón del niño. Ningún terreno más propicio y fértil si queréis fruto sabroso en el hombre. En ese período se aprisionan las conciencias. ¿Hay algo más absurdo que la invención del diablo? ¡Cuán pocos logran redimirse de dicho sentimiento! Así como la mentalidad del viejo se apacigua con la nieve de la reflexión, en el cerebro del niño la imaginación precede al entendimiento, agitándose en el hervor de un volcán. Aprovechemos dicha disposición exaltando en este período la vida noble y heroica, la vida fraternal. No olvidemos que la función social no tiene otro fin primordial que la fraternidad universal, fundamento de todas las perfecciones morales. Glorifiquemos la sociedad de los niños haciéndola alegre y justa para alcanzar la perfecta de los hombres.

El maestro, según vemos, lo es todo y nada. Aunque lo sabe todo enseña poco, puesto que los

alumnos son los encargados de descifrar los misterios. Al maestro le basta con rectificar oportunamente y saber lo que está al alcance del cerebro de cada niño. ¡Honor, grandísimo honor al maestro que supo ser niño, jugar con los niños y dirigir su actividad! ¡Honor, grandísimo honor al maestro que supo alumbrar las aptitudes y seleccionar la definitiva orientación de los discípulos, haciendo de su aplicación y trabajo no dolor, sino dulcísimo placer! El día que la enseñanza encaje en estos moldes, el concepto de la vida será de fácil y pronta comprensión.

No sé por qué el hombre ha de ser el más tardo de los animales en aprender a vivir. La observación del niño se ve solicitada en muy diferentes y opuestos sentidos. Al animal no se le ofrecen las dudas y rectificaciones que al hombre. Su esfera de acción es más limitada, clara y definitiva. Al paso que nuestro método y enseñanza no guardan relación con la complejidad de nuestra defectuosa organización social. La metafísica, que ha sido la verdadera orientación de las almas, se ha empeñado en construir fuera de la sensibilidad un hombre fantástico, para otra vida fantástica también. No hemos venido a la vida para sacrificarla

C O N F E R E N C I A S

fuera de la realidad, ni para que pícaros abusen de la credulidad humana. Ésta ha sido la principal rémora del progreso. Es necesario dejar para siempre esos derroteros y concretarnos a la ciencia de esta bella y gloriosa vida.

No debe haber más que una escuela, porque no hay más que una naturaleza, una ciencia, una sociedad y un hombre. Con arreglo a la escuela única, la educación se divide en etapas correlativas al desarrollo mental. De esta suerte hay una perfecta unidad en toda la enseñanza, puesto que en todos los grados se enseña la misma materia, aunque bajo un aspecto cada vez más profundo y complejo. La luz, el aire, el agua, la tierra, el sonido, la hierba, los árboles, el río, el mar y las estrellas, se empiezan a estudiar desde que impresionaron nuestros sentidos, para continuar analizándolos en *grados* sucesivos, hasta dar en el más alto de la Universidad con su aplicación especial para utilidad del hombre. De esta suerte la enseñanza realiza su verdadera finalidad, que es conocer y mejorar la vida. Esta evolución no se debe interrumpir en ninguno de sus puntos. Nuestro camino y nuestro método se deben acomodar al menor tiempo y al menor esfuerzo. Que el trabajo sea útil. Parece

mentira que una cosa tan fácil como enseñar se haya tardado tanto en aprender.

Mirad por dónde la incuria de nuestros Gobiernos facilita en su integridad la ley que no tenemos. Comprendo que a Francia e Inglaterra les duela suprimir lo que llamamos segunda enseñanza. ¡Es tan hermosa su historia! ¡Son tan eminentes los hombres que la representan! Así y todo seguirán a la Asamblea de Weimar. ¡Ah, las Cortes Constituyentes de Alemania! Lo primero que votan es su nueva ley de Instrucción pública sin Institutos ni Universidad: una escuela con muchos grados y nada más. La misma que yo aconsejaba. Es un dolor que el vendaval de la política y de la economía no hayan permitido su completo desenvolvimiento.

Nosotros, como no tenemos primera, ni segunda, ni tercera enseñanza, no necesitamos remiendos y composturas. De primera intención la podemos hacer toda nueva. Lo primero, un gran montón con la famosa ley Moyano y los millares de decretos y Reales órdenes exhaustos de probidad y ciencia, para darles fuego y aventar las pavesas. Aunque los hombres no quieran, los sucesos llegan y mandan. El embarazo de tal ley va de tiempo y

C O N F E R E N C I A S

es doloroso. A dos comadrones les cupo la suerte del alumbramiento. Alba y Silió habían sido ministros del ramo, parecían predestinados para salvarnos. Porque, ello es verdad, en la ley de Instrucción pública está la salvación de España. Los españoles conscientes, de rodillas, rezábamos. Diríase que el engendro sería robusto, de larga vida. Nos equivocamos. Hubieran acertado si en sus manos estuviera el acertar. ¿Qué tiene que ver la marrullería con la ciencia pedagógica? Ni patria ni prójimo ocupan a nuestros ministros. ¡Los favoritos del Rey! Las plantas trepadoras no saben de la magnificencia de los árboles gigantes. Es su huertecillo político, el sofisma del abogado, la manufactura de jueces y magistrados, lo que cariñosamente cultivan. ¡Los buenos tiempos cuánto tardan en llegar! El azar los lleva al departamento de Instrucción, y lo demás lo hacen la audacia y los malos consejeros. Éstos creyeron la ocasión propicia y acometieron la reforma. Y Alba y Silió crean el nuevo Instituto de segunda enseñanza y la nueva Universidad autónoma: reformas que han dado mucho que decir y de las que yo voy también a dar mi insignificante opinión.

Hemos de ser sinceros y hablar cara a cara. En

E N R I Q U E D. M A D R A Z O

España se carece de valor ciudadano. Por amistad, por egoísmo y por cobardía se vienen sosteniendo mentiras convencionales sobre hombres y dogmas que no los tenemos en el corazón. Al ambiente del resurgimiento nacional le es imprescindible la veracidad. Una crítica malsana lo trae todo revuelto. Hay que hablar con el decoro de la convicción y decir muy alto que todos los organismos de este país huelen peor que en Dinamarca. No viven para otra finalidad que sus egoísmos. Tal les han enseñado sus pontífices, los políticos. Y el Profesorado no es mas que uno de tantos cotos cerrados en donde se caza con toda clase de artes. Hay que revisar valores y que el sol de la verdad levante las nieblas que los obscurecen.

La ley de Instrucción pública no puede ser arbitraria, sino un organismo científico, cuyo principio, desarrollo y fin estén bien determinados. El legislador que no tenga este concepto de la enseñanza no hará obra eficaz. Lo de meterse con la Universidad sin saber el estado de la segunda enseñanza, así como lo de reformar la segunda enseñanza sin contar con la primaria, es completamente disparatado. No, señor Silió ni señores catedráticos; no esperéis fruto alguno de la Uni-

C O N F E R E N C I A S

versidad autónoma por el hecho de crearla con un decreto. El problema de la autonomía universitaria entraña el de la libertad de enseñanza, que es soltar la verdad y el error para que libremente se apoderen de las conciencias. Los pícaros dirán que cada cual escoja lo que más le conviniere. Saben que no sabrán escoger.

La libertad tiene sus límites, y yo no soy libre debajo del agua, ni el pez en el aire. ¿Existe alguna verdad? Sí: la científica. La pauta, pues, del Estado será la ciencia. Los dogmatizadores religiosos, fuertes en el sentimiento atávico, reclaman la libertad. ¡Ellos, que a hierro y fuego templaron nuestro fanatismo, piden libertad para mantenernos en las supercherías! En la ciencia no caben distingos, sino comprobación verdadera. La verdad religiosa es arbitraria y acomodaticia. La que se deriva de la ciencia es fatal y eterna. ¿Cómo el Estado ha de consentir que en nuestra educación se subordine la vida real y científica de la naturaleza a maliciosas y absurdas interpretaciones religiosas? Sí; mucha libertad para descubrir e inventar, pero la gravitación es la gravitación y la materia es permanente y en constante evolución. ¿Por qué esa cuarta plana de los periódicos sembrada de

E N R I Q U E D. M A D R A Z O

mentiras, artimañas y fraudes con que la poca vergüenza trasiega los dineros de la credulidad?

Por esto la enseñanza nacional debe ser obligatoriamente laica y no permitir en las Universidades profesores tocados de fantasías absurdas. No nos espante la dictadura. Bajo una dictadura permanente ha vivido y vive la humanidad. En esta incompreensión de la política liberal están los éxitos de la reacción. Una hora de despotismo destruye cien días de libertad. Baste de hipocresía y comience la tiranía de la Ciencia. Que el furor científico, sin reposo y sin olvido, sotierre la culebra de mil cabezas, y en inmensas letras de diamante esculpa el epitafio de la mayor peste que asoló a la humanidad. Una grandísima indignación me crispera al considerar la enseñanza nacional bajo la disciplina de la intolerancia católica, que durante siglos y siglos, todos los de la Edad Media, nos retrotrajo al período de la caverna. No se comprende después de tal brutal ensayo haya quien preconice tales maestros y tales dogmas.

La Universidad viene espontáneamente o no viene. Es una resultante del movimiento científico que se inició en los grados inferiores. Es la copa del árbol de crecimiento y ramificación indefinidos,

pero cuya savia y nutrición procede de la raíz. ¿Cómo pretendéis organizar cientos de cursos especiales que sólo caben en la Universidad, sobre la luz, la electricidad, el sonido, el calor, el frío, el movimiento, el vapor, etc., sin haber pisado un laboratorio de Física general? ¿Para qué las zonas, los climas y las especialidades agrícolas sin fundamentos físicos, geológicos, geográficos y biológicos? ¿Para qué la variedad interminable de industrias químicas sin el utensilio y el manejo de la Química general? La Universidad está en la puericultura y párvulos. Educad, instruid allí; continuad en progresión ascendente analizando la naturaleza, y el profesor y el alumno llegarán juntos a la etapa universitaria. Entonces adquirirá personalidad la Universidad y será autónoma y se impondrá a las restantes disciplinas científicas y pedagógicas. No, señor Alba ni señores de la Institución Libre de Enseñanza; vuestro Instituto modelo es un experimento sin finalidad. Son ensayos empíricos sin trascendencia. En la organización de la segunda enseñanza y de la universitaria no caben ensayos, porque estos problemas han sido resueltos científicamente, y a la Ciencia se la acepta y no se la discute.

La Universidad no es una entidad de vida independiente, no. Ved cómo espontáneamente se ha formado. Al principio, un poco de Humanidades y un mucho de Teología: no había ciencia y se limitaba a Gramática, Historia Sagrada, Moral, Retórica y Metafísica. Pero la inteligencia y la invención al azar aparecen dondequiera en forma de doctrinas que serán consagradas en la Universidad. La cultura que venía de todas partes engendraba la Universidad de Lérida, de Salamanca y de Alcalá. Van entrando las ciencias en los grados inferiores y van creciendo las especulaciones científicas en la Universidad. Y con las nuevas necesidades sociales aparecen nuevas especialidades, y de la Historia, y de la Literatura, y de la Geografía, y de cada rama científica salen otras ramas, y los catedráticos se multiplican con nuevas aplicaciones; las especialidades se especializan más y más, hasta contarse por millares los cursos de las grandes Universidades. Pero entiéndase que al catedrático de la Universidad le trae el alumno del grado inferior que viene preparado para la especialidad universitaria. La correlación entre el profesor y el discípulo es la misma corriente educadora iniciada en la primera edad de la

C O N F E R E N C I A S

vida. En este proceso no se deben permitir interrupciones y saltos, como el del Instituto, ni otras iniciativas a la Universidad que las compatibles con su salud y fortaleza. La autonomía es necesaria en los organismos enérgicos, que se bastan a sí solos, que no piden ayuda. La Universidad autónoma es la expansión de todas las ciencias y de las artes, que en su movilidad y progreso da constantemente origen a nuevas formas y enseñanzas. La Universidad española no tiene nada que ver con esto, sino que, por el contrario, es el escombros de la vieja Universidad del siglo xiv y xv, sin participar de la inquietud y esplendores de la Ciencia. Es una rudimentaria sabiduría fosilizada sin la expansión y alegría de la vida; una vieja cerámica que perpetúa la forma grosera del legislador romano, del herborista de la Edad Media y del curandero de Molière. ¿Qué más que malos médicos, abogados y farmacéuticos surgen de sus aulas? Loco de atar quien pretenda romper el punto muerto de nuestra ignorancia con la superestructura de la Universidad. ¿Qué adelantaríamos con traer a España una Universidad norteamericana? ¿En dónde están los alumnos para aquel Profesorado? Hay que crear el ambiente cientí-

fico. Hay que sentir la necesidad de la superior cultura. Si trasladamos a Madrid los alumnos de aquellas grandes Universidades, ¿qué resultaría? Que el medio madrileño, que la Universidad de Madrid ahogaría aquellas nobles esperanzas, y todo quedaría en pedantería y toros. Es abajo, en los primeros grados de la infancia, en donde están la revolución y el porvenir. Después que hayan hecho puericultura, maestros de párvulos y de instrucción primaria, y éstos hayan abierto las inteligencias, entonces vendrá la Universidad ella sola, sin apremios, por cuenta y vida propias, tomando a su cargo la dirección, no sólo de toda la enseñanza, a modo de Tribunal Supremo, sino de la sociedad entera, a quien sirve de maestra y de modelo. Estas autonomías universitarias me hacen el efecto de las placas y cruces que la vanidad y la estulticia cuelgan al pecho de convencionales virtudes. No es cosa de ufanarse de tales ridículas autonomías. ¿En dónde las grandezas que no han salido a relucir? ¿A qué engañarnos? En España no hay ciencia. Todo es pura garrulería. Y ante una masa estúpida, con eso sobra para montar la farsa.

Un ejemplo os dará cuenta de la mentalidad que

C O N F E R E N C I A S

preside en la capacidad universitaria; y entiéndase que es entre los más capaces, o, por lo menos, los que han tenido, como los médicos, más ocasión de juzgar y comprobar lo nuestro con lo ajeno. Aquí, en este mismo Ateneo, hace unos cuatro años, alumnos y profesores andaban a vueltas con el plan de hacer buenos médicos. ¡Qué extraño! Comprendo a los estudiantes defendiéndose de un insoportable método de enseñanza; pero ¿legislar sobre la Universidad quien desconoce la cultura de la primera enseñanza? Es un estrambote. Por supuesto, tal para cual. ¿Creerán ustedes que se ocuparon de crear valores? Ni los discípulos comprendían la preparación científica que exigía el ingreso en la especialidad médica, ni los profesores el carácter que debían dar a sus enseñanzas. No se les ocurrió tratar más que de exámenes y otras zarandajas. Lo que se quiso fué más bien suavizar asperezas entre beligerantes, ya que los unos y los otros se retorcían el mostacho, con vocerío, chacota y huelgas por un lado, y amenazas y suspensos por el otro. Sin comprender que la atrabilis residía en el carácter antipático de la enseñanza, en aquellos discursos mortales, en aquella inhibición de los sentidos, en aquella Anatomía

y Fisiología sin disección ni vivisecciones, en la patología sin laboratorios ni museos; aquellas clínicas sin análisis ni comprobantes; el mal humor procedía de aquellas coacciones y esfuerzos mentales agotadores sin lograr la verdad: en ese castigo del libro y *surmenage* de la memoria y de la imaginación que anquilosan las inteligencias residía la protesta. En ese método inconciliable con nuestra naturaleza y con la sabiduría están la huelga y el rencor. *Es lo mismo que denunciaba yo al ministro hace treinta y tres años, cuando renunciaba a mi cátedra.* Parece imposible que después de treinta y tres años siga el problema en los mismos ignominiosos términos. ¡Ah, el aprender no es dolor, sino delicado placer! De esto no se daban cuenta maestros y discípulos. Resumen: que el debate, fuera de su término, paró en aquella maldita prueba académica que traía al estudiante a maltraer. Todo giró alrededor de aquel sainete *Aprobados y Suspensos*, que tan imperiosamente rendía la bragueta del examinando y al público de risa. En fin, convinieron en la brutalidad de los ocho años de martirio, contando Preparatorio y Doctorado, para no saber la obligación que saben a los cuatro en las Universidades

extranjerías. Ni el más leve vislumbre de simplificación ni de acierto pedagógico. El caso era hacer inabordables tales estudios. Lo que no impide a la Expendeduría oficial multiplicar los títulos, multiplicando las malas competencias y los malos procedimientos profesionales, denunciadores del bajo nivel ciudadano.

El día que desde la cátedra dije a mis alumnos que España no sabía Medicina porque no sabía enseñarla, presté un gran servicio a mi patria.

Lo que acabamos de ver en la Facultad de Medicina se puede decir de las restantes. El Profesorado español de primera, segunda y tercera enseñanza, en conjunto, no se respeta ni sabe hacerse respetar. Sin alientos de nueva vida, vive en letargo profundo. Ese Consejo Superior de Instrucción pública, que no baja de un centenar de ilustraciones, que por el número debía ser el cerebro y providencia del mundo entero, es el descoco, la impotencia, la inmoralidad y el ludibrio. A nuestra dirección nacional hay que residenciarla para la más dolorosa justicia. Se precisa un gesto de seriedad para entrar esperanzados en la nueva vida.

Don Santiago Alba la tomó con la segunda enseñanza. Su famoso Instituto resulta la educación

integral de los diez a los diez y seis años. Una escuela o copia de la enseñanza de don Francisco Giner de los Ríos. Fué este maestro insigne un hombre bueno: el mejor maestro de España. Paz y libertad era su lema. Sólo en un ambiente de paz y libertad puede desarrollar el hombre la belleza que atesora. Decía que la vida era alegre, y su filosofía espiritualista enseñaba a amar la vida. Su amor a la Naturaleza y al Arte se sintetizaba en el niño, gracia sublime de la Creación. Su alma comprensiva, deliciosa y tolerante se hacía amable a la niñez. ¡Qué bien sabía que la enseñanza era sugestión! ¡La poesía de los niños! No puede ser su maestro quien no sienta sus encantos. ¡Qué de particular corriesen tras él y se hicieran compañeros! En este ambiente de mutua confianza y simpatía se vive contento, y la personalidad surge con toda la frescura de la ingenua sinceridad, Modesto, astuto y cariñoso, los dejaba ir por delante, siendo él quien los guiaba. ¡Cómo se regocijaba en sus proezas y las ponía al alcance de la mano! Comprendía que el maestro hace a los niños, que los niños hacen a los hombres y que la dulzura y cortesanía de los pueblos arrancan de los sentimientos fabricados a la infancia. Conocedor de

C O N F E R E N C I A S

los sistemas pedagógicos, sus éxitos fueron ciertos. La Pedagogía optimista de don Francisco Giner procedía del concepto que tenía de la vida. De aquí su sentido liberal y científico enfrente del pesimista, teológico, coaccionador, rígido y deprimente que la tradición venía manteniendo. ¿En qué otro ambiente que el liberal puede destacarse la personalidad física, intelectual y moral, uno de los principales objetivos de la educación? La escuela liberal de don Francisco supo atraerse a los educadores que comulgaban en dichas ideas y que han continuado su obra de emancipación espiritual. Tocante a este punto esencialísimo, la futura escuela laica española deberá gratitud eterna a Giner y a sus discípulos. Sin embargo, don Francisco Giner no fué, como se ha dicho, un maestro trascendental. No; ni en su país, hambriento de Pedagogía. ¿Que incubó unos cuantos universitarios más vistosos que renovadores? Sí. Pero no es la Universidad la encargada del resurgimiento, sino éste de levantar la Universidad nueva. Ni por su invención pedagógica ni por la extensión del beneficio fué trascendente el piadoso Giner. No descubrió ningún filón ni nuevos derroteros.

Sus métodos y procedimiento fueron inventados por maestros sublimes, y en su largo apostolado no logró extender la buena nueva. Como maestro de primera enseñanza, que es en donde estaba su principal empeño, se concretó a fundar una escuela graduada. En ella su pensamiento se dirigió antes a la moral que a la instrucción científica. Lo primero, hagamos sensibilidad, buen gusto, finura, pundonor, dignidad, hombres justos y sinceros, correctísimos caballeros, y después les armaremos con toda la ciencia que podamos. ¡Lástima persistiera en el error de otros pedagogos y en la reputada cultura grecolatina, separando la ciencia de la moral! No; la ciencia es moral, y no hay moral sin ciencia. El código moral está escrito en las leyes irremisibles de la vida. Quien desconoce la filosofía de la Física, desconoce la filosofía de la Moral.

Inglaterra, y sobre todo Francia, no tienen por qué estar orgullosas de su Pedagogía. Después del triunfo en los campos de batalla, hablan alto de su abolengo grecorromano y de las enseñanzas que nos legaron aquellas civilizaciones, como si ellos fueran los únicos depositarios del verdadero talismán. Aunque en el momento los franceses hagan

C O N F E R E N C I A S

alarde de su ley de Instrucción pública, ¡con qué clarividencia se cernía la prepotencia alemana sobre el mundo! Eran las leyes de Instrucción pública las que luchaban en la agricultura, industria y comercio y en los campos de batalla. Entonces fué el arrepentimiento y la rectificación. El que ahora vuelva a insistir en su antiguo error de exaltar una moral convencional y académica, cultivadora de la forma, posponiendo la ciencia, no es otra cosa que obcecación y soberbia. Sí; las naciones latinas heredamos más arte, pero nuestra literatura no encierra por ello más moralidad. En cambio, la belleza aparente de la forma nos ha distraído del fondo, que donde está la sustancia. Los libros oriundos de la civilización latina adolecen de falta de sobriedad científica. La ciencia es breve, y lo que hemos convenido en llamar Arte son libros interminables de vistosos colores y poco peso; conversaciones chispeantes de agradable entretenimiento y de escasa nutrición; desdén por la objetividad y cultivo de la fantasía. La ciencia reniega de la imaginación, y crea convicciones y caracteres, dando fortaleza a las almas. Entendedlo bien: en adelante, la Literatura será científica o pasará sin dejar rastro.

La conciencia universal no pide palabras, sino rayos de sol.

No fué éste el principal error de don Francisco Giner. Don Francisco Giner no se dió cuenta del valor de la maternología y de la educación de párvulos: no supo apreciar en toda su extensión la importancia de una escuela graduada completa. Si tal hubiese sido su convicción, la hubiera creado. Su comprensión no abarcó el uno y total concepto de la educación. No supo de las etapas primordiales y solemnes de la enseñanza. Y prisionero de la tradición, cayó en las lucubraciones del Instituto y de la Universidad. Si en los grados inferiores hubiera presentado los superiores; si en la escuela graduada hubiese visto la futura Universidad, no soñara de primera intención con la alta jerarquía universitaria.

Siendo sus métodos de enseñanza insuperables y desconocidos en España, ¿por qué no hizo maestros? Este es el punto negro. Era demócrata y tenía fe en la democracia. Necesitábamos una escuela modelo de la democracia: la escuela del porvenir; la escuela que prepara el advenimiento de la sociedad internacional. Parece imposible que don Francisco Giner prescindiera de la primera ense-

C O N F E R E N C I A S

ñanza para construir la fraternidad y la democracia. Éstas, o se hacen en el corazón del niño, o no se hacen. Más imperdonable aun el que sus discípulos lo intenten con un Instituto mucho más privilegiado que el oficial. Es una inmensa ironía. En la crisis más grande que cupo en los siglos, en medio de las ansias igualitarias forzosamente triunfadoras, viene la Pedagogía sugerida por los discípulos de Giner a mantener la lucha de clases con su nuevo Instituto. ¿No comprendéis que la pacificación de los espíritus ha de salir de la escuela? Es allí donde hay que enseñar a ser hermanos, en donde el rico de inteligencia tiene que aprender a amar al más pobre, y éste a respetar a aquél. Allí se debe decir que los superhombres no han inventado la felicidad. Y que es preferible una sociedad de hermanos con taparrabos a otra de lobos sabios.

Esta escuela de amor, que reparte por igual alimento, vestido y habitación, sumará toda la inteligencia de los pueblos, borrando el temor a la fecundidad y desterrando la infamia de los procedimientos malthusianos. Y macho y hembra volarán libres en alas de la selección, llenando de cantares la tierra. ¿Que es cara la ley? ¿La fraternidad

E N R I Q U E D. M A D R A Z O

se paga con el dinero? Dará la homogeneidad que falta a las razas. ¿Qué ley va a rendir más riqueza? En sus manos tiene los tesoros presentes y futuros. ¡Gloria al pueblo fuerte, moral y laborioso!

En España hacía falta una escuela de maestros: una Normal que multiplicase las buenas doctrinas y los buenos métodos pedagógicos; una escuela que entre risas y besos alumbrase las cualidades dormidas en el alma de la raza. El problema de la instrucción nacional está en los maestros. No es que Giner no supiera. No quiso hacerlos. Yo le pedí uno. No le tenía. Le di un plazo de cuatro años. Dijo que no podía. Manjón me hubiera facilitado diez. Manjón era más trascendente. Sin una tan liberal ni tan científica finalidad, Manjón prestó más servicio a su país haciendo pedagogos, que faltaban, que Giner logrando catedráticos eruditos, que sobran. Giner se equivocó poniendo los ojos en la Universidad; creyó que la Universidad era la encargada del resurgimiento nacional, cuando el resurgimiento del país y de la misma Universidad estaba en la maternología, párvulos e instrucción primaria. Esto es lo que no vió claro el alma dulcísima de Giner. El libro que

C O N F E R E N C I A S

escribió sobre la Universidad, brillante en datos y disciplinas sobre alguna de sus ramas, le debió dedicar a la humilde escuela de aldea. Su inmensa influencia y respeto merecido les debió dedicar a ese maestro inadaptado. Debió enseñar a los pobres y predicar en honor de la escuela gratuita y obligatoria. Su voz apostólica, tan oída, debió empeñarse cerca de los directores, ¡de esos malos directores!, para decirles que la riqueza de los pueblos estaba en la inteligencia, y que la mayor parte se perdía por el hecho de ser de los humildes.

La inteligencia, proceda de dondequiera, tiene derecho a todas las especulaciones científicas y a todos los cargos sociales. La Universidad no debe ser privilegio y orgullo del dinero, sino de la sabiduría. La Escuela única, gratuita y obligatoria, con la serie de grados sucesivos, no sólo abre las puertas a todos los entendimientos, facilitando ambiente a sus actividades y disposiciones, sino que determina su máxima utilidad. La cantidad y calidad del esfuerzo mental varía en los individuos. Nada tan heterogéneo ni de evolución tan diversa como el desarrollo y amplitud de las facultades mentales. Hay quien al principio es todo luz, y de repente se adormece y paraliza. Cada cerebro es un valor in-

telectual, con su natural y espontánea aplicación. El día en que el trabajo individual vaya concertado con las aptitudes, la abundancia rebotará por doquier. El cerebro incapaz de abordar un *grado* superior se debe limitar a especialidades oriundas del *inferior* inmediato. El empeño de ascender a los grados universitarios por entendimientos inadaptables o retardatarios es absurdo. La selección es una necesidad, una justicia y una riqueza. La que actualmente se viene haciendo en obsequio a la burguesía es con frecuencia en perjuicio de la sociedad. La inteligencia no es privilegio de una clase, y el espíritu de invención salta donde menos se espera. Las ciencias y las artes deben más a los desheredados de la fortuna que a la riqueza. Sin competencia ni vanidad deben triunfar los más capaces. La sociedad del porvenir dará al pedagogo la dignidad que merece, la más alta dignidad, puesto que será el encargado de entretener y perfeccionar el organismo social, seleccionando cada una de sus piezas para el común y mejor aprovechamiento.

Cincuenta años hace que Giner y sus discípulos predicán la buena nueva, y el alma de la clase directora española, que es la que tocó, continúa dor-

C O N F E R E N C I A S

mida. En menos tiempo los japoneses saltaron del salvajismo sobre la corpulencia rusa, humillándola a fuerza de sabiduría y moral. Ni don Francisco ni sus discípulos han comprendido el valor de una escuela graduada, que desde la maternología llegase a los catorce años inclusive. Si lo hubieran sabido, no hubieran pensado ni en el Instituto ni en la Universidad. Aquél hubiera sobrado y ésta hubiera venido sin recomendaciones. En una escuela graduada tiene que alborear la nueva conciencia sobre el cultivo intensivo de la especie humana. Sólo a las leyes hereditarias y a la selección, al beso supremo de Venus y Apolo, está encomendada la fortaleza y hermosura de la raza; la que ha de alumbrar todos sus valores. España no cuenta con una graduada perfecta. La misma Superior del Magisterio, creada con el hermoso propósito de hacer maestros, no ha conseguido más que otra agrupación de empleados: otra Normal de frac y guante blanco. Giner, que sabía hacer maestros, no los hizo. Estos otros no los saben hacer. ¡Lástima que Manjón los haga para ganar el cielo! Ni Giner, ni los discípulos de Giner, han comprendido la escuela verdad.

El Instituto, creado a la sombra de Giner y por

sus discípulos, más que por la iniciativa de Alba, es un absurdo, demostrado en pocas palabras. Son seis años de cultura general sobre Arte, Ciencia y Moral desde los diez a los diez y seis años. Los mismos o que en los restantes Institutos del Estado. ¿En qué está, pues, la diferencia? En que se han escogido profesores a quienes se les supone mejor preparados en la Pedagogía, y que en ese Instituto se piensa crear la sociedad escolar de alumnos y profesores que falta en el Instituto oficial. Esto es todo: ni más ni menos, ni menos ni más. Ahora bien; yo pregunto a los profesores de ese Instituto: ¿qué hacemos de los niños hasta los diez años? ¡Ah, señores profesores! Los jesuitas saben más que ustedes: «Dadme el niño hasta los siete años, murmuran entre dientes, y lo demás me importa poco. Después de infundir los sentimientos, que es lo mismo que construir el alma, lo demás para vosotros.»

Yo digo y sostengo que una buena Pedagogía hasta los diez años estará muy por encima de lo que podéis lograr en vuestro Instituto modelo. No hay que acomodar el alumno al profesor, ni éste a su beneficio; esta organización sería egoísta. Pues, Señor, si en la humilde escuela, antes de los diez

C O N F E R E N C I A S

años, voy a enseñar lo que vosotros, con los mismos procedimientos que vosotros, ¿a qué vuestro Instituto? No creo os atreváis a decir que la edad de los diez años sea más oportuna que la de seis, ni ésta que la de párvulos. Este, éste es vuestro error. En la enseñanza, todo es oportunidad y disciplina. Cada minuto de la infancia tiene su enseñanza, y no se puede perder un segundo. Es un campo yermo en donde cada día roturáis un trozo para depositar la semilla de un sentimiento, de una verdad y de una razón, sin dejar penetrar las malas hierbas. Una imagen deforme, un mal pensamiento, un falso raciocinio ocupa el mismo lugar que el bueno. ¡Ah!, ¿sabéis lo que cuesta desalojarlo? Lo mejor de la inteligencia, de la memoria y de la voluntad lo fabricamos antes de los diez años. Eso que vosotros queréis hacer en el Instituto con el Idioma, con la Geografía, Historia, Matemáticas, Artes y Ciencias Naturales, lo tiene hecho la escuela antes de los diez años. Y si habláis de moral, que es lo más interesante, ¿cómo habéis de competir con aquel período de la vida que engendra los sentimientos, que infunde la justicia y la piedad, que ennoblece los corazones? Absurdo, enormemente absurdo abandonar la niñez a una

moral insana para rectificarla más tarde. Quiero la materia prima cerebral, entre mis manos blanda y obediente, sin mancha ni cuerpos extraños que la puedan entorpecer.

Después de todo, lo que vosotros enseñáis, suponiendo que enseñéis bien, es a observar. ¿Cuánto habré yo educado hasta los diez años? ¿Cuánto tiempo necesitaríais vosotros para rectificar las malas enseñanzas de diez años? ¿Por qué interrumpir lo que tan científica y discretamente viene por sus grados contados? ¿La sociedad escolar que vais a crear es más natural y racional que la que los niños traen espontáneamente con entusiasta entrenamiento? No; es sencillamente que no habéis comprendido la unidad de la enseñanza. La escuela única no cabe en la soberbia universitaria. El Instituto es una aberración tradicional. El futuro inmediato salta a la vista. No hay presunción en oficiar de agorero. Por vertiginosa pendiente resbalan las codicias de una civilización egoísta, predestinada a inmediata destrucción.

Una ley de los ricos expropió a los humildes la tierra, el agua, el aire y el sol. Y al doblar de campanas, el pobre impondrá la suya.

Nuestra sociedad, ignorante, torpe y corrompi-

C O N F E R E N C I A S

da, sin ideales ni grandeza, sólo por los niños se trocará en otra de hombres sabios, sinceros y buenos. Nuestro resurgimiento está en los maestros y en la juventud. Hay que hacer maestros, y comenzar por hacer ambiente a la Magistratura. Con sueldos ridículos e inferiores a los de los restantes organismos del Estado no se dignifica el cargo ni se cultiva la inteligencia. Puesto que el papel del pedagogo es el más trascendente de la sociedad, démosle honores y emolumentos si hemos de seleccionar aptitudes y enderezarlas a su destino. No lo creáis largo y desesperante. Veinte años es el tiempo que se tarda en templar el cuerpo y el alma de una generación, y en una está el salvarnos. Tres he visto arrastrarse distanciadas de la civilización. ¡Qué responsabilidad! No digáis que el remedio no está en nuestras manos. A un dictador le está reservado el levantar la ignominia de cuatro siglos al esplendor de un pueblo nuevo, creador y fecundo. Soy viejo; fuí y moriré optimista. No tuve suerte. Viví uno de los períodos más repugnantes de la Historia de España. Sé que vendrán otros gloriosos, y aunque no gozaré el sabroso manjar de la nueva civilización, me regocijo en anunciarla. Si esta ley de Instrucción pública,

E N R I Q U E D. M A D R A Z O

si esta ley de igualdad, si esta ley justa y la más interesante de todas las leyes sociales la hubieran traído los ricos, con ella hubiera venido la paz y serían bendecidos. Como no lo hacen, vendrá entre el fragor de la venganza. ¡Ah del lobo! La religión del porvenir constará de un solo mandamiento: matar al lobo.

He dicho.

CONFERENCIA DADA EN EL ATENEO DE MADRID

El teatro de don Jacinto Benavente y la crítica de su tiempo.

«La belleza del teatro está en el trascendental pensamiento de los personajes.»

Señoras y caballeros:

Aun cuando muchos sucesos de la vida real parecen inverosímiles, todos tienen sus antecedentes y lógica invariables. He observado durante medio siglo la civilización española; del otro medio juzgo por los escombros que de la sociedad anterior podía ver y tocar. De este análisis deduzco que España venía ayuna de cultura y repleta de encantadores que la adormecían en la ignorancia. Al frente de nuestra dirección nacional ha brillado la incompetencia y el desparpajo. Los ministros no pagaban a los maestros de primera enseñanza y

presumían alternar con los estadistas mundiales. Es grave que nuestra dirección haya caído en manos débiles, en manchadas manos; pero nefando que la crítica coadyuve a la decadencia. Unos cuantos críticos, sanos y competentes, hubieran contenido la inmoralidad política, científica y artística. Si a la opinión se la hubiera ilustrado y a la audacia arrancado la careta, no hubiera triunfado la mentira. Pero la crítica en vez del honor buscó la merced aliándose a logreros. La labor perseverante de la *política* y de la *prensa periódica* han construido el alma nacional. La alianza y la ejemplaridad de entrambas han triunfado en todo género de propósitos. Entre los dos montaron el tablado de la farándula, y a son de clarín nos dieron a conocer los procedimientos para engendrar el honor. Y por doquier brotaron estadistas salvadores, eminentes hombres de ciencia y grandísimos artistas.

Dentro de la libertad de la crítica se agitan teorías, criterios, dudas, convicciones y sentimientos, que riñen de verse juntos y que convendría dilucidar. Aunque de la disputa no sale siempre la luz, se debía poner a contribución la lógica y el buen gusto para saber en dónde está la verdad. Ade-

C O N F E R E N C I A S

más, en la inquietud del arte van apareciendo nuevas orientaciones que precisan análisis para evitar falsos caminos y enderezar al público hacia el verdadero sentido de la belleza. A los críticos no se les puede pedir absoluta coincidencia: ya que el libre albedrío y la voladora imaginación son la consubstancialidad del arte. Pero tampoco se puede a tontas y a locas, sin preparación ni particulares aptitudes, meterse a juez y gobernador de tan compleja república. Las discrepancias y contrasentidos han discurrido sin controversia. Cada crítico, según sus aficiones, juega el incensario, seguro de la impunidad. Lo cierto es que la crítica actual, a pesar de la confusión de pareceres, lleva consigo un sosiego de muerte. Se dice a la vez que una misma obra de teatro es ingeniosa y torpe, viva y desmadejada, desaborida y graciosa, con sustancia y sin ella, de esta o de aquella tendencia, bien o mal construída, de sana o repugnante moral, como si el crítico no lo necesitara demostrar. Yo convengo en que la sensibilidad no pide grandes razones y al paladar no le convencen silogismos; pero no estará demás hacer notar la aspereza del vino de hogaño y la suavidad del purificado a fuerza de trasiegos y tiempo. Y, sobre

todo, la experiencia nos enseña que obras relumbrantes en gracia de cierta crítica no tardaron en venir al silencio de la muerte. Lo que, por falta de contraste, perturba al principiante y desvía al público del buen camino. ¿Quién duda que la indiferencia, torpeza y mal gusto de que hoy se adolece débese a la frívola y desaprensiva crítica?

Tended la vista sobre el teatro de estos últimos años y convendréis en la misérrima literatura a que ha venido a parar. En butacas y palcos ríen a reventarse las tripas. Por casualidad se ven intelectuales, y las mujeres predominan. Resulta un verdadero concurso de analfabetos ensalzando retruécanos y chistes más desembozados cada día y repletos de carne. En el *cine* la observación es concluyente; en cuanto aparece una psicología delicada que sacuda el alma y despierte el pensamiento, la clientela, mal preparada para la emoción, se impacienta y patea: no encuentra interés mas que en sucesos disparatados y grotescos. Claro que no se puede pedir a los autores dramáticos y a la crítica la transfiguración del salvaje en ciudadano culto. Esta es labor primordial de la escuela. Pero deben protestar y no contribuir a tan funesta dirección.

C O N F E R E N C I A S

No ha mucho un crítico preguntaba a sus compañeros si creían llegado el momento de decir la verdad. No es que yo venga a traer la panacea; pero la mala crítica arrastra el arte al abismo a la vez que ella se suicida. Debemos revisar con más escrupulosidad los valores que se nos ofrezcan y rectificar nuestra conducta para no caer en los absurdos pasados. Las enseñanzas de esta malhadada crítica cundieron, y su resultado fué alumbrar por entre la masa enorme de analfabetos una serie portentosa de genios, que se dejaron llevar dulcemente por la adulación y propios egoísmos.

Hay dos modos de cultivar el arte: ya alumbrando obras de ingenio, ya creando ambiente que las germine. Creo importantísima esta segunda labor. De poco servirían el Quijote, los dramas de Shakespeare o las comedias de Molière si resultasen incomprensibles. Sin una crítica inteligente y sincera que desbroce el camino, mal podrá orientarse el público. Aunque el buen gusto tenga lo más de instintivo, la educación le arraiga y engrandece. La crítica desmañada evita su florecimiento y engendra la decadencia. De consiguiente, todo lo que sea ir contra los malos críticos es tender la mano a los ingenios esclarecidos.

Hay que convenir en que no toda crítica entre nosotros es compadrazgo y cuquería, sino que la mayor parte es crasísima ignorancia, ya que los críticos los hacemos de cualesquiera materia. En esto de la crítica son frecuentes las sorpresas. Me extrañaba que críticos de abundante y airosa literatura, que manejaban obras y autores con altanera desenvoltura, sus juicios desfallecían ante la realidad de la escena. ¡Pícara erudición, que con tal tiranía esclaviza a los débiles de entendimiento! Cuando personajes e ideas del autor pasaban por delante, su inteligencia se obscurecía hasta no ver o ver del revés la delicadeza o trascendencia del pensamiento. ¡Ah! La paradoja era debida a las dos naturalezas que ostentaban. El arte aprendido en los libros había construído una conciencia que no se avenía a la oriunda de la propia sensibilidad. Como la objetividad no le golpeaba en el alma, se entregaba a los sueños de una crítica imaginativa de misérrimo alcance. Recuerdo la de *Tierra baja* cuando se estrenó en Madrid. ¡Qué párrafos más admirables sobre el tercer acto, cuando en el segundo se había dicho y hecho todo lo del tercero! ¡Qué intuición la de Borrás! ¡Qué matador de lobos, como Sansón de leones! ¡Qué naturalidad en

C O N F E R E N C I A S

el hercúleo Manelik, astuto y madrugador tirando de cuchilla cabriterera! ¡Qué maravilla de artista prolongando la lucha y revolcándose de modo repugnante abrazado a su enemigo, cual si un zarpazo no le bastara! Aquella crítica, que debió ser una ironía, ha perpetuado las famosas glorias de Borrás y el mal gusto del público. Lo que no me impide celebrar la obra como bellísima. Recuerdo un irónico formidable, temido de autores, empresarios y cómicos, que un día vituperaba al teatro de Echegaray; otro le ponía por las nubes, y al tercero, el mismo don Manuel Bueno, lo volvía a denigrar, como si tal veleidosa inconsecuencia no manchara su crédito. Dejando a un lado la hermosa sinceridad, sin la cual no puede haber artistas ni críticos, gran número de éstos ignoran que lo de la crítica es un don llovido del cielo como el del dramaturgo, el catador de vinos, aceites o tabaco. El alma indelicada, ¿qué sabe de la emoción y su trayectoria? Les basta un poquito de discreción maliciosa: recordar que el arte es naturaleza a través de un temperamento, aunque de esta sensibilidad carezcan por completo; manejar un vocabulario convencional y altisonoro sobre caracteres y cómicos, sin que en ellos penetren sus ojos, y,

sobre todo, acatar como artículo de fe los prestigios estatuidos por sus compadres y despellejar al que no bese la correa ni se avenga al fallo inapelable de tan grandes magistrados. Tal suele ser la cartilla del crítico perfecto.

La crítica no se ha podido sustraer al ambiente de la Prensa política, picada de la despreocupación moral. Las picardías de los políticos han trascendido a la vida nacional, llevando la hipocresía y la bajeza a individuos e instituciones, sin que nada se salve de sus falaces procedimientos.

En el reino de la farsa nada más antipático y agresivo que la verdad. En cuanto alguien tira de la manta la miriada de mosquitos ponzoñosos se levanta ensordeciendo los aires. ¡Es impotencia, rabia, desesperación de un maldiciente, de un fracasado que no se aviene con la alegría ajena! Eso ladra la jauría, y ante el temor las murmuraciones se pierden con las risotadas de los desvergonzados.

Si no supiera de la gran audacia y poco valor de la crítica de a perro chico, que a borbotones inunda la cándida conciencia pública, no me metería a predicador. Nuestra decadencia política, moral y artística, viene consagrada por la crítica.

C O N F E R E N C I A S

Ésta es la que crea los prestigios. No se ha conocido en esta tierra período histórico de más alabanza. Siempre hubo farsantes dados al fraude; pero jamás se hizo tan intenso mercado de tan ruin oficio. Durante medio siglo los mismos nombres y apellidos atruenan los aires como si en ellos se hubiera vinculado la gracia divina. El arte, la ciencia y la moral son suyos y se los reparten como pan bendito. Tal fué su codicia de fama y su audacia desaprensiva, que todo proceder era llano y hacedero para el apetito desordenado. De vivir en tiempo de Fernando VII gritaran ¡viva las cadenas!, como más tarde se despepitaban por la libertad, como entre saltos y aspavientos se dicen actualmente defensores de la paz y el trabajo, y si llegara Lenine también les veríamos en primera fila. Para ellos no han venido los días malos, ni habrá modo de colgarlos. La característica de estos soldados del mal es la cooperación. ¡Ya lo creo que son listos! Y, cosa rara, un pueblo que jamás pudo concertar su espíritu colectivo, ni sumarse para la más insignificante empresa, ha engrandecido como nadie la *industria del homenaje*. Para esto no hay pereza. En un minuto se inventa un *Salvador*; en dos se forma una *Comisión*, y a

los tres explota el champagne y los discursos con el feliz alumbramiento, que la Prensa anuncia *urbi et orbe*. No se crea que esta estrategia lo es de unas cuantas comanditas aseguradoras de homenajes; el ejemplo se ha extendido a los de arriba, a los de abajo y a los de en medio, quedando sólo alguno que otro condenado al silencio por el hecho de producir con más honor. ¡Ah, los críticos encubridores, amasijo de ignorancia y de malicia! ¡Qué confianza en la pública credulidad! ¡Su tribuna inviolable; su voz suprema y apocalíptica! Y sin embargo, ¡qué evidente la herejía moral del teatro de Benavente! Por su prosa no circula sangre roja y alegre, sino brisa heladora que entumece y mata el dulce sentir de la vida; es el virus mórfico que apaga los aleteos de la inteligencia y del corazón; que nos constriñe a vivir sin alma y a dormir en vida el sueño de la muerte.

Afortunadamente, estas veleidades de la crítica son curadas a la postre por su propia naturaleza inmortal; cuando menos se piensa le da por descubrir trampas y aventar monumentos y grandezas.

El teatro de Echegaray tocaba a sus postrimerías. Fatigaban aquellos argumentos sobre una intriga, carta, equívoco o accidente, traídos por los

C O N F E R E N C I A S

cabellos. Aquellos personajes artificiales, de psicología simplista, de una sola pieza, sin naturalidad ni lógica y en medio de catástrofes, no despertaban interés. Aquellos versos de poca sustancia y cantados a voces hastiaban al público, cuando aparecieron nuevos autores con escenas ligeras y casi frívolas, pero más humanas, ingeniosas y entretenidas. La gracia triunfó del terror, y las gentes se dijeron que el teatro se había hecho para solaz y risa. Ya de Francia gustábamos los bocadillos del vaudeville y los sexos se desvergonzaban. De la severidad de las costumbres y de las situaciones fuertes e inverosímiles saltaron los gustos al sensualismo envuelto en formas graciosas y perfumadas. Además, en la sociedad los egoísmos hablaban más fuerte que las ideas; se había perdido la fe en las doctrinas y en los hombres. En la política todo andaba manga por hombro. Suelos y dominadores los apetitos, ¿qué de particular que el público diera de bruces en un teatro que le deslumbraba con las delicias de la carne?

En esta atmósfera se preparó el advenimiento de don Jacinto Benavente, que una crítica adulatora asentó más tarde entre Shakespeare, Schiller y

Calderón. ¡Los grandes hombres! Aclamemos con sobriedad. Veámosles sólo a través de sus invenciones. Nadie les ha hecho más daño que sus ensalzadores. Las más grandes eminencias se derrumban bajo la pesadumbre de sus propias miserias. La inteligencia es independiente, y el espíritu de servidumbre de los pillos y de los ignorantes exalta la rebeldía de la sana conciencia. Velad el mérito si preparáis la emoción. Que no se diga adulaciones interesadas. Por brevísimos instantes he visto cara a cara a Benavente. No le conozco. Para mí es clamor de cien trompetas resonando en los confines de España. En estas cuartillas mis ojos no pueden ver más que sus ideas, como una abstracción espiritual que pasa riendo maliciosamente o cantando melancólicas canciones. Le saludo con la cortesía leal de un adversario. Nobleza obliga. Por más que detesto su filosofía, adelanto mis respetos al magnífico escritor. De hombres es la sinceridad. Cada individuo tiene sus palabras. Dicen que se inventaron para disfrazar el pensamiento. En este caso son ajenas. ¡Qué bien se distinguen de las propias! El estilo es el hombre y el lenguaje la peculiar tonada del corazón. Es cierto que Benavente no abusa de la franqueza. Pero es

C O N F E R E N C I A S

más fácil disimular el color de los ojos que el del alma. Como escritor es magnífico; su frase galana y musical salta ágil y ligera, obediente a la gramática y amorosa de la retórica. No es el estilo corriente y llano de Galdós, ni el sobrio de Pereda, ni el depurado y majestuoso de Menéndez Pelayo. Es el suyo de construcción bien acabada, jugoso y sin contracciones; nada en él se sobrentiende y cada parte de la oración está en su sitio. Lo cual no impide la extrema viveza de su imaginación, que a menudo se interpone con un inciso, que nos desvía momentáneamente para volver sin tropiezo al verdadero camino. Esta ingerencia de la ironía o paradoja, cortando el hilo del discurso, constituye la característica de su forma literaria, que también lo es de su mentalidad. Tan espontánea y natural es la sutilidad irónica de su ingenio, que chisporrotea y salta sin poderse contener. Esta forma de asociar las ideas choca y suspende al auditorio, que, por el hecho de no disponer de tal agilidad mental, le reputa de intuición maravillosa. Su prosa inconfundible expresa las ideas con cierta flexibilidad elegante, acoplando sin reñir las más dispares. Su música tiene la sonoridad y armonía de la tolerancia y de las buenas formas. No transige

E N R I Q U E D. M A D R A Z O

con lo grotesco ni con las desnudeces. Todo ha de ir entre flores y nubecillas que transparenten la carne sin destacarse las sombras. Con frecuencia su sentimentalidad se desborda en añoranzas y melancólicas ternuras. Las palabras secas y vibrantes de las indignaciones y grandes arrestos no tienen cabida en su corazón. ¡Ah, los irónicos! Los irónicos toman a risa las grandes convicciones. Tras de su prosa abundante se tapa sigiloso un entendimiento vigilante y agresivo. ¡Qué finura de aguja, tan repentina y silenciosa! Por fuera nada. Por dentro taladra las entrañas.

Por más que los irónicos son fríos adoradores de la filosofía pesimista, también suelen tener un sector sentimental en donde se engrandece su lenguaje. Desconfiad de los irónicos sentimentales. Lo que va ajeno a su sentimiento no les conmueve, abusan de la lógica, y con distingos quieren ocultar la tristeza de su alma. Su literatura de figuras retóricas es un alarde de palabras ingeniosas y de requiebros gramaticales. En cambio, ¡qué natural y bella cuando su sentimiento entra en juego! Cuando el amor alienta en el alma de Benavente, ¡con qué blanda armonía Cupido sacude los aires! ¡Con qué arreboles y dulcísimos sobresaltos

C O N F E R E N C I A S

pinta el amor! Esta pasión es la que da vida a su teatro. En semejante ambiente, su fértil inteligencia se impresiona con el más leve motivo y exuberante de sentimiento nos adormece en los sueños de su propia melancolía. A pesar de estos cantos de sirena yo me atrevo a dudar de la bondad de esta literatura. No; no es excelsa como se ha dicho, sino peligrosa, deprimente. Yo sostengo que debemos aborrecer la literatura benaventina y que sus panegiristas han pecado de maliciosos o ignorantes.

Que los dramas y comedias de Benavente no convencen al público lo dice la *taquilla* en cuanto los pastores de la crítica dejan de dar voces y de tirar piedras al rebaño. Quien más, quien menos, a todos quedan resquemores sobre la limpieza de corazón de este autor. Aun cuando el juego de faldas entretenga agradablemente, las gentes sin rebelarse, al fin, murmuran de lo poco que enseña este teatro.

El análisis detallado de tantos argumentos y personajes pondría a prueba mis humildes facultades y la paciencia del auditorio. Daré, pues, primero, mi parecer bajo la impresión del conjunto (camino y no de rosas cuando se va contra la corriente),

dejando para luego, como demostración de lo que voy a exponer, las obras más encomiadas.

Así como cada hombre tiene un gesto que caracteriza su hábito exterior, entiendo que cada artista tiene un gran sentimiento o idea fundamental que desborda todos los rincones de su alma, dándole una fisonomía psicológica particular, en torno de la cual giran o se asocian, como subordinados, los demás pensamientos. Este concepto *madre* es la razón suprema, la síntesis filosófica de la personalidad que irradia en todo momento y soluciona los problemas en sentido determinado. Quien, por ejemplo, esté poseído de profundo sentimiento religioso, se apiada y perdona. Si el sentimiento arraiga sólo en los labios, desconfiad del hipócrita: su corazón fragua la deslealtad y la traición. Quien siente vivamente la justicia, acomoda siempre su juicio y sus acciones a semejante sanción. El concepto que cada hombre tiene de sí mismo es el que juzga a los demás. El que cree que el hombre es malo por naturaleza, adora en la autoridad desapoderada y a todas horas aprisiona y fusila. Por el contrario, el que le supone naturalmente bueno no se cansa de darle libertades y beneficios. Hay quien todo lo ve sombrío, y quien

C O N F E R E N C I A S

todo color de rosa. El hecho es que en cuanto se descubre esa fuerza que atenaza la voluntad y encarcela el alma tenéis al hombre y su historia: no necesitáis de Velázquez ni de magos encantadores; su esencia está a la vista y entre vuestras manos.

Benavente, en otras tierras que las de España, no hubiera volado tan alto. Los grandes artistas no van con su tiempo: sus ideas fructifican más tarde. Benavente es producto del clima moral concupiscente de su época. No es la fuerza del genio que protesta y se indigna de la maldad humana; es la conciencia floja que se abandona a la corriente, sin esperanza de tierra de promisión; es Sodoma desoyendo a Jehová: son los sexos de Pompeya entregados al último estremecimiento paroxísmico.

Sucede que los autores que momentáneamente alcanzan mayor celebridad son los que adulan el sentir del público, los que le salen al encuentro para entretenerle con leyendas de su gusto. En cuanto le hieren con ideas opuestas, la sonrisa se trueca en mal humor. De aquí la discordancia entre las enseñanzas morales y la taquilla del empresario en los períodos decadentes y el que las conciencias de los débiles rueden a la sima de sus

egoísmos. Ya lo dice bien claro Benavente: «El autor se debe preocupar del público antes que del arte, ya que el público es el que paga y de él viven empresario y autor.» Esta moral artística es desconsoladora. «Después de todo —continúa diciendo Benavente—, la influencia del teatro sobre el público es nula.» Esta apreciación también es equivocada y detestable, aun viniendo del ingenio de Benavente. El teatro ha de ser escuela de la vida, y el arte ha de tener una finalidad ennoblecedora para ser arte. Si bien es verdad que el sentido moral del público imprime carácter a la dramaturgia, no lo es menos el que los comediógrafos tuercen y moldean a su placer las inclinaciones de la multitud. Ejemplo tenemos bien patente en el mismo Benavente y los Quintero, que influenciaron la cultura nacional de su tiempo. Los Alvarez Quintero, entre perlas del más puro oriente, cultivan de ordinario la cháchara andaluza, cual si el hombre hubiera venido al mundo para hacer chistes y requiebrar a las mujeres. Sin embargo, sus propósitos, en medio de la broma chispeante y bullanguera, no son insignificantes, como dicen críticos parleros, pues además de romper tristezas y sacudir la risa, algunas de sus obras guardan ideas y per-

C O N F E R E N C I A S

fecciones que perdurarán en el teatro nacional. Vierte en el alma de la muchedumbre una alegría y sentido de amor a la vida altamente simpáticos y consoladores. Al lado de esa virtud, los Quintero han ensalzado una conversación que, a fuer de ingeniosa y salpicada de gracias, ha contribuído a nuestra insustancial frivolidad. Ese diálogo retorcido y sin naturalidad nos ha familiarizado con juegos de palabras y chascarrillos en forma tal, que todos se creen en la obligación de imitarle. Desagrada contemplar a las gentes boquiabiertas mientras otra jugosa literatura se da al olvido.

Don Jacinto Benavente es el otro comediógrafo que ha influído poderosamente en la educación nacional. Este escritor llega al teatro en el preciso momento en que la sociedad española, insensible a requerimientos de vida sana, sin ideal, se arrastra hacia un materialismo torpe y grosero. A Benavente no le ha dado por hacer amable la vida; más bien la desprecia, y, entre ironías, ridiculiza los buenos deseos que otros ponen en mejorarla. Bajo este sentido ecléctico y desdeñoso acaricia el sensualismo, digámoslo con rudeza, la exaltación sexual. Sabe que su propio pesimismo late en el alma pública. Considera a la carne como la su-

prema delicia, principio y fin de la humana aspiración. Pero ahito de veleidosos estímulos, descorazonado y vencido, ríe con el gesto altanero y sarcástico de Mefistófeles a la vista de un mundo que con desprecio rompe en mil pedazos. ¿Para qué los sutiles deleites, si la realidad es desconsoladora? Después del ardiente alborozo de artificiosa sensación, todo vuelve al letargo quejumbroso, a la frialdad, a la desilusión de la nada. Esas mismas añoranzas de amor tan poética y artísticamente bordadas que son las que más interesan y emocionan, por ser las que mejor siente, las envuelve en la atmósfera melancólica de la carne vencida. La realidad no puede satisfacer a la imaginación, e impotente llora la pasajera alegría; que cual juguete arrancado de manos de niño mimoso sirve para irritarle y caer en la desesperación. Esto tiene la violencia del estímulo artero, que entumece la sensibilidad y desata la locura, sin satisfacer la insaciable ambición.

Esta filosofía de Benavente no es acreedora a respetos, e indigno—a no suponerlo ignorancia—el que la crítica ayudará a levantar un género literario tan demoledor. A Benavente no se le ocurrió enderezar los corazones a humana perfección. Ni

C O N F E R E N C I A S

en sus fábulas ni en los cientos de sus personajes hubo protestas contra las ignominias de nuestra injusticia, de nuestra ignorancia, de nuestra pobreza, de nuestra decadencia; ni hombres viriles, ni ideas salvadoras. Con frecuencia y al descuido, pega una estocada, rápida como una centella, a un personaje o a una clase, como si gozara en el manejo de la daga florentina. Más que atacar a las ideas de frente, le gusta mortificar a los individuos, lo cual revela malignidad. Su estrategia es la ofensiva. Como no tiene pensamiento primordial que defender, ataca con crueldad a todos los demás. Si alguien le merece respeto es por prudencia o temor, nunca por blandura de corazón, pues los irónicos tienen enmohecida la piedad.

El espíritu poco varonil de este autor, es de la mujer, de quien principalmente se ocupa y a quien principalmente ofende. Su teatro es femenino, y mujeres son las protagonistas, y a las mujeres se complace en hacer sufrir. Pero ¡siempre el mismo desencanto! Las entrega en brazos de los errores y de las pasiones, sin propósito de remediar sus males. En todo su teatro, ¿qué ha hecho en pro de esa pobre mujer que por ley de naturaleza, que es ley de Dios, vale no menos que el hombre?

E N R I Q U E D. M A D R A Z O

Si supiera Benavente que el destino de la mujer es tan interesante como el del hombre, no sólo la hubiera defendido contra la injusticia, sino que hubiera exaltado la hermosura de sus obligaciones, hoy desamparadas por la brutal ignorancia del hombre. De estos problemas fundamentales, de los que dependen la salud y gloria de la vida, no se ocupa el señor Benavente. Y azuzado por la torpeza cae en la hiperestesia sexual, haciendo del sencillo procedimiento de la reproducción una finalidad, cuando ésta se halla en la comprensión de la vida, en el proceso complejo que media entre el nacer y el morir. Por excepción tropieza con la mujer justa y jamás como tema de altas virtudes y enseñanzas.

En sus obras buscaréis inútilmente a la mujer fuerte, a la esposa valiente, a la hija, a la hermana, a la amiga ejemplar, a la mujer virtuosa, engendradora de raza sana. Sus hembras ricas y pobres, ciudadanas y campesinas, cultas e incultas, por lo general de la alta sociedad, ociosas desertoras de todo género de deberes, en cuyos labios alternan oraciones y lascivias; que visten con lujo y elegancia; tipos híbridos de mundanas, llenas de sutilidad y tentación; que se les ocurren ideas gra-

C O N F E R E N C I A S

ciosas y las dicen con soltura y donaire, haciendo alarde de exquisito sensualismo, como si en su extravagancia guardasen el secreto del buen gusto y de los supremos deleites; mujeres de talle flexible, en cuyos blandos movimientos ofrecen secretas emociones, dulces voluptuosidades de un alma sedienta y jamás satisfecha; muñequitas pintadas de carmín por fuera y escépticas por dentro, orgullosas de su propio aburrimiento; mujeres que incitan y no aman, sin que un rayo de honesta paz alumbre su camino; mariposas efímeras que lleva el viento y mueren heladas donde las topa el azar; mujeres de lucha y de conflicto que no sienten la bondad, ni la belleza; mujeres, en fin, que matan la familia y la energía de los pueblos.

Se ha dicho de Benavente que su mirada escrutadora y penetrante ha descubierto todos los secretos de las almas. Acabáis de ver sus mujeres. Si buscáis los hombres en su teatro no los encontraréis. ¿En dónde el de músculo y energía que hace frente a la vida? ¿En dónde la nobleza que desafía las injusticias sociales? ¿En dónde el brazo fuerte y generoso que ampara al débil? ¿En dónde el impetu y la alegría del pensamiento innovador y optimista? Fuera de esos caracteres femeninos

viciados por una falsa civilización y seducidos por una concupiscencia que a él roba la voluntad, ¿en dónde están las almas? Así como los hombres del teatro de Benavente son insignificantes, las mujeres resultan detestables. Y, sin embargo, el mayor éxito de Benavente fué despertar la curiosidad y mover el interés de la alta burguesía femenina. Le bastó tocarla con la punta de los dedos para fabricar la *demi-vierge*; y, naturalmente, el hombre corrió alegre tras el tufillo de aquella carne mundana. Hombres y mujeres sorbieron con delicia el brebaje ponzoñoso.

De lo expuesto se deduce que la conciencia de este autor se halla perfectamente concertada con la sociedad en que vive, sin esperanza ni redención. Para él toda la mecánica de su mundo interior se ha construído para servir de adorno, no a la majestuosa fisiología que crea la belleza, sino al vicio que degrada la especie. El que quiera saber la historia de España durante la pasada media centuria no tiene mas que leer las obras de este comediógrafo. Su alma y la de la clase directora, descreída y egoísta, se dejan llevar por la blanda corriente de un sensualismo hipócrita y corruptor. ¿Para qué remover satisfacciones del espíritu? Sólo

C O N F E R E N C I A S

en los últimos tiempos, y como reparando una vergüenza, quiere hablar con gravedad; pero como no siente en serio, ni le tiran las cosas serias, se pierde en palabras que no conmueven. Esta segunda naturaleza de la segunda época de Benavente, no es la que siente, no es la verdadera, sino la que denuncia sus falsas convicciones. Su risa despectiva es prisionera de su pesimismo. Después de todo, ¿para qué alborotarnos? Saquemos de este pícaro mundo la tripa de buen año y dejemos para los tontos la mentecatez de la redención.

Hay dos cosas que odian verse juntas: el arte y la mentira. La sinceridad entre amigos resulta pueril. El público es el mejor amigo de los artistas, y aun cuando éstos bajen los ojos y se cubran tras la modestia o la malicia, al fin penetra en sus más recónditos secretos. El mismo manto de la hipocresía es indiscreto, puesto que la obra bien sentida denuncia lo íntimo de la conciencia. Benavente ama la vida bohemia, no precisamente porque el aire del campo sea más transparente y el sol hable con más elocuencia, no: ama la carreta destartada del cómico de la lengua, añorándola siempre que quiere ser verídico. Cuando habla con toda su alma, cuando brotan sus obras mejor senti-

das, cuando su corazón desborda sin tapujos, se acoge a esa vida errante, triste y desolada, cruzando los campos y alejado de los hombres: la sociedad humana, la civilización le es antipática; lava la cara, sí, pero oprime el corazón. Benavente quiere vivir libre, y entre gentes libres busca las impresiones que ansía dando suelta a sus sentimientos. ¡Ah, esa coacción de los hombres! ¿Por qué han de meterse en lo que no les importa? ¡Quiero vivir mi vida entera! Y ¡allá va en su sociedad de cómicos y juglares, en donde cada uno es lo que es, y adonde no llega el código artificioso de los demás hombres! Aquí las palabras son otras, los actos otros, las sanciones otras. En este ambiente los personajes de sus comedias hablan con el corazón. Entonces, después de escudriñar los secretos, después de sus acometividades, de desflorar nuevas impresiones, cae en desaliento pesimista y llora tristezas de un ideal despreciable de la vida. Fuera de la obsesión que le encadena no ve lo que le rodea. Es doloroso, pero lo restante le tiene sin cuidado. Cualquiera diría que España bajo sus ojos no ha pasado por las más grandes mutilaciones y deshonras. ¿En dónde sus quejas, sus gritos de indignación? ¿De qué ha servido a Benavente

C O N F E R E N C I A S

vivir en el pueblo más triste de la tierra? ¿En dónde su intuición, su poesía, su acción dramática e ideas justicieras?

Pues qué, ¿no emigraban por centenares de miles sus compatriotas, analfabetos, desamparados, hambrientos, pidiendo limosna por tierras extrañas? ¿No es cierto que el solar hispano que así ahuyenta a sus hijos es aquel en donde la providencia vertió dones a manos llenas? ¿Cómo no ha llegado a su alma tanta lágrima y abyección tanta? No; no ha llegado porque no lo siente, ni lo cree, porque supone no puede ser de otra manera. Porque no tiene fe en otra justicia; porque su moral no se subleva, no halla medio de reparar el oprobio; porque la alegría y la tristeza de los hombres se pierden en la obscuridad de una conciencia sin esperanza; porque en la despectiva ironía de su alma no ve salvación por parte alguna. Por esto el teatro de Benavente no tiene ciencia, ni moral, ni otras ideas que las despreciables que le despeñan al abismo de la esterilidad y de la nada. De un extremo a otro vive el mundo en rabiosa convulsión; los hombres y las ideas ruedan en furioso montón aniquilador; algo nuevo y asombroso debe salir de tanta angustia. Es indudable que ha llegado el mo-

mento de movilizar toda la inteligencia y todos los corazones. ¿En dónde está el concurso, la luz de Benavente? Esta personalidad huelga en el preciso momento, porque su destino no es el del hombre faro, ni salvador de pueblos.

Dicen que Benavente es analítico, de sentidos finos y perspicaces. No; es imaginativo y se entrega a la adivinación. La psicología de sus personajes es falsa, aunque a partir de tal ficción todo parezca después natural y corriente. Insisto sobre su desamor a la naturaleza, porque sin la curiosidad científica no puede existir el carácter científico. Reputa a los pájaros perjudiciales para las cosechas, y Zozaya, otro famoso literato, mal apenas lo pone en duda.

Todos los grandes artistas encienden sus pensamientos y sus imágenes en la naturaleza, y aunque muchos de ellos conocieron poco de la ciencia, parece que la presintieron. Jacinto Benavente ni se arrebató ni siquiera se entusiasma ante la naturaleza, pasa a su lado sin sentirla, sin sacar de ella inspiración. Quizá la falta de base científica no haya despertado la admiración por el concierto de sus leyes. Los personajes de las obras de Benavente carecen de la espontánea rea-

C O N F E R E N C I A S

lidad que debieran; los hombres y las mujeres no son como dice, sino como su fantasía quieren que sean: pinturas de memoria, con el sello peculiar del autor, como si todos tuvieran algo de su misma sustancia. En los salones de los palacios, como en la vida campesina, siempre fulgura la misma pasión triunfadora, como si hubiéramos venido al mundo a satisfacer los deseos de una calenturienta y desbaratada imaginación.

El concepto de la vida arranca de la naturaleza. En ésta se halla la verdad, y quien no la siente no siente a Dios. Quien de ciencia no sabe, peligra errar en el arte. El arte es tanto más bello y profundo cuanto más científico. Hay un arte ligero, superficial, que satisface al sentimiento, entretiene a los niños y emociona a la incultura, y existe otro, hijo de la reflexión, que busca apoyo científico removiendo las conciencias para acondicionarlas a una finalidad superior, justa y definitiva. A la postre, la psicología es oriunda de la física. Será inmoral toda ley que robe el oxígeno a los pulmones y la reparación a las células; será inmoral el trabajo que aniquila al músculo y perturba el sistema nervioso; será inmoral no ayudar al niño, al viejo, a la mujer, y quien no presta su concurso

E N R I Q U E D. M A D R A Z O

a un fin moral. El arte que no alienta halagadoras y reales esperanzas de mejoramiento es insignificante, por no decir despreciable.

Se me tachará de atrevido y hasta de malévolo al negar a Benavente verdadero conocimiento de la vida. Yo afirmo que no sabe de las características del macho y de la hembra para distinguir su destino. Lo que salpimenta su hiperestesia sexual debía transportarlo con su bellísima forma poética al sagrario de la maternidad de más exquisita y elevada función. Al fin y al cabo aquél sólo sirve de pedestal a la grandeza de ésta. La familia, así como sus elementos componentes, no son labor de cerámica ni de orfebrería, a gusto de sugestiva originalidad, sino de ciencia maravillosa, con la delicadeza y poesía que jamás cabrá en la sabiduría del hombre. No basta inventar y trastornar lo que la naturaleza viene escribiendo con una experiencia de miles de siglos. Las leyes físicas imponen las morales y las necesidades orgánicas determinan el verdadero código de la vida. El teatro de imaginación fracasa por su inadaptabilidad. El de Benavente, a pesar de lo que dice la crítica, es casi siempre imaginativo, pocas veces se inspira en el natural y nunca en el retrato genérico. A pe-

C O N F E R E N C I A S

sar de esta falsedad, a menudo resulta interesante y gracioso, entreteniendo agradablemente; pero para ser trascendental está desprovisto de bondad y sabiduría. No quisiera ser imprudente ni desacreditar a sus ensalzadores; pero afirmo categóricamente no ser cierto lo que han dicho la mayoría de sus críticos. Los dramas de Benavente no están ahitos de excelsas ideas. Un análisis concienzudo vería incongruentes las ideas y los personajes de *Los malhechores del bien*, *La fuerza bruta*, *Por las nubes*, *Los buhos*, *Más fuerte que el amor* y otras obras muy alabadas de la crítica. En este comediógrafo se observa que *cuando prescindie del sentimiento para ser reflexivo y trascendente, resulta sin interés ni lógica, al paso que en aquellas en donde busca la acción interesante remueve pasiones disparatadas, propias para emocionar cerebros rudimentarios*. Esto no quiere decir que dicho teatro carece de emoción, pues en ocasiones se expresa con delicada ternura, y pocos como él saben traer a la escena la ingenuidad y sollozos del mal de amores. Además, su estilo limpio y puro, como su lenguaje de palabras bonitas y de música agradable, como su paleta de colores vivos, son, en verdad, dignos de más sana

moral. El éxito de este teatro está en su literatura. ¡Lástima de ropaje!

La técnica teatral benaventina, reputada de maestra, no está exenta de puntos negros. Teatro de muchas palabras y poca acción carece de interés. Este es un gravísimo defecto de Benavente, que ha influído en otros autores, haciendo del escenario una sala de conferencias. El teatro vive de hechos. De aquí la dificultad del de ideas. Los autores que quieren explicarlo todo con palabras han traído un arte sin sobriedad y sin gestos. Las tesis se deben resolver con hechos.

Nada demuestra la ignorancia de la crítica y la incompetencia de este autor como su teatro para niños, que fué, quizá, su más humano pensamiento. Desconoce la psicología infantil. No, señores críticos; la ausencia de los niños no es indiferencia de los padres, es que los angelitos se duermen. Si hubiera entendido sobre el desarrollo mental no incurriera en el error de sus cuentos conceptuosos, todo palabras sin objetividad. Hasta para la misma inteligencia resultan incomprensibles semejantes argumentos. Esta es la incompatibilidad de tal teatro con la infancia y del interés que mantienen *Los polvos de la madre Celestina* y *La Cenicienta*.

C O N F E R E N C I A S

Mal podría sostenerse como buen procedimiento escénico un diálogo, por lo general, de largos parlamentos sembrados de ironías. Gran parte del triunfo de estas comedias débese a las paradojas. No está mal de cuando en vez una que exponga, con claridad y lógica, un nuevo sentido de la frase; pero amontonarlas para demostrar facundia y sorprender al auditorio con palabras más musicales que enjundiosas, perturban y obscurecen. Por supuesto, el autor sabe que el hombre se sugestionan y mata por lo que no entiende. Si analizamos estas figuras retóricas, que suenan a profunda hondura y agudísimo ingenio, se verá el embrollo. Otro defecto de capitalísima importancia es la poca propiedad del lenguaje de los personajes. Éstos casi nunca hablan su idioma. La tiránica intromisión del autor pone en sus labios palabras escogidas y pensamientos que no son suyos. ¿Es sana técnica dar tanta o más extensión a los episodios que a la acción principal? ¿A qué meter en escena personas sin nada que ver con el argumento, con el deliberado propósito de hacer reír con ridiculeces y chistes? Tiene razón Benavente cuando dice que un asunto dramático interesante cabe en un solo acto sin violencia; pero, ¡por compasión!

no nos condene a rellenos episódicos por la vanidad de poder agrandar la obra hasta tres o cuatro actos. Los dramas no son grandes o chicos por el número de actos, sino por el arte y las ideas. ¿Quién mas que críticos a soldada da por maravillas obras cuya acción se limita a una o dos escenas por acto, o cuyo argumento se inicia al caer el telón del primero? ¿Qué más que fábulas o intrigas de humilde invención vemos en sus obras? El teatro de Benavente, el más anticristiano que conozco, ni contribuye a purificar las almas ni a levantar los pensamientos; pasará sin dejar huella artística alguna.

Una vez hecho el esbozo impresionista sobre el teatro de Benavente, quiero aducir pruebas de cuanto he dicho, haciendo un ligero análisis de aquellas obras que nos han metido a puñadas en la cabeza. Nada más arriesgado que la exaltación en las alabanzas y nadie fué aclamado como Benavente. La crítica nos aturdió, sugestionando a casi todos. Yo confieso que las primeras veces que fuí dispuesto a admirar el arte de Benavente no salí bien convencido. ¿Sería incompatible con la particular sensibilidad del autor? Luego me confirmé en mi primera impresión.

C O N F E R E N C I A S

Paso por alto sainetes, entremeses y farsas, que, el irónico Benavente, en ratos de despreocupación, también se entregaba a la espontánea y común alegría. Tal de invencible es la vida que hasta los más taciturnos y quejumbrosos la amenizan con embustes y sátiras graciosas. Los pesimistas fueron siempre poco escrupulosos, y de las Musas se ríen y las venden por una miga de pan.

La experiencia dice que la adulación enternece los corazones; y del público se hace amigo con bombones, que no a palos. Al fin y al cabo de carne son los poetas y su sensibilidad acopia múltiples necesidades. Esto lo digo al tanto de la entereza que se achaca a Benavente en sus acusaciones a la clase directora: cuando desgraciadamente en su teatro no revela semejante virilidad. Del gran montón de dramas y comedias de Benavente, la sobriedad me obliga a entresacar aquellas llamadas inmortales, por las que los críticos doblaron las campanas y al público estremecieron de júbilo.

Empezaré ocupándome de *El mal que nos hacen*.

La crítica que voy a exponer la escribí a raíz del estreno. Un hecho insólito hizo que no se publica-

ra entonces. Con motivo de este drama surgió con grandes truenos y relámpagos un juicio contradictorio sobre el teatro de Benavente. Y, naturalmente, esperé a ver en lo que paraba la tempestad. Pero el turbión se deshizo sin sol ni agua bienhechora. Sin embargo, era cierto que unos críticos venían diciendo prodigios y otros comenzaban a tirar piedras al autor. A estos últimos se les acusaba de irrespetuosos, como si se le debiera pleiteía. No nos atasquemos en las fórmulas, porque las fórmulas no nos han de salvar. La sana crítica es corazón y lealtad antes que nada. En las decadencias se adoran las formas y se desdeña la verdad. Una crítica ignorante y maliciosa ha creado falsos valores en política, ciencia y arte; y otra crítica mejor inspirada debe decomisarlos, haciendo de la fábula una historia verdadera. Este mal le debemos enmendar a fuerza de ser sinceros: que lo de valiente se ha desfigurado con el abuso de la cortesía, y ha llegado el momento en que los hombres y las ideas se miren cara a cara. La ciencia y el arte contemporáneos españoles están anémicos de vivir encerrados en una retórica engañosa. Se precisa mucho aire, orear la casa, abriendo de par en par las ventanas, y que los rayos del sol

C O N F E R E N C I A S

enciendan la sangre y nos devuelvan la salud y fortaleza.

Los críticos de la obra *El mal que nos hacen* se dividieron en dos bandos: los unos dijeron que era hermosa, y los otros que fea. Entre don Ramón Pérez de Ayala y don Manuel Machado, mantenedores de distinto criterio, se anunció un torneo. No dudaba que otros brillantes escritores llevarían su buen gusto y maestría a la palestra. Me encantó el procedimiento para diferenciar el oro purísimo del oropel. ¡Lástima que este *Juicio de Dios* no se hubiese realizado e hiciese extensivo a todos nuestros grandes prestigios! Después de esperar, habló Pérez de Ayala, y Carretero calló. ¿Fue miedo, discreción, piedad? Indudablemente, el señor Carretero resultó más amigo de Pérez de Ayala que del público.

Si entonces pequé de discreto y ahora de imprudente, el tiempo lo dirá. Al presente, encuentro justificado enjuiciar la obra artística de Benavente y los procederes de la crítica. El argumento de *El mal que nos hacen* no puede ser más conciso; está en el estudio de dos caracteres: Germán y Valentina. A Germán, hombre maduro y rico, no se le conoce otra ocupación que escoger mujeres

que le consuelen en este valle de lágrimas. Empieza por casarse con la primera, que le engaña. Después se arrima a la segunda, que repite la misma jugada; y al levantarse el telón le encontramos muy escamado, pero habiendo repetido la misma suerte con Valentina, la tercera.

Valentina es joven, pobre y ama sinceramente a Germán. Sin embargo, desde la primera escena nos damos cuenta de la desventura de aquella nueva conjunción.

Las infidelidades de las dos primeras mujeres han perturbado de tal suerte a Germán, que por todas partes ve imposturas y traiciones, y en su afán de comprobar la malignidad que, según él, existe en todas las mujeres, llega a mover artificiosamente los celos de su buena compañera. En medio de estas cavilosas y suspicacias no es posible la vida, y, por fin, convienen en separarse; pero en vez de hacerlo en paz, les resulta una escena escandalosa con amenazas y soponcios que dan con Valentina en el suelo. Cuando todo parecía acabado, el autor reúne de nuevo a los protagonistas para que vuelvan a las mismas quejas. Germán se empeña en saldar la infidelidad de sus dos primeras mujeres engañando a la tercera, por

C O N F E R E N C I A S

aquello de que *El mal que nos hacen* le transmitimos forzosamente a los demás. Y Valentina, entre sollozos, se agarra como un náufrago a los primeros pantalones que se le vienen a mano.

Toda esta fábula es de una candorosa sencillez: sin proceso, sin acción, sin variantes: la misma escena que se repite en los tres actos con una brillante literatura.

Hubo crítico entusiasta del género benaventino que nos habló de *El mal que nos hacen* como de una tesis trascendental y fundamental psicológica. Ni la tesis es trascendente, ni hay psicología que justifique lo de que nuestras malas acciones son hijas de otras que recibimos. No es cierto que la maldad puesta en movimiento pasa a través de las almas, saltando de una a otra, como la electricidad a través una masa buena conductora. Una mala acción choca contra una conciencia sana e incontinenti se destruye. La traición más inicua sacude a un espíritu generoso y la obscurece con el perdón. La superior bondad devuelve bien por mal. En cambio, volviendo del revés la tesis de Benavente, el bien que nos hacen no es raro verlo convertido en mal. No, señor Benavente; hay algo dentro de nosotros mismos anterior y superior,

que modifica y transforma las impresiones recibidas, dándolas una subjetividad que ordena y manda por encima de todo. Esta subjetividad es una oficina independiente de la del estómago, de la sexual, y de otras muchas que andan repartidas por nuestro cuerpo. Y cuando esta intrincada autonomía o trabazón se desconoce, como le sucede a Benavente, se va de error en error; encontrándonos con un hombre enfermo, cuando creíamos hablar con uno sano.

En Germán está el drama y el espíritu del autor: algo extraño que no vive en el común sentir del hombre; algo que, con apariencia de verdad, es falso; una inteligencia que no tiene conciencia de la realidad y que no cree; las imágenes y las ideas las supone ficciones y las palabras mentirosas; no admite más que el engaño; no cree en la bondad, porque no sabe en dónde está el bien; por él, Valentina, es una mentira como todas las mujeres, y su amor una ironía; ve la risa y la alegría entre lágrimas: todo en la vida es paradójico y digno de sarcástica carcajada. ¡Qué bien siente el autor a Germán! ¡Con qué cariño le pinta! Diríase carne de su carne. La vida toda del mismo color y un solo gesto, lo cual da poca variedad a

C O N F E R E N C I A S

la escena. Esta psicología de Germán es pesimista: filosofía destructora de la moral y de las almas; filosofía de la impotencia, sin generosidad ni creencias, incapaz de remediar el mal ni de construir el bien.

Benavente nos pinta el alma de Germán con una prosa sembrada de dudas, de bastante sonoridad y poca sustancia, que parece brotar de las profundidades del alma, y salmodia lamentos mortecinos del canto llano. En esta magia está precisamente su éxito. Poned aquellas oraciones en claro, analizadlas y casi todo viene al polvo. ¡Qué poca espontánea naturalidad, calor, rebeldía ni crispaduras! Cuando la prosa sale del corazón es viva, rápida, vibrante; ni es reflexiva, ni se detiene en los labios, sino que salta en bellísimo desorden, salpicada de sinceridad y de saliva. Esta literatura tumultuosa y rica es desconocida en el teatro de Benavente, porque sus personajes, en general, carecen de corazón y de convicciones: no tienen humanidad. Todo suele ser juego de palabras y sutilezas con picaduras de alfiler, sin consistencia; protestas de superficial sentimiento, sin crujimiento de huesos ni de músculos. Así sucede que, cuando quiere ser fuerte en la acción, falta

simultaneidad en la palabra; por el contrario, cuando se encomienda a pensamientos de falsa profundidad, saca a relucir un hipérbaton repleto de sonoridades que enfrían el interés.

En *El mal que nos hacen* surge a borbotones la filosofía del teatro de Benavente, del que las gentes llaman su gran teatro. Alrededor del amor sexual giran sus argumentos, como si no fuéramos dignos de otras necesidades, y en lo demás estuviera todo bien acabado. El deleite del amor persigue a Benavente, le obsesiona como la más hermosa esperanza, como el sublime ideal de la vida. Pero, ¡oh desilusión!, el amor de Germán, envuelto en congojas, reniega de una humanidad que no puede sacarnos de término tan miserable. Esta es la tesis, el gusano que roe el corazón del autor. De aquí que sus obras comiencen con suave claridad de alborada y terminen en las sombras del eterno dolor. Germán es un neurasténico lleno de flaquezas, de entendimiento y de contradicciones. En el momento que va a libar la copa de amor le exalta la idea de la infidelidad, y este pecado que, según el autor, está dentro de todos, le hace llorar. ¡Para qué ser fiel, para qué forjarse ilusiones, si el egoísmo nos hace traición! Y el alma des-

equilibrada de Germán está condenada a perpetua agitación, a volar sin fin por las sombras de la locura. Si Germán hubiera tenido razón y voluntad independientes pronto enjugara las lágrimas que le traían las malignidades femeninas: con echar el cerrojo a Cupido todas las negruras se hubieran disipado.

Pero no podía, era un enfermo, un loco, atraído por el abismo de la infidelidad y el deseo venéreo. Por eso martiriza a Valentina y la empuja a otros amores. Pero cuando la pierde se arrepiente de su conducta y se avergüenza de sí mismo. El juicio se le va y salta de una a otra idea sin fijeza. De repente se exalta. «¡Era mía—dice—y la he perdido!» En aquel momento su carne se estremece al recuerdo de la carne. Sediento de deleite, dice: «¡Aunque su amor fuera mentira, qué importa la verdad!» «¡Sabe querer quien sabe engañarnos!» La ilusión basta. «¡Vente conmigo!» «No—dice Valentina—. No quiero continuar la cadena de *El mal que hacemos* con otra víctima de mi nuevo amor.» Valentina sacude la predisposición espiritual del autor, y como si ello no pudiera ser verdad, la obliga a decir: «Siento el deseo de hacer el bien y hay en mi corazón una voz tan dulce...

Me parece como si me hubiera muerto y desde otro mundo mejor todas las cosas de este mundo estuvieran más lejos». Es decir, que en la vida, el amor, como todo, es mentira, Así como Benavente construyó, sin quererlo, un perturbado en Germán, también rompió por la mitad el carácter de Valentina. Por primera vez creí ver en el teatro de Benavente una mujer fuerte, susceptible de sacrificios; me equivoqué, y Valentina, a la primera disputa, dejó a Germán para irse con otro. Las mujeres de Benavente no pueden vivir sin un hombre, por lo menos. Benavente no ha visto la vida: es prisionero de un sentimiento y en él clava las uñas, araña y ahonda hasta que se despedaza las manos. Si rascamos la corteza de Germán y colocamos un átomo de su conciencia sobre el campo del microscopio, veremos en grande el fuego que le abrasa y del que no se puede sustraer. No es la sensualidad nimbada de luz tibia y serena con que la Naturaleza glorifica y perpetúa la vida; es la multiplicación del sentimiento, la rabia sexual; es el primer ímpetu de «cuando la primera mujer, de cuando la segunda, de cuando la tercera y de ciento que vinieran, ya que no puede vivir para otra cosa; es la sugestión y el teatro del autor de *La*

C O N F E R E N C I A S

Malquerida, Señora Ama, Rosas de Otoño, La Princesa Bebé, etc., etc.; es aquella escena de *El encanto de una hora*, de su teatro fantástico, en la que los dos sexos se abrazan y aprietan al caer el telón bajo el lamento de que aquello no fuera la eternidad. ¡Los perturbados qué saben de la sensibilidad y de las almas! ¡Qué saben de la vida y su hermosura! Es la literatura que ha salido al camino a nuestra decadencia, y que del brazo, público y autor, van cantando sus triunfos. Esta es la razón de su éxito y no otra. Son dos decadencias que se compenetran y arrastran al suicidio de las almas.

Si juzgo con cierta severidad el teatro de Benavente no es ciertamente por su insignificancia, puesto que ha convencido a críticos y público. Por estas virtudes le acuso de nefando. Su obra me hace el efecto de una seductora mujer con grandes malignidades en el alma y pupas en los labios.

«Señora Ama».—«Rosas de Otoño»
«La Malquerida»

Estas obras, después de *Los intereses creados*, son las que más famoso hicieron al señor Benavente. Él mismo reputa a *Señora Ama* como su hija predilecta. Dichos dramas los han repetido las Compañías cien veces en todos los teatros de España. A pesar de cierto gesto de acritud que de ordinario produce el teatro benaventino, la pertinacia en la alabanza y lo volandero de las públicas convicciones hacen que la discreción se vaya con la mansedumbre de la corriente. Los tres dramas: *Señora Ama*, *Rosas de Otoño* y *La Malquerida*, son el mismo, puesto que las mismas ideas corren por ellos. No hay más diferencia que las del ambiente. En el uno se pinta la alta sociedad madrileña, y en los otros se ha preferido la campesina.

C O N F E R E N C I A S

Indudablemente, estas obras se escribieron en ocasión diferente y con finalidad diferente; pero el sentimiento, el anhelo, allí estaba escondido, vigilante, para domeñarlo todo. ¡Ah! Los esfuerzos de independencia son vanos; el alma se rinde a la ironía. Lo dice el autor y es el tema de *La noche del sábado*. *La tierra era un paraíso, y llegó el hombre para quien todo el camino es un infierno dantesco*. *La Princesa Bebé*, sedienta de apetitos, quiere vivir su vida, y rompe los convencionalismos y la sosería de su matrimonio, corriendo en pos de otro ambiente, de otro hombre y de nuevas impresiones. Al fin, *La Princesa Bebé* condensa en una frase toda su filosofía: *La felicidad no existe en la vida. Sólo existen momentos felices*. ¡Pobre Princesa! Esos mismos instantes de fugaz delicia no desvanecen la eterna amargura. Este ideal es el que hierve en los personajes del autor.

En *Señora Ama*, *Rosas de Otoño* y *La Malquerida*, es idéntica la psicología. En dos visten de chaqueta, y en la otra de frac, pero las almas y los hilos que las mueven son los mismos. Entre dos montones de mujeres que parecen todas las campesinas de Castilla y todas las señoras y señoritas de la alta sociedad madrileña, se pasea arro-

gante, así lo dice un personaje: *el gallo alborotaor*. Efectivamente, más que sociedades son dos gallineros con el sultán correspondiente. Allí no pasa nada que no encaje en las funciones livinidosas. Todo lo demás huelga; ya lo dice un personaje: *como animales, y nada más que animales*. Con la sola diferencia que en la escaia zoológica luchan los machos para regocijo de las hembras, y aquí se acometen las hembras para vanidad de los machos. La incontinencia y la iniciativa en *Señora Ama y Rosas de Otoño* parte de las mujeres que, más perspicaces que las restantes hembras de la creación, olfatean delicias recónditas, que aquéllas sólo ven en los bonitos colores, en el cantar armonioso, y, sobre todo, en la poderosa belleza de la lucha y del vencimiento.

Este pernicioso teatro tiene predilección por el contorno de la carne. Es el instinto en su primitiva desnudez: un sentimiento reflejo y automático, en donde no cabe otra idea asociada. Los grupos de mujeres dicen que Feliciano y Gonzalo son irresistibles, y, evidentemente, no lo son por su talento ni sus virtudes. Pero, Señor, ¿qué tienen aquellos machos que así trastornan a las hembras? ¿En dónde la gracia que las subyuga y arre-

bata? El uno entra y sale mascando un puro y emborrachándose a la faz de aquellas campesinas lujuriosas. El otro, viejo, y forzosamente ultrajado por la disipación mujeriega, se le quitan unas a otras de las manos, como si encerrara secretos desconocidos. ¿Qué sensibilidad es la de esas desbaratadas mujeres que así rompen con la conveniencia y el buen gusto? No se nos alcanza; y el enigma le guardan cuidadosamente el autor y las interesadas.

Enfrente de tales maridos de todas las mujeres están las dos solas, las únicas honestas, las esposas más resignadas, que dignas, casi contentas, orgullosas de tanto triunfo, ¡hasta tal punto el autor desquicia la altivez de la hembra castellana!, la una en espera de que el tiempo ponga remedio a los atropelladores ímpetus, y la otra a que la propia fecundidad la saque del apuro.

Este es el tema y no otro. Aquí no hay más ideas ni otro sentimiento que el sexual: sátiros y bacantes. A todos arrastra el frenesí. Como si el falo sirviera de pluma. Lo mismo en la ciudad que en el campo, nuestras madres, a juicio del autor, vienen de tierra de Lesbos y son dignas de una casa de orates. La Dominica, que goza con la

maternidad ajena, es un tipo falso; como falso es el de la *menopáusica* Isabel, y, afortunadamente, falsas las otras mujeres, falsos los hombres y falsas las ideas engendradas por una sensibilidad desconcertada.

No; estas obras no son hijas de un estudio de observación. Este ambiente de prostitución femenina no existe en parte alguna, y menos en el campo, y absolutamente absurdo en los de España. Esto sólo lo crea la imaginación perturbada por un sentimiento que, en su delirio, llega a *La Malquerida*, que es la misma obra pidiendo la camisa de fuerza. Aquí Feliciano y Gonzalo—de *Señora Ama* y *Rosas de Otoño*—carecen totalmente de energía reguladora; la voluntad ha desaparecido y no queda mas que el atavismo animal, y como el perro, el gallo, el león o el sacamantecas o el violador de cadáveres, despedazan y matan todo lo que se opone al impulso arrollador del sentido genésico. *La Malquerida* no es una obra dramática; es un crimen y un proceso criminal contra un irresponsable; es una farsa repugnante que se puede enseñar en la clínica, pero no en el teatro. El Esteban y la Acacia de *La Malquerida* son fabricados de la misma arcilla

C O N F E R E N C I A S

empleada en *Señora Ama*, *Rosas de Otoño*, *Princesa Bebé*, *Noche del Sábado* y otras. Para que todo fuera igual, Raimunda, la pobre Raimunda es hermana carnal de Dominica e Isabel, la misma injusticia y la misma indignidad de aquellos tres sátiros desvergonzados.

He dicho, y digo, que una sociedad celosa de su moralidad no debe permitir el cultivo de costumbres depravadas. Porque entiéndase que en este caso somos algo peor que los animales. Éstos se entregan al abrazo sexual sólo en aquellos instantes que la naturaleza juzga oportunos, volviendo después al sosegado concierto. Pero si en la especie humana cultivamos ese instinto llegaremos al desequilibrado tipo de Feliciano, Gonzalo y Esteban y a las mujeres de esta nueva Sodoma del teatro benaventino. En todas las escenas no se habla más que de amor, pero no del amor puro, sino del sentir de aquellas mujeres que traen al retortero a los hombres y sueñan sonrisas de miel con furor en las entrañas. El amor del autor no viene de más acá, ni va más allá de aquel instante en donde puso su sensibilidad la carne enferma. El autor parece se goza en el manoseo de la misma situación, adornando los diálogos con depura-

E N R I Q U E D. M A D R A Z O

do estilo, que a veces enternecen los corazones, y siempre disfrazan la podredumbre de la intención. Es un tratado de la afectividad instintiva, sin asociación de ideas, ni otro imperativo categórico que rehabilite la moral y la carne gloriosa de un pueblo fecundo. Es un salto que nos retrotrae a la masculinidad del grillo que canta y come al congénere. Cuando, forzosamente, a fuerza de educación, debemos apagar las brasas del instinto, ya que la naturaleza nos distinguió con la suprema ley de la perfección.

«Los intereses creados».—«La ciudad alegre y confiada».

En *Los intereses creados* y en *La ciudad alegre y confiada*, don Jacinto Benavente quiere ser otro; quiere cambiar su naturaleza y su teatro, quiere ahogar los gritos de su mal de amores y alumbrar una nueva conciencia filosófica y política. Pero no es fácil mandar en el corazón. Cuando a éste se le obliga a hacer lo que no siente, protesta y se encalabrina rebelde. Esto ha sucedido a Benavente matando la emoción en estas dos obras, sin conseguir soterrar su predisposición pesimista. El mundo nuevo que intentaba construir lo destruía su ironía.

Los intereses creados es la obra dramática de más enjundia de cuantas inventó don Jacinto Benavente. En este caso el ilustre escritor rompió

con la frivolidad, y un pensamiento vigoroso sirvió de tema a la fábula. Efectivamente, no existe rémora que más se oponga al adelantamiento de la sociedad humana que el *interés creado*. Éste, un día, revolucionario y anárquico, después del triunfo se acomodó en su propio egoísmo, transformándose en fuerza conservadora y reaccionaria: como si en aquel punto y hora se hubiese llegado al *desideratum* y de allí no se pudiera pasar. La vida social es, pues, la perenne lucha de los intereses nuevos que vienen a sustituir a los viejos. Este magnífico pensamiento, o sea la estrategia de que se valen los *intereses creados* para vencer, es la que desarrolla el autor con relativa fortuna.

En dos categorías podemos dividir a los hombres que pretenden explicarse la vida: la de los optimistas, que la suponen buena y camino de mejorarse, y la de los pesimistas, que guardan una ironía para las más puras alegrías. Si Benavente hubiera sido de los primeros, intentara teorías y símbolos, con armas resplandecientes que dieran la victoria a la dicha del vivir. Pero como Benavente no cree en la perfección, nos ofrece, en cuadros de honda ironía, la falsedad de las almas. ¡Qué se puede esperar de la bondad humana! ¿En

dónde está la sana solidaridad y cooperación? Si analizamos como lo hace Benavente, ¡qué desencanto! Se goza en la urdimbre que teje la malignidad de los hombres. No tiene interés en aplastar el mal. Le juzga irremediable y ríe con Satanás. La doctrina es atormentadora. Antes de caer el telón, dice: «Es imposible la justicia en la tierra. Sólo un hilo de amor descende del cielo para consolar las almas.» Esta errónea concepción de la vida cabe disculparla en nuestra sociedad española, engendrada en la servidumbre y cultivada en todo género de decadencias. Pero por la misma impersonalidad de los personajes de *Los intereses creados*, el anatema alcanza a la humanidad entera, en la que va triunfando la moralidad y la justicia, diga lo que quiera el señor Benavente.

La idea que pone en *Los intereses creados* es luminosa y trascendental, pero la solución detestable. El mérito está en la pintura de la enfermedad. Es virtud de los irónicos el afán de meternos por los ojos los dolores y las lágrimas. Si de esto carecieran sería cosa de aislarlos como al peor de los apestados. La humanidad en *Los intereses creados* es un rebaño de imbéciles dirigido y ex-

plotado por un montón de pícaros, al modo de Crispín y Polichinela, que se distinguen, no por ser peores, sino por más listos. En el primer parlamento de estos personajes, y en otro de Crispín y Colombina, el autor descubre la estructura psicológica del hombre, amasijo y suma «de altos y bellos pensamientos de nobilísimo caballero, y despreciables acciones de mísero rufián». Esta mezcla de dos naturalezas entra en ejercicio según las circunstancias y el azar. Benavente nos describe un procedimiento de crear intereses como el único válido y aceptable. ¡Lástima que el autor no haya disecado más profundamente, para convenirse de que el atavismo animal se borra a medida que se dignifica la conciencia, bajo la ley inmortal del progreso! El que el altísimo caballero que llevamos dentro sea prisionero de sentimientos de progenie villana, no quiere decir que no puede lograr la libertad y valor arrogante y dominador.

Don Jacinto Benavente me parece que no es leal en su empresa. La discreción suele ser hipocresía las más de las veces. ¿Va directamente al corazón de los intereses creados? No. No puedo achacar a olvido el *interés religioso*, que tengo por el más reaccionario e inmovilizador que ata

C O N F E R E N C I A S

las almas, revistiéndolas de una ética trascendental y decisiva. ¿Qué interés más egoísta, ni jerarquía social más despótica? ¿Cuál otro influye con más pesadumbre sobre cualquier intento renovador?

El autor, sin duda, teme las iras clericales y pasa sin detenerse sobre montañas de cadáveres y hogueras que abrasan los confines de la tierra. Otro interés creado, que va al compás del religioso, como si entrambas supersticiones se dieran la mano y recíprocamente se ayudasen, es el *monárquico*. Al amparo de este sentimiento se han vinculado intereses que por sí solos contrarrestan los mejores propósitos de progreso, gobernando y mandando en su particular provecho. El autor, por miedo a una clase social empingorotada y prepotente, dejó en la obscuridad dicho *interés creado*, como si no fuera responsable en gran parte de nuestra malandanza. Otro interés creado, una de las palancas que mueve al mundo e imprime carácter a la civilización, es la riqueza. Las prerrogativas del capitalismo son tan grandes, que a él se subordinan la belleza, el poder y la conciencia. La lucha de clases que desgarró la entraña social, débese al prestigio del dinero, que al cielo mismo

su bordina. Don Jacinto permanece imperturbable ante tamaña injusticia, sin que un lamento ni sátira broten de los puntos de su pluma. ¿Qué mayor interés creado que el de la ignorancia, que por sí solo se sobra para que la truhanería se adueñe del sudor de los humildes y de los frutos de la tierra? En *Los intereses creados* no brilla un solo resplandor que alumbre las sombras de los entendimientos, ni una protesta contra la picardía que mantiene el *interés* de la *ignorancia*. ¿Cuáles son entonces los intereses que trae a colación el señor Benavente? Ninguno de los que socialmente pudiéramos llamar primordiales, sino otros secundarios y derivados de éstos. No es razonable ensañarse contra tribunales prevaricadores, prescindiendo de la entidad superior que los coacciona y prostituye. Los magistrados y militares sólo son brazos de los Gobiernos. Mientras los *intereses fundamentales* prevalezcan, no culpemos a sus hechuras. El mismo capitán lo dice: *no es mía la culpa de mis torpezas, sino de quien nos manda y menosprecia.*

Los intereses creados nos ofrecen cuadros de extraordinaria belleza, y aun cuando vestidas de cascabeles las figuras de excelso Poeta, de gran

Capitán, del más noble Señor y del más leal de los Criados, son de una camarilla de pillabanes, como hay a puñados en nuestros ramos del saber y méritos nacionales. Esta solidaridad de toma y daca, esta granjería de cambio de alabanzas y servicios con la maliciosa finalidad de escalar jerarquías, está a la orden del día. ¡Con qué regocijo cae el público sobre aquellos escribas y fariseos! ¡Qué deliciosa sátira! Debemos agradecimiento por tan hermosas descripciones. Pero el autor no se atrevió a envolver en carne a los personajes y se valió de muñecos de trapos sin realidad. Ya dice él *que sus personajes son guiñolescos, sin humanidad. Los intereses creados* tienen, pues, mucho de picardía, y el autor, oficiando de pícaro, nos prepara el brebaje del prólogo, a modo del de *La noche del sábado*, aunque más intempestivo. Efectivamente, la salida inesperada de Crispín, sin levantar el telón, nos sobrecoge en obsequio de un trozo literario bellísimo sobre la historia de la farándula, que nos indemniza de la inoportunidad.

En general toda la obra está escrita en un lenguaje sabroso, sabrosísimo, que recuerda nuestros más brillantes clásicos. Hasta la misma paradoja, de que suele abusar, se ha comedido dando más

claridad al concepto. Desde el momento que los personajes son ficciones, las palabras son del autor. Pero esta manera reflexiva y artificiosa de emitir el pensamiento resulta fría, monótona y sin la viveza que pide el teatro. Por esto la lectura de *Los intereses creados* es mucho más amable que la audición de sus conversaciones afectadas. Esos parlamentos, siempre preñados de lógica, saben a poca espontaneidad y a muy insinceros. El concepto más naturalista cada día del arte y el ambiente de mayor libertad para expresar el pensamiento, van dejando atrás los procedimientos rudimentarios. Sin embargo, ha sido tal la influencia de alabanzas y grandezas que ha rodeado a don Jacinto Benavente, tal la sugestión que se ha ejercido sobre el público, que la escena de amor del primer acto, y los monólogos con que empieza y acaba *Los intereses creados*, son tenidos por un modelo de inspiración y buen gusto, cuando se trata más bien de una cursilería romántica dentro de una situación afectada.

* * *

C O N F E R E N C I A S

La ciudad alegre y confiada es la segunda parte de *Los intereses creados*. La primera nos da a conocer los procedimientos de que se vale la astucia para crear intereses, y la segunda, el resultado social de semejante sistema.

En *La ciudad alegre y confiada* han prevalecido Arlequín, Polichinela y Crispín: aquel montón de pícaros que se ejercitaron en las prácticas de engañar al pueblo. Enfrente de semejante inmoralidad se levanta el Desterrado, que no es representante de un nuevo credo político o social ni de ninguna doctrina que devuelva la libertad ni organice la justicia bajo un criterio científico. El Desterrado es un personaje nuevo en el teatro de Benavente. No es Germán, ni Feliciano, ni Gonzalo, es un hombre de otra contextura, de otros sentimientos, con otras inclinaciones, otra moral y otra filosofía. Es un alma extraña que no la siente el autor; algo indeciso y frío, sin sangre ni color; un personaje amañado, sin vida, sin indignación ni arrebatos, que se complace en pláticas y amonestaciones. En él las palabras mandan en el corazón. No como en los verdaderos, que del corazón se despeñan las palabras, la rabia y las maldiciones. Este personaje no añora los ensueños e ilu-

siones perdidas, no es el verbo de la ironía ni del pesimismo esterilizador. El espíritu del autor desfallece al emigrar a otro clima. ¡Con qué poca energía crisper sus dedos en la bandera de la patria! Carece de fe, de esperanza y de carne humana. En el Desterrado pretendió Benavente encarnar un nuevo mundo; pero no halló el carácter, las convicciones y la sabiduría. Le resultó un muñeco.

La filosofía de este personaje se limita a condenar la inmoralidad administrativa, sin ningún nuevo valor constructivo. Ni nos dice quién debe hacer las leyes ni cuál ha de ser el carácter de éstas ni su orientación. El Desterrado simboliza la protesta y la salvación de *La ciudad*, con tal egoísmo explotada. Si analizamos sus ideas las vemos condensadas en el amor a la patria. Pero la patria no es nada concreto; es un sentimiento aleatorio, que varía según las circunstancias que la agitan. La patria es un ambiente de creación artificial que envuelve y coacciona. La patria es el sentimiento colectivo resultante de la suma de acciones y reacciones que la alientan. Si un pueblo vive en un medio justo y cultiva la inteligencia y el honor dará satisfacción a los inteligentes y honrados. Pero si, como sucede en *La ciudad alegre y con-*

C O N F E R E N C I A S

fiada, la bandera nacional cobija la truhanería, la patria es de un valor despreciable. El sentimiento permanente que nos ata al cielo y a la tierra que nos vió nacer no obscurece la razón. Cuando la patria, en vez de placer, nos da el dolor de *La ciudad alegre y confiada*, nos aleja de ella. La patria gloriosa de Cisneros no es la misérrima que después nos ha cabido en suerte. Además, el tiempo demoledor viene a sustituir el concepto mezquino de patria por el más generoso de *humanidad*.

En el Desterrado no encarna ninguna filosofía trascendental; se refleja una indignación contra la inmoralidad que mata el alma del pueblo, rindiéndola, impotente, a la codicia extranjera. En *La ciudad alegre y confiada*, al modo de *Los intereses creados*, al autor no se le ocurre ninguna solución positiva. Se lamenta y nos enseña el mal sin aplicarle el remedio. Nos ve náufragos, luchando entre las olas, sin tirarnos un salvavidas, como si la humanidad tuviera que perecer forzosamente. De consiguiente, la obra no es de tesis, sino puramente sentimental y romántica. Consiste en una serie de pláticas muy buenas para leídas; pero el escenario pide acción, variedad y viveza. El diálogo razonador y mortecino de Benavente no des-

pierta interés. La sociedad, en su afán de nuevas impresiones, cada día exige más ligereza. De aquí que el arte tenga que acomodarse al sistema general de la vida. El tiempo es oro, y debemos aplaudir el método que nos ofrezca en el más breve el mayor número de emociones.

Las obras de Benavente no reflejan ideas fundamentales de esas que imprimen carácter psicológico, que regulan los sentimientos y subordinan el raciocinio. Su alma no siente la piedad; en su largo teatro jamás se puso al lado de los pobres. Ni en política ni en moral le vemos inclinarse a escuela alguna; parece abominar de todas las especulaciones humanas. Se subordina a la sátira y se perece por el ridículo. En cierta ocasión saca a relucir el orfeón para decir «que le gusta cuando calla»: lo cual haría reír indudablemente a los tontos. Y no hay situación seria ni solemnidad que no quebrante como el dardo venga a la mano. Ni cree en el hombre ni le satisface la vida. De aquí su literatura destructiva. Cuando, como en *La ciudad alegre y confiada*, quiere hacer política constructiva no la siente, y sin verdadero norte, al azar de los vientos, se deja arrastrar a las costas inhospitalarias de la ironía.

C O N F E R E N C I A S

A Crispín le vemos reaccionar contra su propia obra inmoral con frialdad, no como San Pablo y la Magdalena, rasgando sus vestiduras, besando los pies al más humilde de los hombres y proclamando a gritos la nueva doctrina. En el Desterrado no desborda su corazón con palabras calientes, como acontece con los que saltan a la barricada para flamear la bandera de la justicia y de la libertad. Y repito lo que dije del teatro de Benavente en general. Cuando este autor *busca en la fábula una acción interesante, remueve pasiones disparatadas, propias para emocionar a cerebros rudimentarios, así como cuando prescinde del sentimiento para ser reflexivo y trascendente— como sucede en el teatro de ideas—resulta sin interés y alejado de la emoción.* En estas obras la acción discurre en un ambiente de artificiosa indiferencia, porque el autor no es arrastrado por el sentimiento, porque no tiene esperanza, porque no cree. No es fácil disfrazar el alma ni al escéptico vestirle de unción evangélica. Los genios muestran nuevos caminos y horizontes de sabiduría o inspiración. El señor Benavente no lo es de la dramaturgia, como dicen críticos a soldada. ¿En dónde está el nuevo evangelio? ¿Qué más que peste de sen-

sualismo bulle en su teatro? Tampoco ha inventado nada en la técnica. Ésta discurre caprichosa a través de fábulas sin unidad ni trabazón y de poca veracidad. No basta la sonoridad en la palabra ni la elegancia en el estilo. La psicología no es hija de la casualidad ni se llega a la supraestructura social sin concepto científico de la vida y del destino del hombre.

Mirad como queráis: en la obra literaria de don Jacinto Benavente no hallaréis el soplo de la vida moral y sana. Es un irónico más. Si alguna vez intenta ser bueno no puede; la risa sardónica y sin prójimo salta por cima de todas las conveniencias. Ni su corazón ni su cabeza están con el arte. Tras la taquilla, un ojo codicioso parece atisbar la inocente incultura del público. ¿Qué más que ironía y comercio se hace del más sincero, artístico y legendario teatro castellano? ¿Se puede haber atornado los aires con grandezas literarias para dar como fin y remate en *La Cenicienta*, en el *Don Juan Tenorio* y en el *Don Alvaro*? Un sacerdote del arte, ¿puede enaltecer con tan ruines acólitos el más sagrado de los altares? Sólo el contubernio de Benavente y de los más injuriados ediles de España pueden dar en tal decadencia. No; el arte dra-

C O N F E R E N C I A S

mático español no debe a Benavente ni un día de gloria, ni una esperanza, ni una buena intención.

El tiempo y la verdad son inexorables. El teatro de Echegaray no fué inmoral y fué de un hombre. Sin embargo, desapareció. En cuanto los aires de esa mala Prensa se calmen, todo volverá a la quietud y al silencio. Ni un solo recuerdo de tanta fanfarronería guardará nuestro arte dramático nacional.

He dicho.

CONFERENCIA DADA EN EL ATENEO DE MADRID

Don Benito Pérez Galdós y don Marcelino Menéndez y Pelayo

«La belleza literaria está en las ideas más que en las palabras. La erudición suele esterilizar al entendimiento.»

Señoras y caballeros:

A estos dos literatos se los considera como la honra y prez de la moderna literatura española. No tuvieron otro amor ni otra profesión, y a ella se entregaron en cuerpo y alma. ¡Es un dolor que cada aptitud humana no pueda escoger su ambiente! El día que se seleccione el trabajo del hombre conforme a sus disposiciones, se habrá desterrado la tiranía y la miseria. Para don Benito y don Marcelino el trabajo no fué maldición, ni dolor, sino

E N R I Q U E D. M A D R A Z O

dulcísimo placer. Aunque Galdós y Menéndez Pelayo parezcan dispares, su organización mental es la misma, y en el mismo grupo celular e ideológico asientan sus características. Ninguno de los dos es científico ni ama la ciencia. No vinieron al mundo para contemplar el sol, padre de toda vida. Son más bien sentimentales. Cuando queramos saber de la moral de un individuo averigüemos su sentimiento primordial, que en nadie falta, y en todos mueve la espontaneidad de la conducta. El de Galdós grita ¡libertad! y con esa ansia escribe. El de Menéndez Pelayo se subordina al dogma católico y bajo tal pesadumbre se agita. ¡Qué fácilmente les ata y subyuga! En entrambos, antes que el bozo, apuntan dichos sentimientos y la literatura avasalladora que los viste. Aunque en ellos sea imperceptible la diferencia anatómica en el punto de partida, lo es grandísima en sus trayectorias y derivaciones. Su entusiasmo no se rindió jamás, y al borde de la muerte proyectaban nuevos acometimientos. En este trabajo furibundo y en una recíproca y constante amistad coincidieron. En lo demás cada cual tomó derrotero distinto: el uno creando arte literario, y el otro criticando el que se había creado.

C O N F E R E N C I A S

La vida artística de Galdós representa medio siglo sin descanso. Sin flujo, reflujo, ni arrebatos, escribe y escribe con la regularidad de los astros. ¿Que fuera hay gran estruendo? No le importa; cierra la puerta, y, a solas, inventa sin parar.

La vida nacional de la época de Galdós se puede alojar en una barraca de feria con mucha trompetería, colerete, gestos y garrulerías para adormecer la inopia de las gentes. ¡Grotesco, todo grotesco y repugnante! Puedo asegurar que en país alguno hubo más farsantes ni se vivió entre más embustes. ¡La pluma ponzoñosa de la crítica! ¡Todo lo manchó su mano impura! Figuras como Galdós, dignas de alabanza y de respeto, a fuerza de adulación, las hizo antipáticas su lengua torpe y lamedora.

Mi indignación es poca contra ese montón de críticos políticos, científicos y artísticos, que cual enjambre de moscas carniceras multiplica y filtra la inmoralidad y decadencia nacionales. Entre algunos pocos hago una especial excepción de don Marcelino Menéndez y Pelayo, a quien debemos agradecimiento y honor, sin que por ello deje de discrepar del común sentir. No se extrañen, pues, que al tomar la pluma lo haga con precaución para

que no se me confunda con esa turba ignorante, pícara y mentirosa.

He vivido las glorias de Galdós. En tiempos, nuestras relaciones fueron íntimas. Entendiendo por intimidad conversaciones largas y frecuentes, cara a cara, en la soledad de su habitación de trabajo. De mí hizo alabanzas inmerecidas, y hasta creo que me tomó como protagonista de uno de sus dramas. Su discreción exquisita no le permitió la menor alusión, ni yo me atreví a rasgar el velo.

He leído las novelas de Galdós, visto representar su teatro, y, además, he podido estudiar su complejidad intelectual, moral y artística. Dadas las costumbres y los impulsos de mi corazón, la gratitud debía obligarme a exagerar sus virtudes, sin embargo, trataré de ser imparcial. La sinceridad, a fuerza de manosearla, resulta cursi. Quisiera decirlo de otra manera, pero no lo sé. Quisiera honrar a los vivos, quisiera rezar por los muertos. No lo he podido comprender. El mejor amigo es la verdad. De toda suerte, ni la obra de Galdós, ni lo que yo sobre ella diga, sobrevivirán.

Tal y como digo fué Galdós: alto, fornido, sosegado y severo; no creo saltara de chico, ni de

risa enseñara los dientes; en la fría estepa de su cara, mal apenas un ligero frunce. Sus labios jamás murmuraron quejas ni desdenes. Una pasajera nube de piedad solía embellecer su alma: Perdonaba sin darse por enterado, y sin parecerlo era compasivo. Bueno, era muy bueno, y creía en la bondad de los demás. Al perverso le suponía equivocado, y la vida con menos atrancos de lo que la experiencia enseña. Esta falta de realidad le hizo imprevisor; así fué que, tocante a intereses materiales, ni supo de los suyos ni de los ajenos. La glotonería del acaparador no rezaba con Galdós. No se comprende hablara tan bien de los comerciantes y de cuantos viven de la distracción ajena. Como los pájaros, se alimentaba de las semillas que encontraba, y pasaba el día cantando. En sus novelas hablaba con oportunidad y acierto de codicias, despilfarros, buen orden y apuros de la casa ajena, sin ver el desgobierno de la propia. Le gustaba ser pobre y pedir limosna. ¡Qué bien encarnaba las ideas de Nazarín y Angel Guerra! Su filosofía era idealista. Le ofendía lo tuyo y lo mío. ¿No trabajaba para todos sin descanso? Luego le debían pagar en la misma moneda. Ganó mucho dinero, vivió de prestado y murió pobre. Y no se

diga que le agobiaban vicios funestos o caros, ni su sensibilidad era tan exquisita, ni sus gustos fastuosos o aristocráticos: le sobraba con la escudilla de un cartujo, unos calzones mal trabados y un cigarro de a cuarto en la boca. ¿Queréis más modestia y sobriedad? Envolvedle en la manta las piernas, y ya le tenéis a solas con su imaginación, con la única amiga de su casa silenciosa. No ama la actividad y el movimiento, porque la imaginación va concertada con la pereza muscular.

Galdós no era como se ha dicho, sino todo lo contrario. ¿Qué laberinto cerebral no tiene algo paradójico? Toda psicología es compleja. El hombre es el vértice de la creación, y el cerebro la estructura más complicada; la combinación química de más elementos y de mayor inestabilidad; el último tramo de la perfección biológica; la luz del mundo. Digo que la fabricación de sus ideas se ve a través de un cristal. La inteligencia es clara y espedita; magna la anaquelera de su memoria, y si no la amplió fué porque no quiso. ¿La voluntad? Visto su trabajo y su constancia, diríase una voluntad poderosa. Nada de esto: débil casi abúlico; su desconcertada historia política nos explica su carácter y sus convicciones. No sentía la vida pú-

C O N F E R E N C I A S

blica ni las relaciones con los demás. En cuanto dejaban de empujarle volvía a lo suyo, a su casa, a subordinarse por completo a su imaginación dominadora y despótica. En Galdós no existe más que una imaginación. Es liberal porque no consiente ataduras a su fantasía. Sus verdaderos amores los tiene dentro de sí y son para él. Su realidad son sus sueños. Ni la naturaleza ni los hombres han conmovido a Galdós. Se conmovía con lo que su imaginación inventaba.

El espíritu de Galdós, en sus buenos años de mozo fuerte y generoso, se acomodó fácilmente a las teorías revolucionarias del 68. En Galdós se ha visto claro una tendencia liberal innata. Este sentimiento le subyuga, y al rededor de él gira su literatura. Como vive en medio de una reacción religiosa, contra ella protesta y choca arrogante. ¡Ah, la tiranía clerical! Ni la teme ni le enfurece. El reinado de Isabel II y el de su padre—el alma más perversa que cobijó manto real—fueron los que acabaron de informar el sentido anticlerical de Galdós.

Como todos los liberales de aquella época, odiaba más a la clerecía que al espantajo de la realeza: ¡La dulcísima piedad cristiana! Bien veían

que la disciplina que los azotaba olía a sacristía.

España, a pesar de su pobreza espiritual, acogió con aplauso la literatura de Galdós. Su oportunidad fué grande, y la crítica, justa en sus comienzos, respondía a una aspiración nacional. Su pensamiento coincidió con el de los españoles: sus ataques al partido clerical se sumaban al rencor del pueblo, que le exaltaba como a un reflejo de su propio sentir. No en vano la libertad se había comprado con muchísima sangre. Sus obras aparecían en un correctísimo castellano, modelo de buen gusto, y el triunfo fué poco a poco resonando. El servicio que entonces prestó al grito de viva la libertad y abajo la hipócrita beatería fué grande. Nada de particular se le erigiese maestro.

Galdós no se rindió a los aplausos. Continuó trabajando impertérrito. De este autor se puede decir que no hubo día sin cuartilla. Encerrado en su imaginación ansiosa de novedades, cada año daba sus dos o tres novelas y alguno que otro drama. El maestro era indiscutible: la nueva producción extendía más su fama y la convicción de la clientela no hubiera soportado distingos.

Cuantos se preciaban de escritores y periodistas afirmaron una y cien veces la grandeza de la litera-

C O N F E R E N C I A S

tura galdosiana: el ídolo llegó a ser incommovible. Este proceso dura medio siglo, y Galdós, viejo, tiene oportunidad para morir: y desde el pináculo de la excelsitud cae en brazos de la tierra amorosa, después de haber gustado todos sus triunfos.

Si por literatura se entiende el arte de expresar el pensamiento en un lenguaje correcto y apropiado, jamás le hubo más espontáneo y natural. El estilo de Galdós desde los comienzos fué sobrio, sin la ampulosidad ni resonancia de sus antecesores; con el tiempo se hizo más cuidadoso y depurado. Manejó la palabra justa en forma clara y precisa. No cae en ese léxico ininteligible o pedante de los eruditos. No inventa términos, ni hace alarde de extravagancias. Habla con las palabras que cada cual lleva en la punta de la lengua, sin relajar el vocabulario usual y corriente. Este es uno de los mayores encantos de la prosa de Galdós. No necesitó griego ni latín para dar mayor linaje al sustantivo. Respetuoso con la Gramática, sus oraciones, sin amaneramiento ni redundancia, van saltando flúidas y cristalinas. Habrá otra paleta de más vivos colores, pero no de luz más blanca, suave y agradable a los ojos. Sin la corrección y abundancia de Menéndez Pelayo, ni la exagerada

pulcritud de Valera, ni el estilo castizo de Pereda, es una de las labias más clásicas y llanas del siglo XIX. Pero el lenguaje, al fin, no sirve más que de secretario a las ideas: es un instrumento, indispensable sí, pero subordinado a la primacía del pensamiento. Por grande que sea el adorno de las palabras, nunca podrán dar sublimidad a un pensamiento humilde. ¿Qué tiene que ver la sonoridad que acaricia el oído con la centella que alumbra las tinieblas? Al compás que las obras de Galdós ganaban en estilo perdían en interés. Lo que demuestra la incapacidad de la literatura para convencer al lector. Su origen es de categoría inferior a la supraestructura de donde irradia el pensamiento. El consorcio ingénito de la memoria y del buen gusto musical constituye el magnífico sentido del lenguaje.

Sin negar altísimo valor específico a las ideas de Galdós, diré que el continente fué siempre más brillante que el contenido: la sustancia de sus párrafos no supera a la forma con que los viste. Los grandes artistas lo son por la gracia del pensamiento. Cervantes, sin la poética armonía de sus palabras, con su atribulada Gramática, es el primer artista que han conocido los tiempos. A través de

C O N F E R E N C I A S

su prosa chisporrotea un cerebro incendiado por la verdad. Un nimbo de luz le circunda, y todo es claridad para su inteligencia. La densidad de sus ideas es tan grande que sus libros rinden las manos y el espíritu: el manjar de su intelecto, tan variado y succulento, que hay que tomarlo a pequeñas dosis, so pena de hartazgo. El porvenir del lenguaje está en la sobriedad. Dad a Cervantes algo más de concisión y tenéis al perfecto modelo: pocas palabras y muchas ideas.

Tratándose del lenguaje y del buen gusto literario, tenemos el incomparable y nunca visto prosista Menéndez Pelayo. Quien diga que hubo escritor de más sano y abundoso vocabulario, no sabe lo que dice; quien diga que su estilo adolece del más insignificante defecto, no sabe de la monstruosa cabeza literaria de Menéndez y Pelayo.

Este portento de memoria tiene en su tintero el lenguaje de los que hablaron bien el castellano, desde Alfonso VI hasta nuestros días, y no se entienda hipérbole, sino que con los mismos vocablos y giros repite la peculiar manera. En su pluma tiene las palabras de todos y el buen gusto de todos, que al ser depurado el suyo, como lo es, fácilmente se comprenderá el milagro de escribir el

mejor castellano conocido. Preguntadle cuándo entró tal palabra en el nexo, y él os dirá el momento, la procedencia y el autor con todo su alcance. Y si el idioma no estuviera sometido a la ley inexorable de la evolución, podíamos asegurar que su lenguaje había satisfecho todos los anhelos, y en él había hecho punto final. Pero por muy alado y vistoso que sea el vehículo, su verdadero valor está en lo que lleva dentro: la caja puede ser de oro bellísimamente cincelada y contener humilde moneda de cobre, o ir repleta de irisadas perlas y chispeantes brillantes. Si queréis saber del mérito de un fragmento literario, dejad pasar el tiempo, y volvedle a leer y releer, que a las pocas vueltas me diréis de su novedad, y a las muchas de su excelencia. Hasta un artículo volandero de actualidad política, para ser selecto, precisa no perder todo su interés con el tiempo. Las sinfonías de Beethoven no acaban de saborearse jamás.

Yo no diré que huelga el arte literario ni desprecio sus progresos; pero sí afirmo que no es la brillantez del lenguaje el alimento que da satisfacción al estómago y al pulmón, el rayo que desvanece las nieblas de la inteligencia, ni la alegría que canta el esplendor de la vida. La facultad del lenguaje

C O N F E R E N C I A S

es un don que no tiene que ver con la inteligencia y la voluntad. Es indudable que una parte del vocabulario y de la Gramática se aprenden con intención, pero la mayoría de tales recursos los trae hechos la particular confección mental. No se comprendería, sin tal ingénita virtud, al adolescente que escribe sin faltarle el menor tilde ortográfico.

De entre el inagotable surtido de tipos cerebrales tenemos el imaginativo. Si a la imaginación unimos el gusto exquisito del idioma, veréis a Galdós en una sola pieza. Quien quiera conocer a Galdós por fuera, su carne, que vaya al Retiro, allí le dejó el famoso escultor Victorio Macho para siempre tal como era y como fué. Porque si bien este delicadísimo artista le alcanzó viejo y ciego, viejo y ciego pareció siempre por fuera.

La imaginación, que casi siempre es hiperbólica y abusa de las tendencias extremas, que no hace equilibrios y parte derecha al fin de la lógica, en Galdós aborrece las exageraciones; inventa, sí, pero cosas hacederas y vulgares. Hasta cuando habla el sentimiento anticlerical que le embarga, no maldice el pesimismo cristiano, ni le exalta tampoco el optimismo de la vida terrenal. Sólo de

E N R I Q U E D. M A D R A Z O

cuando en vez se refleja una pequeña ironía en su rostro inalterable, una ironía humorística, no de aquellas frías que traspasan los corazones.

El predominio de la imaginación conducía a Galdós al espiritualismo, más diré, al misticismo religioso. Galdós era místico. Entre resucitados, almas viajeras y espíritus volanderos, hallaréis los conatos del suyo, ansioso de decir lo que no se atreve. Es libre pensador, pero no ataca a ningún dogma; para todos es amable, porque con todos tiene sus puntos de contacto. No ve que las religiones positivas tocan a su término; que el cristianismo abandona la tierra para dedicarse al cielo; que su cabeza visible se va obscureciendo entre las sombras del pasado; que antes contaba con los reyes; que ahora no cuenta con los pueblos. ¿Queréis mayor anulación? La actual crisis no es sólo económica, sino religiosa también. El Pontífice, según el dogma, es el único representante de los intereses morales en la tierra y, por lo tanto, debía ser la suprema voz que resonara por encima de los intereses materiales. Pues bien; esa suprema autoridad, definidora de la justicia y del derecho, no ha tenido intervención en la paz. Ha sido excluída del jurado. Ni en la Sociedad de las

C O N F E R E N C I A S

Naciones, que será la encargada de conseguir la fraternidad de los pueblos, le dan cabida. Su fracaso es completo. Los humildes podrán volver a Cristo, a su iglesia jamás. Cuando a ella convertían sus ojos melancólicos la veían del brazo del rico, sin condolerse de la miseria. De la religión de los pobres hizo una religión para los ricos. El pueblo perdió la fe, y no la recobrará nunca. Sabe que la salvación está en sí mismo. No es que Galdós dejara de percartarse de semejante anulación, es que le es antipático desalquilar de su imaginación el sentimiento espiritual que le subyuga. ¡Quién sospecharía tanto ensueño en su constitución fuerte y serena, tras aquellos ojos negros, pequeños y hundidos, sin lágrimas ni relámpagos!

Galdós vivió su vida de abstracción ascética. No se mezcló con sus conciudadanos, no por antipatía ni desprecio, sino porque su naturaleza le pedía aislamiento. La observación de los hombres no le interesaba, ni sus dolores ni discordias le afligían. Sus contemporáneos le conocieron y aclamaron en las tablas. A pesar de su ajetreo político, y de dejarse llevar y traer, como cosa de todos y buena para todo, no vivió con España. Tan no vivió su tiempo, que su siglo, el más revo-

lucionario y civilizador de la historia, le pasó inadvertido. La ciencia no descansaba, multiplicando la producción y el confort. La humanidad parecía resurgir. Europa doblaba su población. América la decuplicaba, y cada hombre gastaba diez veces más. Pues en medio de ese estruendo de alegre civilización, en el solar más rico de todos, yacía su pueblo desharrapado, hambriento, enfermo del cuerpo y del alma, se arrastraba analfabeto pidiendo limosna hacia otros pueblos dichosos. Desde su ventana debió ver emigrantes a cientos de miles y oírles gritar: «¡Muera España!» Es lástima que Galdós no haya tenido tiempo de demostrar en sus novelas, teatro y episodios, que ha vivido en la sociedad más corrompida, en la que, bajo una tiranía mansa y sigilosa hervía el rencor de un pueblo martirizado. Repugna recordar a políticos y estadistas de su tiempo. Ninguno se dió cuenta de los intereses de España, ni del papel que jugaban en el mundo. Continuaban nuestra historia de pícaros.

La imbecilidad de sus conciudadanos se enorgullecía con sus grandes oradores; y, ¡oh, sarcasmo!, las desventuras se achacaban a la competencia de tanta sabiduría. Acordaos que la soberbia

C O N F E R E N C I A S

de Cánovas desafiaba a los Estados Unidos con el último hombre y la última peseta, sin saber que su pueblo había perdido el alma, sin saber lo que valía un kilómetro del ferrocarril, ni que los de sus enemigos doblaban a los de Europa entera. El la-dino Sagasta despertaba todos los días entonando un himno a la libertad, y no se acostó jamás sin venderla. La vanidad femenina de Castelar se as-queaba de mirar a la tierra, y, cual otro Narciso, se ufanaba en el azul de los cielos. En vísperas del cataclismo más vergonzoso de nuestra historia, se retiró a escribirla, creyendo resueltos todos los problemas nacionales y que un porvenir risueño nos tendía los brazos. Todos hablaban, hablaban y hablaban, y alimentaban de humo el desconcier-to de sus ruines cabezas. No sabían para qué se había hecho la tierra, el aire y el agua. descono-cían el manantial de la alegría del hombre. ¡Aquel tercio de siglo de Cánovas, Sagasta y Castelar! ¡Sin deberles una espiga de trigo, ni un átomo de inteligencia! ¡Sin pagar la peseta diaria con que dotaban a los maestros!, y, por fin, nos legaron la malignidad de sus discípulos que multiplicaron sus infamias. ¿Cómo se pueden escribir tantos volú-menes sobre este período sin que la maldición y la

espuma salte a los labios? Porque Galdós se cerró a piedra y lodo. Porque no oyó los gemidos. Porque no le alcanzó la desesperación ajena. Cánovas rueda con su ignorancia y su orgullo. El matador muere sereno mirando a Montjuich. Galdós no vió a ninguno de los dos. Galdós no ha sentido trepidar la tierra entre alaridos vindicadores. Cantaba, sí, la libertad, pero de una voz tan apagada y monótona, que más parecía rezar un responso. ¡Ni una imprecación para la reina Isabel y su hijo, ingratos y desleales, que se pasaban al enemigo en cuanto el pueblo les regalaba la corona! Esta historia, si hubiera tenido corazón, la hubiera escrito con sangre.

Galdós no fué observador. Si casi siempre describe con llaneza exacta y elegante, no es por exceso de investigación. A su intuición le basta un detalle; con la punta de los dedos le sobra para acabar un hermoso desnudo de los pies a la cabeza, y lo mismo hace de las almas; de una nimiedad saca el conjunto. Sin embargo, no ama la síntesis, y cuando las trae lo hace con tino dudoso. Los tipos madrileños que se complace en pintar los ha visto a vuelo de pájaro. Ninguno es retrato, y parece los retrata a todos. Cánovas y Sagasta no

C O N F E R E N C I A S

salen de su pincel como los guerrilleros que no conoció. La guerra de la Independencia y el período Fernandino, sin estudiarlos a fondo, los pintaba con más vida, color y verdad que los Episodios que vivió. La psicología y el valor de los hombres de aquel tiempo le impresionaron más que los del suyo, y su emoción es la que nos transmite.

Galdós no bucea el futuro. Está en el presente y tiende a ocuparse del pasado. Ama el progreso, pero siente cierta añoranza por las cosas y personas que fueron. Toda patria tiene porvenir, y cuando éste falta ahí está el genio para crearle. Galdós acarició ensueños místicos sin humanidad verdadera. Su fantasía despreciaba los dolores de la carne y volaba sugestionado por teorías sin realidad. Como la sociedad en que vivió, careció de ideales nacionales. Es justamente en estos períodos de decadencia cuando debe saltar la indignación y la luz, cuando la humanidad pare sus rendtores. En el espíritu de Galdós no cupieron tales protestas ni energías renovadoras. Si hubiera llevado dentro el dolor de España, se hubiera purificado en la llama de un ideal salvador, y con él nos hubiera legado una esperanza. Se concretó a ser un pintor costumbrista de lo pintoresco que

crea la vulgaridad del hábito. Es el historiador de ese montón de materiales que acumula el tiempo y el tiempo convierte en polvo, y de lo que sólo al genio le es dado levantar monumentos.

Galdós, pues, como historiador, no fué de los que siguen paso a paso la vida de un pueblo, llevando en una mano las aptitudes y momentáneas psicologías del rebaño, y en la otra la iniciativa de los pastores entre juegos de honda y garrota. Galdós hace la historia a gusto suyo. Ni se enterró en los archivos, ni repleto de pormenores estudia las causas que movieron los sucesos. No abarca el conjunto de fuerzas sociales esparcidas por campos y ciudades para deducir la resultante. ¿Para qué tanto bagaje y alardes de crítica? Creyó sentir la verdad y le basta la intuición para impresionar al lector. Galdós contempla la historia española de su siglo como un río de vidas que por ley de gravedad se precipita en tortuosa angostura, o avanza manso y sereno por praderas de abundancia y delicia. Sin acertar con la higiene previsorra, su música dulcísima distrajo nuestros dolores.

Las generaciones españolas del último medio siglo conocen su historia más por los Episodios de Galdós que por los verdaderos historiadores.

Galdós, con la magia de su estilo, prestó un gran servicio a sus contemporáneos, lo que sobrentiende que tal amenidad se perderá con el tiempo: la atención se retiene a fuerza de arte. Y aun cuando el literario del maestro es maravilloso, la emoción no se prodiga para esclavizar la voluntad. A nuestra historia del siglo xix le cupo tan poco honor, fué tan vergonzosa, que el siglo xx tratará de olvidarla.

Galdós, en la novela histórica, cultivó con entusiasmo el espíritu patriótico. Zaragoza y Gerona los más bellos episodios. Absurdo concepto de la patria. ¡Lástima de heroísmo en honor y gloria de Fernando VII! Así como el genio hiperestésico se exalta y de ordinario va contra la corriente, a Galdós le ha gustado la amable compañía del público. Dentro de este género de novelas históricas sus mejores son las de menos novela y de más historia. Después pasó a la novela psicológica y política, en las que fundamentalmente plantea el problema clerical y religioso, que es la cuestión que más le irrita y la batallona de su tiempo. En *Gloria* y en *La familia de León Roch*, y en otras, lucha con alteza y fortuna contra la intolerancia católica.

Más tarde se lanzó a la intrincada novela de te-

sis, profundamente idealista, y en relación con los altos destinos del hombre, y, por último, estas mismas ideas las llevó al teatro como medio de propaganda más intenso. De modo que tocó todos los géneros literarios, y en todos va dejando rastros de luz. Los Episodios que comienzan en Trafalgar y terminan en el año 40 van repletos de sucesos conmovedores. Aquella familia nefasta de Carlos IV, el Dos de Mayo, las Cortes de Cádiz, la Guerra de la Independencia, la lucha de la libertad contra el despotismo, las infamias de Fernando VII, la primera Guerra civil llena de sangre y de venganzas, Mendizábal y las Cortes del 37, todo es un puro drama, sembrado de héroes, de mártires de la patria y de la libertad. ¡Hablan de las pirámides de huesos en las estepas siberianas! La libertad ha costado más cara en España que en parte alguna. La alianza de la Iglesia y el Trono en estas tierras católicas, durante el siglo XIX, fué una montaña de horrores y cadáveres. España vivió espantada, tiritando. Nuestra altivez ibero-arábiga acabó de humillarse, desmasculinizándose. Este período, de suyo trágico, no precisó gran esfuerzo para mover el interés. Lo cual no impide que dichos episodios sean de gran belleza

C O N F E R E N C I A S

literaria, y los que más duren en la memoria de las gentes.

Desde el año 40 decae la curiosidad del lector. El autor inventa intrigas, correspondencia e informaciones que ponen de relieve a los personajes que pudiéramos llamar históricos; pero sus empresas insignificantes no logran emocionar. La prosa no convence, a pesar de su brillantez. Galdós, en realidad, puso poco de su cosecha. En aquel ambiente pestilente en que se pudría España, no tuvo compasión de los españoles. Ni un escupitajo para aquella clase directora, cuyos ingenieros sabían un poco de matemáticas, pero no aplicarlas; unos médicos que tomaban el pulso, miraban la lengua y recetaban sangrías y lavativas; unos abogados y jueces que suponían los libros escritos para ayudar a quien no quería pagar lo debido, o meter en la cárcel al inocente; unos sacerdotes con trabuco, y unos militares sediciosos, con el palo levantado, ejercitándose de estadistas. Este cúmulo de brutalidad no mueve la pachorra de Galdós que narra con la frialdad de un historiador de diez siglos después; y así perdimos un imperio colonial, y se vió que no había dirección, ni pueblo, ni patria, ni vergüenza.

Así como Galdós en sus Episodios históricos enfrena la imaginación, en la novela y el drama se entrega a su fulgurante fantasía. Reuno en un solo pensamiento la novela y el teatro, porque de ambas maneras se estudia la vida. En la novela, con sosiego y detalle, se toma tiempo para desenvolverla. Pero sépase que la mejor es la que más se aproxima a la estructura del drama, así como el mejor drama es el que sintetiza las sendas páginas del novelista, sin que a los personajes les falte vigor, claridad a las ideas, y lógica a la solución. La concisión es cada día más exigente. Las ideas han de ir densas y en breve lenguaje. Del formalismo retórico debemos huir como de la peste. Las oraciones deben ir repletas de ideas hasta que revienten las palabras. A montones ven la luz libros que por el primer párrafo se saca la flaqueza del conjunto. El sentido literario le tiene cualquiera.

Galdós, a pesar de haber roto con la bambolla romántica de sus antecesores, y de haber iniciado un realismo artístico, siendo, por decirlo así, el padre de la novela española moderna, le da una estructura de tan exigua acción que amortigua su interés. En cuanto el cantor tiene que inventar la

C O N F E R E N C I A S

leyenda, lo hace con tal suma de personajes, monólogos, detalles y parsimonias que ponen a prueba la paciencia. A través de personas y de escenas se ve la intención y mano del artífice. Son obras arbitrarias más que de la naturaleza. Aunque de ordinario hablan un diálogo natural y corriente, cuando llegan las graves determinaciones no son más que los muñecos de maese Pedro. Los admiradores de la literatura galdosiana, para disculpar el mar de palabras en que se ahogan los pequeños sucesos, dicen que lo requieren la construcción del ambiente, y las llaman obras de ambiente. Como si éste creara los personajes y sus acciones. El ambiente lo llevan éstos en su hábito exterior, en sus palabras, gestos y actitudes.

Hemos dicho que la prosa de Galdós es impecable, limpia, clara, mansa y murmuradora, como el agua que brota de las peñas y discurre entre blancos guijos y matas de buen olor. Galdós, por más que se empeña en ser dramático, no lo es. No es arrebatado ni violento. Comprende que la acción dramática mueve el interés y trae la emoción. Pero como no la tiene dentro violenta a los personajes. Su natural no quiere saber de la vida tumultuosa, que se despeña y hace trizas. No sabe del

crujir de la carne ni del alma. No tiene pasión, y se adormece en la contemplación de la burguesía de su tiempo. En esa clase media, inculta, imperturbable y a medio dormir, escudriña los caracteres y la trama de sus novelas. También se cuela por entre la aristocracia, con algo de fraudulencia, desde su plano inferior de burgués. En cuanto a la clase que trabaja bajo la opresión del hambre y del yugo capitalista la juzgó despreciable, y sólo por accidente la saca a relucir. Galdós no adivinó las semillas que fructificaban en el alma del proletariado de su tiempo. Se holgaba por las calles del viejo Madrid, y allí topaba sus comerciantes, empleados y políticos: el mundo que sintió y pintó de mano maestra. De este ambiente sacó los débiles aleteos del alma *progresista*, y la rudeza clerical, egoísta y reaccionaria. Estos primeros pasos del progreso y de la libertad, ¡qué bien los escuchó y tradujo Galdós!

En sus libros despreció la vida del campo, aun cuando España vivía casi totalmente de la piedad agrícola. Tampoco esparció su ingenio por las distintas regiones peninsulares, algunas dignas de más miramiento que la frivolidad de la Corte. Sus cuadros del sector madrileño tienen la importancia

C O N F E R E N C I A S

de hallarse empotrada en ellos la dirección nacional; cada uno constituye una cinta cinematográfica en la que no sorprende un gran gesto, sino una serie de sucesos familiares, que desde la alcoba pasan al gabinete y a la sala y bajan a la trastienda y no paran hasta dar en el punto de partida. Naturalmente, este procedimiento nada olvida, y cuando se reviste de la facundia y estilo armonioso de Galdós, son menos de temer las páginas y el tiempo. Pero un gran artista hubiera sido más sintético y expresivo. ¡Ni un arrebató de indignación en sus novelas, ni una escena de ternura en sus dramas! ¿Se puede ser autor dramático con tal sentimentalidad? Me diréis que su temperamento era cómico. Ciertamente, le tiraba el diálogo satírico, y las sorpresas graciosas; pero tal cómica espontaneidad no surgía del natural.

El arte del teatro es fundamentalmente sentimiento e intuición. Quien carezca de estas cualidades carecerá de la emoción. La reflexión es una hermosa añadidura del teatro de ideas, pero insuficiente por sí sola para interesar al público.

Cuando más tropieza y se extravía don Benito es cuando acomete a la novela o teatro de tesis. Entonces violenta la imaginación, y ésta lo hace

despiadadamente con los caracteres. En *Nazarín*, como en *La razón de la sinrazón* y en *La de San Quintín*, los protagonistas, sin sangre humana, son una entelequia filosófica, reminiscencia de grandes caracteres cristianos o tolstoianos. El autor pone en boca de estos personajes teorías fantásticas, reñidas con las leyes naturales. En *La de San Quintín*, la de más espontáneo y chispeante diálogo, a vuelta de una intriga inverosímil, los personajes y las escenas son de una inocencia candorosa. La manera de que se vale el autor para confundir en una sola clase social la aristocracia de la sangre y el pueblo, es una piadosa ilusión. No; la conciencia aristocrática no se acuesta con los prejuicios y sentimientos acumulados por una labor de siglos, para despertar saltando de gozo entre los nuevos menesteres de la pobreza, fregando cacharros y arrimando el pucherete a la lumbre. Aquella Rosario, hija de duques y nieta de reyes, no sabe nada de aquel pueblo gusanera que rebulle a sus pies. Lo de abrazarse sin más ni más a un obrero de blusa y rendirse a la superioridad de aquellas manos callosas es de fantástica invención. No espere Galdós unir con palabras de amor tan profunda separación. Con más brevedad

C O N F E R E N C I A S

y sencillez poética pidió Jesús al rico que tirara sus riquezas y fraternizara con el pobre. La enseñanza de los tiempos demuestra que los ricos no caen en semejante sentimentalidad. Al teatro no se debe llevar otro procedimiento que el de la vida verdadera, y la realidad se impone a mordiscos y martillazos. La tesis trascendente no se satisface con el sentimiento, aunque éste vaya servido por una brillante imaginación: se precisa la ciencia de la naturaleza y de la vida. La moral es una imposición de las leyes físicas y las relaciones humanas se derivan de las necesidades y conveniencias orgánicas.

En la tesis de *Nazarín*, este sacerdote profesa la doctrina tolstoiana de la no resistencia al mal. No admite más jueces que su conciencia. Y con una pecadora, a modo de Magdalena, se lanza a predicar por el mundo. La filosofía no es nueva, y estas tierras católicas, seguramente, no se darán por enteradas.

En el poema *La razón de la sinrazón*, Alejandro y Ateneida se creen también redentores de carácter tolstoiano, y entrambos se dedican a cultivar: el uno, la tierra, y la otra, la inteligencia de la infancia, como única y soberana ciencia de la vida.

¡Lástima que por falta de aficiones agrícolas y pedagógicas no pudiera cantar, con su bellissimo lenguaje, las excelencias del campo!

Resulta paradójica la psicología veleidosa de Galdós. Cuando habla en humano y su diálogo discurre y choca entre humanos personajes, no pierde la sangre fría ni violenta la lógica; en cambio, cuando sus lucubraciones se remontan a la región serena de los principios filosóficos en alas del misticismo altruísta, la hiperestesia se yergue con pasión y fe. En los ilusos y sin humanidad *Angel Guerra y Nazarín* se exalta la sentimentalidad de Galdós.

Los caracteres insignes lo son por la alteza y pertinacia en las ideas. La buena hoja toledana podrá doblarse y saltar, pero deformarse, jamás. Así debe ser el temple de las almas fuertes y no de hierro dulce y blando, que se acomoda a todas las formas y situaciones. El carácter arranca de un sentimiento, esencia de la naturaleza individual. Es algo constante, espontáneo, independiente, pasional e irreconciliable con otra manera de sentir. El de *Doña Perfecta* es artificioso más que fanático; el de Pepet, truncado y acomodaticio, y el de *El Abuelo*, que es el más convencido y

C O N F E R E N C I A S

perseverante, de tal manera simplista y obcecado, que confunde la sangre azul con la saludable energética del óvulo y del zoosperma: ignora que los bastardos regeneraron siempre las empobrecidas razas aristocráticas. Los protagonistas de Galdós resultan fríos, aun aquellos que reflejan el más vehemente sentir del autor.

Galdós, a pesar de su tenacidad librepensadora, no ha ganado prosélitos entre su clientela, y más bien se ha exacerbado la beatería burguesa. En cambio, el proletariado, con el que no ha tenido intimidad, vive despreocupado, sin que Roma ni sus ministros le quiten el sueño. La obra de Galdós no ha encarnado en el alma nacional porque no prodiga el sentimiento, y al pueblo hay que darle emoción. Los personajes dignos de mención se agitan en el problema religioso, y se pierden en fantasmagorías espiritualistas, indeterminadas, que el autor supone caben en todos los cerebros por el hecho de alojarlas el suyo. Por mucho que la imaginación acicale personas y escenas, pronto se descubre el afeite en alguna de sus perspectivas. Nadie negará a Goya y a los grandes maestros su facultad de retentiva, y, sin embargo, ¡qué claras las faltas del natural!; a los ojos salta lo

desdibujado y sin modelo. Por esta razón los hombres, las mujeres y los sucesos creados en el teatro de Galdós carecen de la natural fluidez y suavidad que da la vida: sus movimientos, gestos y diálogos resultan con frecuencia ásperos, duros, rígidos, como si al moverse sus articulaciones y palabras rechinasen, sin ritmo ni armonía. No sé qué tiene el natural que se saborea con todos los sentidos. Hasta en la obscuridad trasciende la característica al olor y al tacto.

Entre los críticos de la obra de Galdós voy a ofrecer mi respeto y admiración al montañés insigne: Menéndez y Pelayo. Aunque sin su intimidad, he vivido su tiempo y le he podido seguir en el Instituto y en la Academia de la Lengua, adonde llegó con la riqueza entera del idioma castellano auestas. En parte alguna pudo estar más en su sitio, ni en más bello paisaje haber nacido, el mejor maestro, que frente a Peñas Arriba y al socaire de Peñas al mar. Allí, por valles y montañas, entre praderas de esmeraldas y panojas de oro, por doquier resuena la música de Lope, Calderón y Quevedo, como si de allí procediera el arca santa de la literatura nacional. Vedle con la cabeza inclinada al suelo, como quien no puede con la

C O N F E R E N C I A S

pesadumbre que lleva dentro. Más que imaginativo es impulsivo. Deja los vivos y corre tras de los muertos. Desprecia los sentidos y sorbe los libros. No se puede contener: nació para vivir en la biblioteca. No se le ocurrió que los mejores volúmenes fueron escritos en contacto con la naturaleza. La ciencia le parecía insignificante. Y no pudo distinguir entre el sólido pensamiento y la lucubradora fantasía. Vuelvo a repetir que fué un impulsivo que se precipitaba sugestionado en la vieja literatura y en la vieja filosofía como si la actualidad fuese despreciable. No se fija en lo que le rodea. Dentro de sí mismo no hay tormentas, todo es apacible y sereno, con la melancolía del cementerio. Cuando entra en comunicación con los grandes muertos su alma refleja las emociones ajenas. En su encéfalo, de singular arquitectura, no cupo mas que una dirección y una finalidad, subordinadas a un sentimiento. En la historia de las ideas estéticas puso el corazón, y a sus caricias se entregó con loco frenesí. Tiene el vocabulario de todos los idiomas y las ideas de todos los grandes literatos, y en esta tupida red se enmaraña y ahoga su pensamiento. Para él se escribieron todas las historias, leyendas, cantares e inven-

ciones que encerraron los libros. Contempladle, solo y cabizbajo, sigue el ritmo de una poesía que le entristece o hace reír. Si en esta abstracción le sorprende la urgencia vexical no se anda en remilgos pudorosos. Le molestaba mirar a los hombres cara a cara, y sus ojos tímidos parecían disculparse de la inatención, cuando, en realidad, eran prisioneros de las imágenes y recuerdos que le robaban la voluntad. O leía, o escribía, o meditaba sobre lo mismo. Lo de comer y dormir era una impertinencia que venía a estorbarle. Ni un día faltó a sus costumbres, y para que en él todo fuera monstruoso, su cerebro, *a pesar de mucha injuria alcohólica*, perseveró hasta el último momento en la misma viveza, frescura y amoroso entusiasmo de los comienzos. Los médicos, de vez en cuando, le punzaban el vientre para desaguarle, sin que mal apenas se diera cuenta ni le importara; separaba el brazo, le ponían el vendaje y seguía escribiendo sin interesarle lo que aquello significaba ni la tristeza en que vendría a parar. Al amparo de Menéndez y Pelayo me siento orgulloso de ser hombre y montañés. Lo último, porque otra comarca tardará en parir una cabeza tan excepcional; lo primero, porque la *conjunción* que logró en él tal belleza

literaria podrá extender mañana la gracia a todas las facultades del alma para aproximarnos a Dios.

Menéndez y Pelayo describe a Galdós con una brillante pincelada: «Un talento singular—dice—, formado por una mezcla de observación menuda y de imaginación ardiente, con vislumbres de ilusionismo y, a veces, con ráfagas de teosofía».

Esta verdad nos lleva de la mano a la poca realidad y lógica de los caracteres que pinta. Sin un análisis reflexivo y un entendimiento sereno no existe autocritica esclarecida posible, que es el fiel contraste del bien ponderado escritor. Los caracteres de las novelas de Galdós, que la crítica y Menéndez y Pelayo han puesto por las nubes, son puras invenciones. «Sarmiento, Angel Guerra, Rubín, Garrote, Alejandro y Nazarín» ni son locos ni sanos; están fuera de la fisiología y de la patología; son de una psicología que destiñe el arte verdadero. No son los retratos ni descripciones de Pereda. Galdós inventa más y mejor que éste; pero sin la exquisita fidelidad del artista montañés. Mientras el uno crea, el otro copia y esculpe. Bien es verdad que la representación del natural escueto no es de orden tan elevado; pero también en las invenciones son fáciles los extravíos.

Cuando la pobre imaginación de Pereda se suelta en el berenjenal de la novela y trata de ser trascendente, se pierde en añoranzas que desdican del presente y repugnan el porvenir.

Para Menéndez Pelayo pocos novelistas europeos han igualado a Galdós en lo trascendental de sus concepciones. No veo semejante trascendencia, como no sea en lo de la tolerancia religiosa y en lo de no ir a buscar la verdad a Roma, que el famoso crítico dolorosamente le critica. Además, la filosofía de Galdós sobre el concepto de la vida y su finalidad no es una línea recta. Galdós carece de las condiciones fundamentales que son norte y guía de la conducta; Galdós duda, quiere creer y no cree; su conciencia va y viene, sin saber a qué carta quedarse. En *Fortunata y Jacinta*, en *Nazarín*, en *Alejandro y Ateneida* se encuentra desorientado e inventa una moral desconcertante, con independencia de la religiosa y de la ciencia positiva. No, don Marcelino; la grandeza de un escritor no está en su fecundidad, sino en el producto de la fecundación, cuya calidad no suele ir a compás de la abundancia.

Menéndez y Pelayo, tratando de Galdós, da a conocer su cepa ideológica cuando dice: «El arte tie-

C O N F E R E N C I A S

ne la facultad de crear personajes de vida más intensa que los pálidos y borrosos que andan por el mundo». No; el arte no los crea, lo encuentra todo creado. Lo más que hará será ofrecérselos a la multitud de sordos y ciegos, no con más belleza que la que ellos encierran, sino con algún rayito de sol para hacerlos resaltar.

El aire grave y adusto con que ese crítico se duele de la ciencia, es porque no la conoce, ni sabe que lo fundamental en el arte es la ciencia que contiene. El arte no tendría finalidad, a pesar de su pulcra orfebrería, si no llevara algo en su seno. Que Menéndez y Pelayo no culpe a la ciencia de no haber comprobado toda la metafísica que él guarda en la cabeza, y de la cual parte y deriva su psicología y lógica fantásticas. Esos grandes caracteres, que, a juicio de Menéndez y Pelayo, pinta Galdós en sus novelas trascendentales, le son simpáticos por la ideología cristiana que irradian, y si despectivamente los rechaza, es por no hallarlos subordinados al dogma que tan dulcemente aprisiona su espíritu. Sí; tiene razón don Marcelino, son cerebros alucinados, pero quimérico es el suyo por idénticas razones. Si reniega del naturalismo y de la experimentación es porque esta es-

cuela le repugna a su sentimiento religioso, que es el que ata su albedrío y mantiene en servidumbre el ejercicio de su voluntad.

Menéndez y Pelayo y Galdós han vivido ajenos a la ciencia. Sus apreciaciones adolecen de tal defecto primordial. A entrambos les dotó la Naturaleza de la facultad exuberante del lenguaje y del buen gusto literario, pero esto no es decisivo para el arte, porque en arte, lo sabroso es el fondo, no la forma; y la ciencia no se adoba en la imaginación y memoria, no se aprende en los libros, sino con el concurso de todos los sentidos y el juicio supremo oriundo de semejante sensibilidad. Vaya, y no de cuento, una observación, respecto a lo que yo llamo Don de la literatura. En diversas ocasiones han compartido conmigo las delicias del campo en días de primavera y estío algunos literatos de nota.

Sentados en las cestas de la terraza, mis ojos iban de admiración en admiración; del cuadro de embriagadora hermosura, al del literato embebido en su novela. Indiscreto interrumpo: «¡Mire usted qué cuadro de ternura conyugal!... en su nido, sobre los huevos, la jilguerilla, tímida, inquieta, atisba con su cabecita pintada: ¿oís? Unos arpegios

C O N F E R E N C I A S

anunciaban al amante: ya le tiene usted en la ramita al lado del nido, ya saltó sobre el borde, y la semilla o el insecto pasa de pico a pico con la rapidez de un beso, y... alegre voló para volver. ¿No le encanta a usted esa solidaria cooperación?...» El literato había dejado caer la cabeza sobre el libro, como a quien se ha distraído con cosa poco interesante. ¿Eran artistas aquellos literatos? ¿Cómo escribían y hablaban de arte? De referencias, no de cuenta propia. Por lo que han leído y se les ha grabado en la memoria, no porque su corazón lo sienta. Si de tal emoción gozaran, arrojarían el libro para sorber con toda su sensibilidad tanta belleza. Menéndez y Pelayo, como gran número de escritores, sordos y ciegos, pasaron por el mundo sin sentirle. A pesar de escribir tan armoniosamente desconocieron a su madre, a sus hermanos, a sus amigos y a la naturaleza que les prestó la vida. No pudieron compartir sus afectos porque no los conocían. Se puede ser una monstruosidad de memoria, una inmensa biblioteca con todos los libros abiertos y a la vista de sus mil ojos para escoger lo pertinente a su exquisitez literaria, y, sin embargo, aquella cabeza no encierra la verdadera razón científica, porque no es fru-

to de la observación, ni de los conocimientos positivos. ¡Lástima que esto lo aprenda uno tarde! No he vuelto a leer tales escritores. No obstante, me toca ensalzar a Menéndez Pelayo como gran escudriñador de archivos y recopilador de arte literario. Pero no como orientador: la naturaleza le negó la aguja magnética.

No quiero pecar de caviloso, y menos de malintencionado, contra la crítica seductora en datos y comprobaciones de este autor. Si queréis saber la verdad de esta monstruosa memoria, figuraos un clisé célulo-nervioso que guarda reciente, fresca y sempiterna, la imagen de una visión que abarca y lee de golpe cuatro líneas durante ocho horas cada día por espacio de medio siglo.

Bien es verdad que no por mucho decir se dice mejor, y en ocasiones peca de abundancia. Pero entiéndase que el filólogo, al tropezar con el hilo, tira hasta dar con el cabo. Así sucede que no hay caso concreto que en don Marcelino no despierte relaciones y parentescos siempre vigilantes en el remanso de su memoria. Nada parece ocultarse a su perspicacia. Lo mismo en Grecia que en Roma, en la Edad Media que en el montón del Renacimiento, nada se le escapa, y la historia de las for-

C O N F E R E N C I A S

mas literarias la busca en su manantial primitivo y la sigue y enlaza ingeniosa y acertadamente en su evolución. Nadie como él pudo lograr, si hubiera querido, y yo me atreví a aconsejarle, una historia de la literatura universal, ni mejor documentada, ni con más esplendente claridad expuesta. Por sus ojos devoradores habían pasado todos los juicios críticos eminentes que hubo en el mundo, y todos bien ordenados estaban recientes y palpitantes en la estantería de su cerebro. Dada la brujería de su memoria, ¿qué de particular escogiese el pensamiento que mejor viniera al caso? ¿No podría suceder que la milagrosa facilidad, sin malicia y por sugestión, escribiese de ordinario por cuenta ajena? ¿Por qué su libre, razonada y justa literatura de cosas pasadas se desmanda en la de su tiempo? ¿La residencia y hábito en la mente ajena no desvirtuará la propia? Yo encuentro extraño su espíritu estrecho, y hasta me atrevo a decir equivocado, respecto a sus contemporáneos. Si fué prisionero de superstición religiosa?, por qué no lo ha de ser de los grandes críticos que le han precedido? Ciertos caracteres nacieron para vivir en la servidumbre. La influencia sugestiva de las energías morales es efectiva. Yo veo en Menéndez y

Pelayo dos naturalezas que se van a la greña: una, racional, suelta, despejada y reluciente, tratándose de la vieja literatura, y otra, premiosa y sectaria, cuando se refiere a sus contemporáneos. Él mismo lo dice en plena Academia de la Lengua contestando a Galdós: «Vengo aquí como caído de las nubes; acostumbrado a vivir con los muertos, encuentro difícil la pluma con los vivos.» Esta magnífica sinceridad nos explica el atranco del que no le podía sacar su portentosa memoria. Creo lealmente que su historia de crítico indiscutible y su prosa valiente y autoritaria han rendido a los presentes, aunque de lo presente su juicio no fuera verdadero. Su entendimiento no estaba a la altura de su memoria, ni su ciencia a la de las verdaderas ideas estéticas.

El arte es vida, y la vida, en su mecanismo y manifestaciones, es ciencia. No se puede exaltar el arte sin exaltar la ciencia.

Los personajes que pudiéramos llamar filosóficos de Galdós son falsos, experimentalmente falsos, a despecho de Menéndez y Pelayo. Es ficción la obra hija de imaginación desmedida. Lo cual no quiere decir que los locos sean incompatibles con la verdad. Quijano el Bueno lo era rematado. Pero

C O N F E R E N C I A S

Cervantes le impuso, exprofeso, con una intuición patológica sin tacha, y de su lucidez y desbarate se valió para enterrar el arte de imaginación. Hemos dicho que Menéndez y Pelayo poseyó un cerebro excepcional, pero no bien ponderado. La belleza está en la armonía del conjunto. Si le hubieran repartido las restantes funciones psíquicas al igual de la memoria, su grandeza no cabría entre los hombres. Si hubiera amado a los vivos como amó a los muertos, su poesía hubiera desbordado los más amplios cauces del sentimiento. Si hubiera leído tanto en los ojos de sus semejantes como leyó en los libros, hubiera compartido lágrimas y alegrías con los demás hombres. Pero no: vivió para sí y para la historia de los muertos, tan abstraído en referencias, que, a la vez, vivió con los hombres de todos los tiempos, menos con los del suyo. ¿Con esta psicología que mira hacia atrás se puede ser genio? El genio mira adelante y avanza entre destellos.

No se precisa escrutar hondo en la prosa abundante de Menéndez y Pelayo para traslucir su amargura en aquellos puntos litigiosos por el hecho de traerlos con frecuencia a colación. Con saña cierra contra los deterministas, que, a su entender, no

saben idealizar la vida. No sé si a sus últimas obras llegó el arrepentimiento. Dicen que el gusano de la duda corroía su espíritu. Con este encono furioso comienzan los hombres y mujeres que acababan por amarse tiernamente. El caso es que Menéndez y Pelayo, tan bien hablado y meloso de suyo, ¡pobres deterministas!, les llama groseros, torpes y hediondos, porque se meten a describir la carne enferma. Y se revuelve contra la ciencia. ¡Pintura asquerosa, repugnante! Pero ¿es verdadera? ¿Debemos remediarla? Sí; luego, fuera disfraces que la obscurecen. El arte lo puede hacer todo agradable con tal que no se le desnaturalice. ¿Por qué no ha de tener tanta belleza y emoción un Quasimodo que un Abelardo? ¿La degradación de los borrachos de Velázquez y su galería de ciegos y mentecatos no mueven a compasión? ¿Por qué alaba los tipos, paisajes y escenas montañosas de su paisano? ¿Los quiere más naturalistas? ¿Ha encontrado algo semejante entre tantos artistas como habrá barajado? Como que son la naturaleza misma, escueta, sin composturas ni añadidos. ¡Ah, bien hace Pereda en traerlos con ese cuidado, temiendo romperlos, temblando de emoción; bellísimos, como no hay otros en idioma castellano! Ni

C O N F E R E N C I A S

El Patio de Monipodio, ni *El Lazarillo*, ni otro alguno, pueden compararse a la hermosura naturalista del escenario montañés pintado por Pereda. Así, así, sin poner ni quitar, idealiza el autor. Basta una fotografía, con tal que el artista aproveche un segundo, el segundo de la emoción, de la gracia divina. Lo cual no obsta para que demos más valor a un pensamiento que a un retrato de Pereda o de Velázquez. El señor Beruete se desacredita al motejar la composición del cuadro de *Las Lanzas*, que, a pesar de una técnica inferior a la inimitable de *Las Meninas*, tiene un pensamiento superior, maravillosamente expresado, sin amontonamiento ni chanfainas. El valor de un retrato no es de la trascendencia de una idea. Un retrato es un retrato, y una idea son muchos retratos concertados en la finalidad de una idea que puede ser sublime.

El sentimiento religioso es el que imprime la característica moral y artística de Menéndez y Pelayo. Sin tal sentimiento resultaría libre, independiente y racionalista. No hubiera menospreciado a la ciencia y su obra hubiera sido otra. Se encrespa contra la razón que se lo quiere explicar todo, y abroquelado con fe ciega en la Revelación y en

Roma, abarca a los no creyentes en una inmensa ironía.

Bien es verdad que a renglón seguido de filípicas y bofetones al determinismo, dice: «Yo soy idealista y el hombre es idealista o determinista, sin remedio, desde que nace hasta que muere.» ¿Queréis más determinismo? Lo que favorece muy poco al Hacedor, en cuyas manos está, después de todo, el molde de las almas. Tan absurdo es el Dios creado por estos artistas, como lo sería ese arte creado por Dios.

«*Fortunata y Jacinta*—dice Menéndez y Pelayo—es, del asombroso bosque literario de Pérez Galdós, la robusta encina que sobresale y empequeñece a los demás árboles menores: la sola manifestación del genio literario español del siglo XIX; el estudio psicológico social bien acabado de la revolución setembrina.» Menéndez y Pelayo se deja ir por la imaginación en esta crítica, como cuando de Amós Escalante ensalza con evidente hipérbole aptitudes artísticas y literarias poniéndole en parangón con Pereda. Como si *Costas y Montañas* fuera más que una pálida leyenda histórica, y *María Estela* otro librito de oraciones devotas. Ni en *Fortunata y Jacinta* hay deslumbres del genio, ni

C O N F E R E N C I A S

personajes geniales, sino protagonistas de psicología imaginativa, que trunca y desbarata para hacerlos dramáticos, y, además, muchos tipos y escenas, reales sí, pero más cerca de la vulgaridad que de la grandeza. Las mil seiscientas páginas de los cuatro tomos son muchas páginas para la descripción del sector tenderil madrileño, ambiente en que se agita la insignificante política de la época, entre beaterías y desperezos de inocente liberalismo. Tan penosamente se arrastra la acción, que por mucho que el prosista la adobe y salpimente, el lector se ahita antes de tiempo. Cuando leo tan encomiásticas y concluyentes alabanzas no sé si achacarlas a blandura de corazón y cariñosa amistad, o si realmente es cierto el delicado paladar que se le supone. Por otra parte, no debemos confundir la labor del juicio propio con lo que sobre crítica y críticos cabe en memorias privilegiadas.

Menéndez y Pelayo acusa a Galdós y a los escritores más esclarecidos de su época de racionalistas, como si ello fuera pecado. ¿Qué obra importante de arte literario, forzosamente de ideas, ha de ser indiferente al dogma católico con su norma invariable sobre el principio y fin de la vida? En

su historia famosa de los *Heterodoxos Españoles*, al llegar a la revolución del 68, detesta de aquellos hombres y maldice la libertad de cultos y la nefanda tendencia a secularizar el matrimonio y la enseñanza. Dice que España fué sólo grande cuando era martirio de herejes, luz de Trento, espada de Roma y cuna de San Ignacio. ¡Qué concepto tan deplorable de la Historia! Los cerebros prodigiosos tienen su campo de acción perfectamente delimitado. A Darwin y Haeckel los trata con la desaprensión de quien no puede medir tanta sabiduría. La crítica valiosa lo es por su mucha personalidad y poca erudición. ¡Ah, la erudición! ¡Desgraciada la ciencia representada por la erudición! Es una de nuestras enfermedades nacionales. Los eruditos estorbaron mucho y no crearon lo más mínimo. La esterilidad de los eruditos está bien comprobada. ¡Cuán diferente el proceso intelectual de un Darwin o de un Haeckel! La doctrina de la evolución no se inventa con imágenes ni juegos de artificio. Si buscáis el origen y asiento de la erudición veréis que es de una organización cerebral inferior. La intolerancia religiosa de que está impregnada la prosa de Menéndez y Pelayo le inhibe de la crítica. El predominio sentimental

C O N F E R E N C I A S

conduce a la intransigencia, y no se puede ser crítico bajo la presión de un sentimiento soberano de la razón.

Como lo que más siente don Marcelino es la forma, adora la literaria hasta concederle valor sustantivo. Pero, ¡fuerza del contraste!, se conduce con la escrupulosidad de un científico; le atraen las minucias: escenario y personajes han de ir con arreglo a cánones; ningún detalle se le escapa y cada hecho ha de ir en su puesto. No le pidáis altas generalizaciones. Como otros artistas superficiales no ama la síntesis. Y cuando no las puede rehuir se ampara en su sentimiento religioso, que lo tiene todo previsto y resuelto. Es un crítico luminoso de la forma, pero su complexión cerebral carece de independencia para juzgar altas concepciones. Como pensador es un católico de los de casta más fanática y agresiva. Menéndez y Pelayo no fué un gran crítico, porque carecía de pensamiento propio. Su buen gusto literario no le exime de errores. Su entendimiento fracasa en el terreno de las ideas. La erudición no levantará nunca el vuelo. En la armonía del cerebro no cabe tal portento de memoria. El desarrollo y actividad de tal sector hubo de hacerse a expensas de los restan-

E N R I Q U E D. M A D R A Z O

tes. De aquí el desequilibrio que a la observación ofrece su obra. No fué manantial de sabiduría ni sabio como le apellidaban. En su propia obscuridad vivió del resplandor ajeno; víctima de una ley hereditaria, pasó por el mundo sin la verdadera y propia convicción de su factura.

Al lado de la crítica leal y sincera de Menéndez y Pelayo, existe otra inconsciente y alborotadora, sin preparación ni gusto, que a voz en grito nos ha querido hacer tragar el teatro de Galdós como una revolución sublime por sus ideas. ¿En dónde están las ideas y la revolución? Al bueno de Galdós se lo hicieron creer. ¡Ironía de la suerte! Velázquez debió de morir sin darse cuenta de su maravilloso pincel. Galdós no podía hacer teatro de ideas porque no las tenía trascendentales. Sin aquel afán libre pensador de su obra, ¿en dónde están los altos pensamientos? Los de Cristo y Tolstoi no se los achacaremos. Carecía de la cultura que los prepara; no sabía nada de la peregrinación del hombre sobre el planeta. Las ciencias naturales le eran extrañas, y poco puede hablar de la vida quien no la ha podido analizar y seguir desde sus formas sencillas hasta la compleja del hombre. Sólo a cerebros excepcionales como Cer-

C O N F E R E N C I A S

vantes y Shakespeare les es dado penetrar en sus profundidades, gracias a la divina intuición, precursora a veces de la ciencia y de mundos inexplicables. Lo que de Galdós se ha escrito es mucha fantasía. Entre periodistas y políticos han zaran-deado sus humildes condiciones con poco honesta intención.

Ni Galdós ni Menéndez y Pelayo se preocuparon del silencio espiritual de España durante los últimos cinco siglos. ¿Por qué siendo la raza española de tan digno abolengo como la primera no ha sumado un grano de arena a la grandiosa construcción de la ciencia moderna? ¿Por qué hemos caído en el olvido y nuestra labor se ha mirado con desprecio? Si hubieran sabido la verdad vomitaran maldiciones. La literatura es algo más que matar el ocio, debe mostrar el camino de nuestra perfección.

Todo lo destruye el tiempo. Las obras de Galdós, a pesar de su encanto literario, pasaron, como pasa todo lo que no es sustancial. Fué un árbol muy frondoso y de poco fruto. Los cien tomos de artículos, discursos y novelas de Castelar, son hoy insoportables. En muy reducido espacio autores rusos describieron las penas de su pueblo. Estos

vinieron para hacer una revolución y Galdós para entretener agradablemente a sus contemporáneos. No comprendo la historia del siglo XIX sin el recuerdo de sus mártires. Si levantaran la cabeza nos pedirían cuentas. La libertad inocente y romántica creía que el amor y la fraternidad estaban en su huera palabrería. Pura imaginación. La teoría por sí sola es fantasía de gentes inexpertas. Hay que venir a la realidad y hacer constar en letras muy gordas el cómputo de los liberales asesinados, ahorcados, fusilados, perseguidos y expatriados hasta la casi total extinción de su raza. Sin este resumen no se debe cerrar la terrible tragedia. Rechazo la insigne torpeza de los viejos partidos liberales. La crueldad se cura con la crueldad y la tiranía con la tiranía. La no resistencia al mal es un absurdo, bueno para ganar el cielo y perder la tierra. La liberación del humilde está en el proceder del soberbio. Si en los breves instantes que tuvieron los liberales en sus manos el poder hubieran imitado a sus enemigos, otra sería la suerte de nuestra historia. Pero sucedió que en la profesión de liberal había que jugar los intereses, la vida y el honor, a cambio de la cama mullida y el estómago hartado en que se regodeaban los reac-

C O N F E R E N C I A S

cionarios. Así resultaba el esquilme en un campo y la abundancia y la alegría en el otro. Las sociedades como las mieses se cansan y envejecen, y para regenerarlas se precisa roturar las praderas y transformar en pastizal el sembradío. La humanidad tiene una tendencia atávica a caer en el egoísmo, la molicie y la tiranía. Yo entiendo medida preventiva podar y repodar con cierta regularidad a la fuerza directora para devolverla salud y energía. Con la muerte de Galdós las letras castellanas han perdido un gran maestro, pero no un escritor trascendental. Una lógica suprema aminora su obra. El siglo xix llevaba en su matriz al xx perfectamente fecundado. Y no se me diga que el embarazo era falso, ni que sus primeros dolores de alumbramiento pasaron inadvertidos. La entraña se desgarraba, el grito se ponía en el cielo: se anunciaba el cataclismo más grande de la historia. Lástima que Galdós no se percatara. De saberlo su magnificente literatura nos hubiera prevenido con ideales justos y alentadores. ¡Ah! Entonces habrían sido monumentos imperecederos. ¡Con qué alegría España cantaría su espléndida prosa! La ola rugiente no arrasaría, cual montones de arena, la obra de Galdós.

He dicho.



INDICE

	<u>Páginas</u>
PRÓLOGO.....	5
I Eugenesia.....	21
II La mujer en la sociedad.....	71
III La experimentación, ley fundamental de la Pedagogía.....	117
IV El teatro de don Jacinto Benavente y la crítica de su tiempo.....	183
V Don Benito Pérez Galdós y don Mar- celino Menéndez y Pelayo.....	251



Introducción a las obras dramáticas del doctor
Madrazo. Conferencias dadas en el Ateneo.

UN TOMO

Herencia y educación (drama).

TOMO I

Nelis (drama). Una lección de patología (drama).
Los hijos de los viejos (drama).

TOMO II

Pequeñeces (drama). El fin de una raza (drama).
El rey del cobre (drama). Una lección de biología (comedia).

TOMO III

Las criadas (drama). Muerte natural (poema).
Amor y belleza (comedia). El detentador (drama).

TOMO IV

El fin justifica los medios (drama). Sin alma (comedia).
Entre mujeres (comedia).

TOMO V

Handwritten text at the top of the page, possibly a title or header.

Handwritten text, likely the beginning of a paragraph or section.

Handwritten text, continuing the narrative or list.

Handwritten text, possibly a sub-section or a specific entry.

Handwritten text, continuing the content.

Handwritten text, possibly a transition or a new point.

Handwritten text, continuing the main body of the document.

Handwritten text, possibly a list item or a specific detail.

Handwritten text, continuing the flow of information.

Handwritten text, possibly a summary or a conclusion for a part.

Handwritten text, continuing the document's content.

Handwritten text, possibly a final note or a signature area.

Handwritten text, continuing the text.

Handwritten text, possibly a closing or a reference.

Handwritten text, continuing the document.

Handwritten text, possibly a final paragraph.

Handwritten text, continuing the text.

Handwritten text, possibly a signature or a date.

Handwritten text, continuing the document.

Handwritten text, possibly a final note.

Handwritten text, continuing the text.

Handwritten text, possibly a closing or a reference.

Handwritten text at the bottom of the page.

CONCESIONARIA EXCLUSIVA PARA LA VENTA:

**SOCIEDAD GENERAL ESPAÑO-
LA DE LIBRERÍA, DIARIOS, RE-
:: VISTAS Y PUBLICACIONES ::**

FERRAZ, 21. — MADRID

ESTABLECIMIENTO DE
MADRID

CONFERENCIAS

DADAS

EN EL

ATENEUM DE

MADRID

Precio: 5 ptas

A

1544

MADRID

ENRIQUE

integral de los diez a lo
 cuela o copia de la ens
 Giner de los Ríos. Fue
 hombre bueno: el mejo
 y libertad era su lema. S
 y libertad puede desarr
 que atesora. Decía que
 filosofía espiritualista en
 amor a la Naturaleza y
 niño, gracia sublime de
 comprensiva, deliciosa y to
 la niñez. ¡Qué bien sabí
 gestión! ¡La poesía de l
 maestro quien no sient
 particular corriesen tras
 ros! En este ambiente
 patía se vive contento, y
 toda la frescura de la in
 to, astuto y cariñoso, l
 siendo él quien los guía
 en sus proezas y las po
 Comprendía que el mae
 los niños hacen a los h
 cortesanía de los pueb
 mientos fabricados a la

